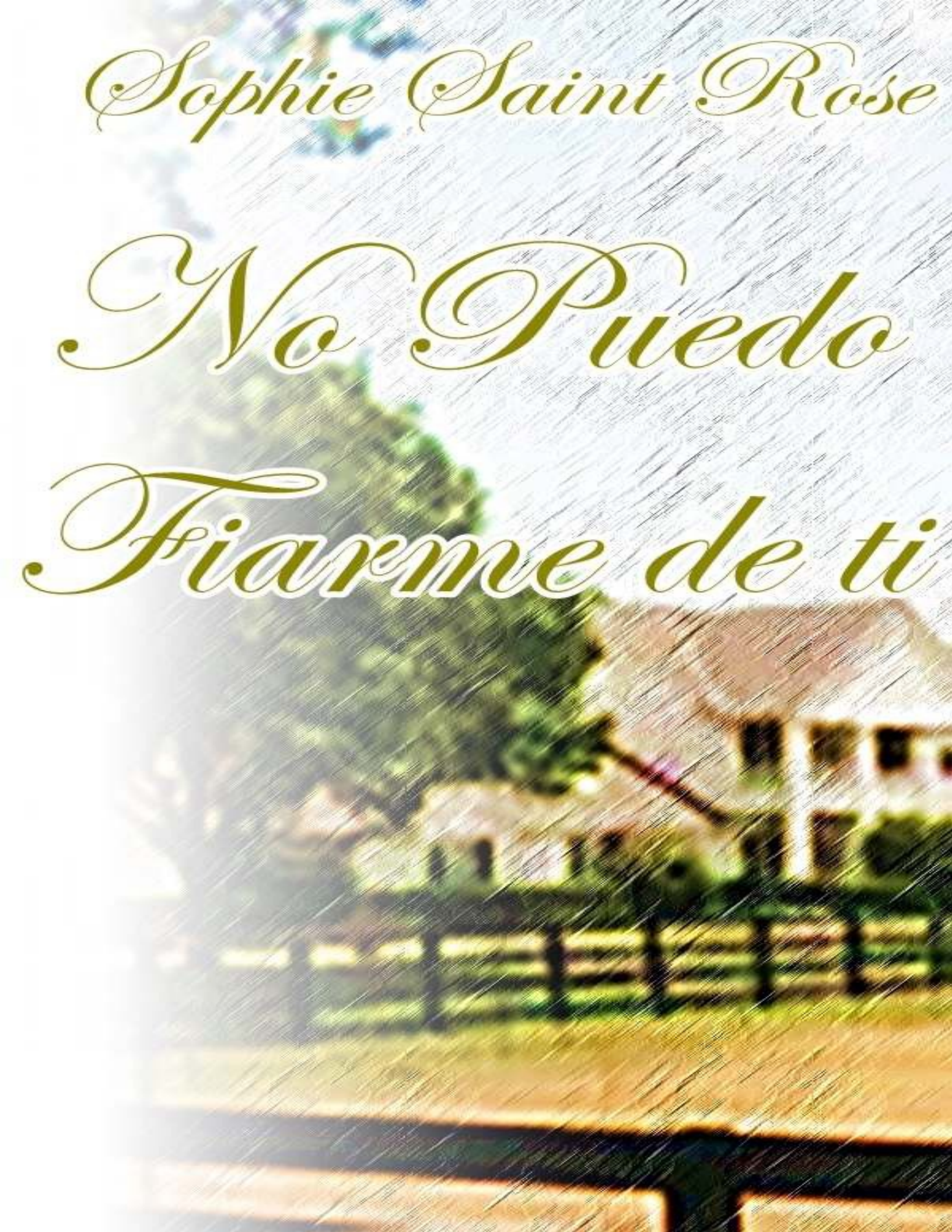


Sophie Saint Rose

No Puedo

Fiarme de ti



No puedo fiarme de ti

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Jeanine bajó los tres escalones del autobús y miró a su alrededor poniéndose la correa de su mochila al hombro.

—Disculpe —dijo una anciana tras ella queriendo salir.

—Oh, lo siento. —Se alejó y la mujer sonrió yendo hasta el portaequipajes que el conductor acababa de abrir para que cogiera su maleta.

Distraída miró a su alrededor de nuevo. Era un pueblo precioso y el sol hacía que la campana de la iglesia brillara llegando el reflejo hasta allí. Casas de madera pintadas de blanco rodeaban la iglesia que estaba sobre una pequeña colina. Incluso se veía un pequeño cementerio tras el edificio. Sonrió caminando hacia el pueblo y escuchó que la mujer arrastraba una maleta tras ella. Se volvió sobre su hombro para mirarla y la mujer sonrió. —¿Necesita ayuda?

—No, querida. Esta maleta es muy cómoda de llevar. ¿Vienes de

visita a Dobbs Hill? ¿Vienes a visitar a alguien? Me suena tu cara.

Se sonrojó ligeramente deteniéndose. —En realidad tengo familia aquí, pero no les conozco.

La mujer frunció el ceño. —¿Y cómo se llaman? Conozco a todo el mundo. —Dejó la maleta y extendió su mano. —Soy Matilda Dobbs.

—Como el pueblo.

La mujer sonrió. —Mi tatarabuelo era el nieto de quien fundó el pueblo. Tenían la única cantina del contorno y como nadie más le puso nombre, lo hizo él. —Se echó a reír. —Fue lo único que hizo por el pueblo, te lo aseguro.

Le devolvió la sonrisa. —Jeanine Patterson. —Le dio la mano y la mujer dejó caer la mandíbula avergonzándola aún más.

—Eres la nieta de Pitt.

Le dio la mano mirándola de arriba abajo. —Pues sí. Soy la nieta de Pitt Patterson.

—Eres igual que tu bisabuela, ¿lo sabías?

Negó con la cabeza. —No, no sé nada de la familia.

La mujer tiró de su maleta y le sonrió. —Ven, te voy a invitar a un té y te cuento.

—Pero es que quiero...

—Necesitarás que te lleven. Tengo automóvil. Te acercaré al rancho Patterson.

—¿Rancho Patterson? —preguntó sorprendida—. ¿Tienen un rancho?

—Oh sí, querida. El más grande de la zona. Acompáñame. Te sentará bien tomar un té.

La siguió por la acera y le cogió la maleta para tirar de ella haciéndola sonreír. —Eres una buena chica. Espero que seas muy feliz aquí.

Se sonrojó intensamente. —No podré quedarme. Solo quería conocerles.

La mujer la miró de arriba abajo de nuevo. Su largo cabello negro, liso como una tabla, caía hasta su cintura demostrando que ya necesitaba un corte. Sus ojos verdes mostraban unas ligeras ojeras. Su vieja camiseta azul estaba sin forma de los lavados y algo descolorida. Sus vaqueros estaban muy desgastados por el uso y sus zapatillas Converse tenían un roto en el lateral. Estaba claro que no le sobraba el dinero y Jeanine disimuló no darse cuenta de su escrutinio.

—Niña, no hace falta que disimules conmigo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Los cumplo en dos semanas —susurró.

—No nos enteramos de que Jack se hubiera casado. Se llamaba así tu

padre, ¿verdad?

—Es que no se casó.

La mujer apretó los labios. —Entiendo. —La miró de reojo. —¿Te criaste con tu madre?

—Sí. Pero murió cuando tenía doce años y la policía no encontró a mi padre. Mi abuelo ya había fallecido, así que me cuidaron las monjas del barrio.

La señora Dobbs la miró sorprendida. —¿Por qué no dijiste que tenías familia aquí?

Se puso como un tomate. —Mi madre me dijo que jamás les pidiera ayuda y como acababa de morir...

—Entiendo —dijo la mujer mirándola atentamente—, estabas asustada y seguiste sus instrucciones.

Jeanine sonrió. —Me trataron muy bien. Las monjas me querían mucho y he vivido con ellas hasta ahora.

La mujer asintió y abrió su bolsito. Jeanine miró la preciosa casita blanca donde vivía. Con porche y una hermosa valla blanca rodeándola. —Su casa es un sueño.

—Gracias, querida. —Tenía rosas en el pequeño jardín y se notaba que sabía lo que hacía, porque estaban realmente preciosas. Sin darse cuenta

alargó la mano para tocar uno de los delicados pétalos blancos. —¿Te gustan las rosas?

—No hay flor más hermosa, ¿no cree?

—Opino lo mismo. Ven, estarás acalorada.

Tiró de la maleta hasta los cuatro escalones del porche pintado de blanco y sonrió al ver un balancín con cojines de colores. —Parece que he entrado en una película.

—¿Dónde has vivido hasta ahora?

—En Brooklyn.

La mujer se volvió sorprendida. —¿Hablas de Brooklyn en Nueva York?

Jeanine sonrió. —Sí, ¿lo conoce?

—¿Y qué rayos hacía Pitt en Nueva York?

—No, si mi abuelo vivió en Houston hasta morir. Mi padre fue a Nueva York y allí conoció a mi madre.

—Ven y cuéntamelo todo. —Abrió la puerta y Jeanine sonrió al ver tapetes de ganchillo por toda la casa y cuadritos de punto de cruz colgados en las paredes. La guió hasta una cocina que la dejó con la boca abierta, pues colgadas del techo sobre lo que parecían los fogones, había ollas de cobre de todos los tipos. —Siéntate. Creo que tengo galletas. —La miró con una

disculpa en sus ojos marrones. —Son industriales. Llevo un mes fuera de casa, así que no tengo caseras.

—¿Ha estado de vacaciones? —preguntó sentándose en una de las sillas de la enorme mesa blanca. Sin darse cuenta acarició el tapete que estaba ante ella como si temiera estropearlo y la señora Dobbs se dio cuenta.

—No, una amiga del colegio se rompió la cadera y he ido a Austin a acompañarla.

—Oh, lo siento.

—Afortunadamente ya está bien —dijo sacando la tetera—. Así que Jack se fue a Nueva York y allí conoció a tu madre.

—Sí, era bailarina en Broadway. —Hizo una mueca. —Después de conocerle a él, destrozó su vida.

La anciana levantó la vista colocando la tetera sobre el fuego. —¿Te lo dijo ella?

—Cuando hablaba de mi padre no decía otra cosa. —Miró a su alrededor fascinada y distraída continuó —La dejó cuando yo tenía un año.

—¿Y no le viste más? —La miró sin comprender. —A tu padre...
¿No le viste más?

—No. —Desvió la mirada. —Nunca se molestó en ir a verme. Pero mi madre conocía toda la historia y cuando le pregunté por él, me lo contó

todo. No teníamos secretos.

—Así que sabes la historia.

—¿Sobre el abuelo Pitt? —La mujer asintió cogiendo dos tazas mientras hervía el agua. —Según me dijo mi madre, el abuelo Pitt pidió su parte del rancho a su hermano y se lo fundió en cuatro años. Mi padre le despreciaba, pero estoy segura de que era como él porque le robó a mi madre todos sus ahorros... —Se encogió de hombros. —Me alegro de no haberle visto más.

—Por eso no dijiste nada de que tenías familia, ¿verdad? —preguntó la mujer con pena—. Por si le encontraban a él.

Apretó los labios. —Era mala persona. Mi madre tenía una cicatriz encima de la ceja que demostraba que lo era. No quería verle y mucho menos vivir con él. La madre Teresa me cuidó muy bien.

—¿Y cómo es que ahora estás aquí?

—Han cerrado el convento. Bueno en realidad no era un convento, las monjas vivían en un edificio pegado a la Iglesia al lado del colegio del barrio.

—¿Y trabajabas allí?

—Limpiaba en el colegio cuando dejé de estudiar. No era buena estudiante, así que no pude obtener una beca para ir a la universidad.

—¿Y cómo han cerrado el convento? —Parecía atónita.

—Tienen que rehabilitarlo, así que van a trasladar a las monjas a un edificio de la diócesis hasta que terminen las obras, pero yo no soy...

—Monja y ya no puedes vivir allí.

—Sí, y lo que ganaba limpiando no era suficiente para tener un apartamento, así que la hermana Teresa me insinuó hace meses que buscara trabajo. Y lo hice, de verdad, pero no tengo experiencia en otra cosa que no sea limpiar y...

La señora Dobbs se sentó ante ella colocando la tetera y un plato de galletas a su lado. —Continúa.

—Conseguí trabajo en una casa de interna y la primera noche el dueño se metió en mi cama. —La mujer jadeó. —Así que asustada regresé al convento y le dije a la hermana Teresa que no podía hacerlo más. Entonces me sinceré con ella sobre mis padres y fue cuando me dijo que ya era hora de que conociera a la otra parte de mi familia, pues igual podían ayudarme a encontrar un trabajo. Me he gastado casi todo mi dinero en el viaje —dijo nerviosa.

La señora Dobbs la miró atentamente. —Es que eres muy hermosa. —Se sonrojó con fuerza. —Tienes los mismos ojos almendrados de tu bisabuela y su cabello. Los hombres deben volverse locos a tu lado.

—No sé.

Jadeó llevándose una mano al pecho. —¿Nunca has tenido novio?

Negó con la cabeza. —No. Como vivía con las monjas...

La mujer carraspeó sirviéndole el té. —Bueno... —Soltó una risita. —Seguro que en este pueblo no te faltarán candidatos. Hay cuatro hombres por cada mujer del pueblo y buscan novia, ¿sabes?

—Yo solo quiero trabajar —dijo distraída cogiendo una galleta tímidamente—. ¿Cómo son?

—¿Los Patterson? —Asintió masticando sin quitarle la vista de encima. —Oh, George Patterson, que es el primo de tu padre, es un hombre como los que ya no quedan. Un hombre de palabra y un trabajador. Ha hecho del rancho lo que es ahora. Es muy buena persona. —Suspiró aliviada. —Y su hijo Greyson es como él. Le ha criado bien. No hay mejores trabajadores en todo Texas. Viven para el trabajo. Son muy exigentes, eso sí, pero muy buenas personas. Siempre están dispuestos a echar una mano.

Sonrió encantada porque parecían muy distintos de su padre. —¿De verdad? ¿No me miente?

—Lo juro por la tumba de mi madre. No debes preocuparte por ellos. Te acogerán como buenos cristianos.

—Oh, pero yo solo quiero trabajo. No quiero que me acojan.

—Eres de la familia. —Le hizo un gesto con la mano sin darle

importancia. —No te preocupes. Si los Patterson no quisieran que te quedaras con ellos, te puedes quedar aquí una temporada.

—No tiene por qué hacerlo.

—No será necesario. Estoy segura.

—¿No tengo más familia en el pueblo?

—La mujer de George murió hace dos meses.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡No!

—Era una mujer maravillosa, pero el señor se la llevó después de luchar contra un cáncer de pecho durante dos años. George estaba destrozado y su hijo también. La adoraban.

—Lo siento muchísimo.

Matilda entrecerró los ojos. —Igual no han contratado a nadie todavía. Glory se empeñaba en hacerlo todo ella y cuando se puso mal les ayudábamos entre varias mujeres del pueblo para que ella no se sintiera peor.

—Se levantó y fue hasta el teléfono. —Igual tenemos suerte.

Jeanine se apretó las manos observándola y vio cómo marcaba. —¿Louise? —Matilda sonrió. —Sí, acabo de llegar. —Escuchó unos minutos. —Sí, afortunadamente Sherry ya está recuperada. ¿La cena de los jueves? Por supuesto que esta semana se hará en mi casa. Louise, ¿sabes si los Patterson han encontrado a alguien para atender la casa? —La miró a los ojos. —¿No?

Que han puesto un anuncio en el periódico, pero que no han tenido suerte. — Se echó a reír. —Sí, ya sé que Grey no quiere una soltera en casa. Pero creo que se va a llevar una sorpresa. Ya te contaré. Te llamo mañana, querida. Y vamos a misa juntas.

Cuando colgó le dijo mirando el reloj. —Vamos, querida. Hora de irse a casa. Estarán a punto de llegar del trabajo.

Se levantó de inmediato. —¿Cree que me darán el trabajo? —Frunció su precioso ceño. —¿Por qué mi primo no quiere a una soltera en casa?

—Ya lo verás.

Cogió su mochila sin entender nada. —¿Cree que mi tío le hará cambiar de opinión?

—Tú eres de la familia, cielo. No es lo mismo. —Cogió su bolsito de rafia y le indicó la puerta trasera mostrando tras la casa un Cadillac azul claro que era un clásico de coleccionista. Chilló de la alegría acercándose y Matilda se echó a reír. —¿Te gusta mi pequeño?

—¡Dios mío! ¡Es precioso! ¡Hasta tiene las llantas en blanco!

—Cuido mucho a mi pequeño. ¿Quieres llevarlo?

Hizo una mueca. —No tengo carnet. En Nueva York no lo necesitaba.

—Oh, pues tienes que sacártelo. Aquí lo necesitarás. Si eres prudente, el sheriff hará la vista gorda hasta que te lo den.

—¿De verdad? —Sus ojos verdes brillaron de la ilusión. —Me encantaría sacármelo.

Matilda se subió al coche y ella lo rodeó corriendo. Cuando se sentó a su lado sonrió. —Primera lección —dijo Matilda—, mete la llave en el contacto.

Jeanine se echó a reír asintiendo sin perder detalle de todo lo que le decía a la vez que estaba atenta a la carretera de la que salían del pueblo. —Cómo vamos a llegar a la intersección, reducimos la marcha. —Ella miró atentamente cómo lo hacía. —Y torcemos a la derecha poniendo el intermitente para ir al rancho. Después todo recto. —Sonrió porque sabía que la estaba distrayendo para que no se pusiera nerviosa y se lo agradeció muchísimo. A unos cinco kilómetros del pueblo Matilda la miró de reojo. —No me voy a quedar para ver qué ocurre. Te dejo y me voy, porque así hablareis libremente.

Jeanine asintió. —Entiendo.

—Sé sincera como lo has sido conmigo y todo irá bien. Te lo prometo.

—No sé cómo agradeceréelo.

La miró sorprendida. —¡Niña, si no he hecho nada!

Entonces vieron la señal que anunciaba que había que girar a la

izquierda para ir al rancho Patterson. Ahí sí que se puso nerviosa y miró a su alrededor para ver un cercado con valla blanca que separaba la carretera de los pastos. Separó los labios impresionada al ver los caballos. Una manada de los caballos más hermosos que había visto nunca. —Dios mío —susurró con la sensación de que todo era irreal.

—Preciosos, ¿verdad? Los mejores del país.

—¿Es un rancho de caballos?

—Los crían, pero también tienen reses. Los caballos son el pasatiempo de Grey desde los quince años. Tiene mano con ellos.

Vio que un caballo corría a su lado y fascinada observó como su pelo negro brillaba al sol. —Son hermosos.

Matilda sonrió mirándola de reojo. —¿Y la casa qué te parece?

—¿La casa? —Confundida miró al frente para quedarse sin aliento. Era la casa más hermosa que había visto jamás. Tenía tres pisos y era de estilo victoriano. A su derecha tenía una especie de torre con las paredes en forma de diamante con grandes ventanales alargados y en la parte frontal había un enorme porche, que tenía hasta una mesa redonda con sillas rodeándola, varios sofás de mimbre blanco y un balancín en un lateral. —Increíble.

Matilda se echó a reír frenando ante la casa. —Bienvenida a tu hogar.

Se volvió hacia ella. —Gracias por traerme.

—Gracias a ti por venir. Sospecho que seremos buenas amigas. —Se echó a reír. —A pesar de la diferencia de edad.

—Me agradaría mucho. —Abrió la puerta.

—Suerte, pequeña. Y... —Se estiró para verle la cara—¿Me prometes algo?

—Lo que sea.

—Cuida las rosas de Glory, ¿quieres? Las pobres están marchitas.

Se sonrojó preocupada. —No sé si sabré hacerlo.

—Las rosas solo necesitan amor. Dale recuerdos a los Patterson de mi parte y diles que les veré en la iglesia pasado mañana.

Sonriendo cerró la puerta del coche y le dio la sensación de que Matilda había acelerado a tope para salir de allí. Se volvió hacia la casa y se pasó las manos sudorosas por los vaqueros antes de mirarse nerviosa, estirando la camiseta deseando tener mejor aspecto. ¡Iba a conocer a su familia! No se podía creer todavía que la hermana Teresa la hubiera convencido de aquella locura. Subió uno de los escalones sintiendo que las piernas le temblaban y subió el siguiente escalón sujetándose a la barandilla. No se escuchaba ruido dentro de ella, pero puede que estuvieran trabajando todavía. Aquello era un rancho y no se tenía horario fijo como en una oficina.

Cuando llegó a la puerta carraspeó pensando en qué decirle a su tío. Sería clara. Le diría toda la verdad como a Matilda. Si la echaba, ya buscaría trabajo por allí hasta que tuviera ahorros para volver a Nueva York. Eso si conseguía trabajo... Se mordió su grueso labio inferior levantando la mano y pulsando el timbre de la puerta, que a ella le resonó como si fuera la mismísima campana de la iglesia. Su corazón iba a cien por hora intentando escuchar algo del interior.

—¿Quería algo?

Se sobresaltó dándose la vuelta por la voz de ese hombre, para darse cuenta de que había estado tan atenta a lo que pasaba dentro de la casa, que ni le había escuchado acercarse a ella.

Era un hombre de unos treinta años que subido a un caballo miraba hacia ella. Era moreno por lo que podía ver bajo su sombrero y era realmente grande mostrando unos fuertes músculos en sus brazos. Volvió el caballo hacia el otro lado sin dejar de observarla. —¿Busca a alguien? —preguntó con voz grave sobresaltándola de nuevo. No sabía por qué, pero su voz la puso aún más nerviosa. Caminó hasta los escalones y la luz del atardecer la iluminó. Él pareció sorprendido de su aspecto y apretó las mandíbulas enderezando la espalda sobre su montura.

—¿Conoce a los Patterson? —preguntó tímidamente—. He venido a verles.

—¿Y para qué quiere verles? —preguntó agresivo—. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—No. —Nerviosa llevó su mano hasta la correa de su vieja mochila. —Vengo de Nueva York.

Él sonrió con desprecio. —Me lo imaginaba. Mire, señorita...

—Patterson. Me llamo Jeanine Patterson.

—Lo que sea. Puede irse por donde ha venido. Si lo que busca es dinero, no se llevará ni un centavo. ¿Me ha entendido? —Jeanine se sonrojó intensamente confirmando sus sospechas. —Ya se llevó bastante su madre cuando pasó por aquí hace años, así que le aconsejo que desaparezca antes de que me cabree.

—¿Qué? —Confundida bajo un escalón. —¿Mi madre pasó por aquí?

—Oh, sí. No se haga la tonta. Vino con la lacrimógena historia de que Jack la había dejado en estado y que necesitaba el dinero para abortar. — Jeanine palideció porque su madre le había mentado. Pero eso no podía ser porque ella estaba allí.

—Miente. ¡Mi madre no haría eso!

—Mira, bonita... no pienso discutir contigo. Vete por dónde has venido antes de que llame al sheriff para que te saque de mis tierras.

—¿Eres Grey? —Dio un paso hacia él. —No quiero dinero, de

verdad. Solo busco trabajo.

Pudo sentir su desprecio desde allí. —Trabajo, ¿eh? ¿Y de qué me vas a servir tú a no ser que te abras de piernas? ¿Crees que no sé lo que era tu madre? —Jeanine perdió todo el color de la cara por el insulto. —Toda tu familia es escoria y no te quiero aquí. ¿Me has entendido? ¡Lo único que traéis son problemas! ¡Largo de mis tierras! ¡Estoy harto de que intentéis sangrarnos cada poco! —Se bajó del caballo y se acercó a ella en dos zancadas cogiéndola por el brazo. A Jeanine se le cortó el aliento al ver sus ojos verdes bajo el ala del sombrero y demostraban que estaba realmente furioso. —¿No me has entendido? —le gritó a la cara—. ¡Largo de aquí! — La empujó hacia la carretera y Jeanine asustada dejó caer la mochila antes de salir corriendo.

Sin darse cuenta de que lloraba, siguió corriendo y al volverse vio a través de la valla blanca que él la observaba desde el porche. Siguió corriendo hasta perderle de vista y cuando ya no podía verla, dejó de correr sollozando y caminando deprisa. Volvió a mirar hacia atrás sin poder creerse lo que había pasado en unos segundos. No podía negar que él debía haberle dicho la verdad para estar tan furioso con ella. Se pasó la mano por las mejillas sin poder creerse que su madre hubiera ido hasta allí para pedirles dinero con intención de abortar. Se echó a llorar más fuerte sin poder evitarlo. ¡Le había mentido! ¡Su madre le había mentido durante toda su vida! ¡Por eso le había

dicho que nunca les pidiera ayuda! Seguro que el padre de Grey se lo había advertido. En realidad, tenían razón. Había ido allí para que la acogieran cuando no tenían ninguna obligación. Se sentía como una pedigüeña. No debería haber ido hasta allí. No debería haber dejado que la hermana Teresa la convenciera. Aquello había sido una locura. Tendría que haber buscado trabajo en otra cosa que no fuera de interna, pero se había dado por vencida muy rápidamente.

Capítulo 2

Cuando se calmó un poco, se pasó la mano por debajo de la nariz y fue cuando se dio cuenta de que se había dejado la mochila. Se detuvo indecisa pues en esa mochila tenía todas sus pertenencias, que no eran muchas. Unos vaqueros, ropa interior y dos camisetas viejas. Pero si no la recuperaba no tenía dinero para comprar más. Estaba pensando en volver a por ella cuando apareció una camioneta que venía de la carretera general. Preocupada porque estaba en medio de la nada, se olvidó de la mochila y siguió caminando para salir del rancho lo antes posible, no fuera a ser que se buscara un problema de verdad. La camioneta redujo la velocidad al llegar hasta ella, pero Jeanine no se detuvo.

—Perdona... —dijo la voz de un hombre desde el interior de la camioneta.

Ella siguió caminando como si no hubiera escuchado nada. —Niña,

¿estás bien? —Escuchó que se abría la puerta y Jeanine miró sobre su hombro para ver salir de la camioneta a un hombre de unos sesenta años con traje gris. Al mirar sus ojos verdes supo que era el dueño del rancho y él perdió el color de la cara al verla pues pareció reconocerla.

—Ya me voy. —Se volvió para seguir su camino, pero él se acercó a toda prisa cogiéndola del brazo. —¡Ya me voy, de verdad! —gritó asustada.

—¿Eres la hija de mi primo Jack? —Parecía atónito. Ella asintió asombrada y él entrecerró los ojos. —¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro —susurró intentando soltar su brazo.

—Será hijo de... —Soltó su brazo y ella se alejó. —Espera.

Se volvió lentamente quedándose a unos metros y él se pasó la mano por su cabello negro. Tenía algunas canas en las sienes, pero era muy atractivo para la edad que tenía. Se preguntó cómo sería su padre en ese momento, pero alejó ese pensamiento rápidamente porque le despreciaba.

—¿Cómo te llamas?

—Jeanine.

—¿Y a qué has venido, Jeanine? ¿Necesitas dinero? —La miró de arriba abajo y suspiró al ver su aspecto. —Chiquilla, no me digas que tú también estás embarazada.

—¡No! ¡Yo sólo quería trabajo! —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Solo quiero trabajar y la hermana Teresa me dijo que puede que vosotros me ayudarais. Matilda dijo que necesitabais ayuda en la casa y...

—¿Matilda? ¿Matilda Dobbs?

—La he conocido hoy. —Dio un paso atrás tragando saliva para intentar no llorar. —No pasa nada. Me voy.

George entrecerró los ojos. —Sube a la camioneta.

Negó con la cabeza asustada. Parecía enfadado y si la llevaba al rancho, le daba la sensación de que Grey la despellejaría antes de dejarla sorda con sus gritos. Se volvió y siguió caminando. —¡Niña, sube a la camioneta! ¡No vas a caminar hasta el pueblo! Yo te llevo.

—No pasa nada. Me gusta caminar —dijo con desconfianza.

—¡Sube a la camioneta antes de que te dé unos azotes, niña! ¡No me hagas perder el tiempo!

Abrió los ojos como platos y al mirarle George sonrió sorprendiéndola aún más. Se detuvo y él hizo un gesto con la cabeza. —Vamos. Se está haciendo tarde y me muero por una cerveza.

—¿Me llevará al pueblo? La señora Dobbs...

—Matilda es una entrometida, pero ya se lo diré yo en la misa del domingo. Sube. —George se subió al vehículo sin esperarla y encendió el motor de nuevo sin moverse de allí. Jeanine sin saber qué hacer miró a su

alrededor, pero tenía que recuperar su mochila, así que dio un paso hacia la camioneta. Bueno, si la mataban y la escondían en aquel rancho, nadie la echaría de menos, así que por probar no perdía nada. De todas maneras, no tenía donde caerse muerta. Se acercó a la puerta y la abrió tímidamente. George la miró fijamente mientras subía sentándose a su lado. Cuando cerró la puerta, él aceleró.

—Bien, ¿y cómo está tu padre, niña?

Se encogió de hombros. —No sé.

La miró de reojo. —¿Cómo que no lo sabes? ¿No os habláis?

—No le he hablado nunca, así que...

La miró sorprendido. —Expílicate, niña.

—No le conozco.

Él frenó en seco. —¿Cómo que no le conoces? ¿Eres la hija de Jack o no?

—Oh, sí. Pero no le he visto nunca.

La miró atentamente. —Eres una Patterson, de eso no hay duda. Y Jack es tu padre.

—Eso me dijo mi madre.

—¿Me estás diciendo que os abandonó?

—Sí, cuando tenía un año.

—Será hija de... —La miró de reojo acelerando de nuevo. —Tu madre se pasó por aquí, ¿sabes?

—Me lo ha dicho tu hijo. —Se apretó las manos. —Lo siento.

George apretó los labios. —Nos engañó. Está claro que seguía con él si tardó otro año en dejarla. Nos sacaron el dinero y después la dejó. Os dejó.

—Lo siento. —Se sentía muy avergonzada y no sabía ni qué decir.

—¿Y no habéis vuelto a verle?

—No.

—Pues se pasó por aquí hace cuatro años, ¿sabes? Al parecer se estaba muriendo y no tenía seguro médico para hacerse una operación experimental que le salvaría la vida. Como no me fiaba, hice que hablara con el médico del pueblo y quedó al descubierto su mentira. Le eché con cuatro puñetazos. Menos mal que no le pilló mi hijo, porque sino le mata.

—Lo siento.

La miró sorprendido. —¿Solo sabes decir eso?

—Es que no sé qué decir. No sabía nada de todo esto. —Cuando la casa apareció en su campo de visión se tensó.

—¿No te lo contó tu madre?

—Solo me dijo que no viniera nunca por aquí a pedir ayuda —
susurró.

La miró de reojo. —Sin embargo estás aquí. ¿No te ha dicho nada
cuando se enteró de que venías?

—Mamá está muerta.

—Vaya, lo siento. ¿Acaba de morir?

—Murió hace casi trece años.

La miró frenando ante la casa como si la viera por primera vez. —¿Y
con quién te has criado?

—Con la hermana Teresa —respondió sin pensar mirando la casa.
Cuando vio que se abría la puerta y que Grey salía ya sin sombrero, se
encogió en su asiento y más cuando le vio enfurecerse al reconocerla y bajar
los escalones a toda prisa.

George bajó de la camioneta cuando su hijo abría la puerta furioso. —
¿Qué te había dicho?

—¿Grey! —Miró sorprendido a su padre. —¿Deja a tu prima!

—Mi prima —dijo con desprecio mientras su padre rodeaba la
camioneta por delante—. ¡Esta lo que quiere es sacarnos la pasta!

—Busca trabajo y si lo que quiere es trabajar, podrá hacerlo aquí.

—¿Haciendo qué? ¿Bajándose las bragas como su madre?

Jeanine tembló como si la hubiera golpeado y George le gritó furioso —¡Discúlpate ahora mismo!

Su hijo levantó las cejas. —¿Con esta? ¡No pienso disculparme por decir la verdad! ¡Son unos timadores y no sé qué te ha contado con esa cara de inocente, pero no te creas una palabra!

—¡No tiene familia y necesita trabajo! ¡Es lo único que ha pedido! ¡Y en mi casa se hace lo que yo quiera! ¿Me has entendido? ¡Ahora discúlpate con tu prima, Grey!

La miró con odio estremeciéndola de miedo y sonrió con malicia. —Lo siento, prima. Siento decir la verdad. —La cogió por el antebrazo con fuerza acercándola a él y asustada abrió los ojos como platos. —Pero encárgate de defraudar a mi padre y no tendrás donde esconderte. ¿Me has entendido, primita? —Al ver que no contestaba le gritó a la cara —¿Me has entendido?

—Sí —susurró con el corazón a mil pensando que dónde se había metido. Una lágrima rodó por su mejilla y la soltó como si le diera asco, antes de volverse hacia la casa saltando los escalones del porche de un solo paso. Levantó la mirada para ver a George mirándola sin expresión en el rostro.

—¿De verdad buscas trabajo? ¿No es un plan de tu padre para volver a sacarnos dinero?

—No conozco a Jack, pero me iré. No me quedo donde no se me quiere.

—Greyson cambiará de opinión en cuanto te conozca, niña. Piensa que ha visto cosas a lo largo de los años que le han hecho sentir mucha rabia. Siento que tú pagues por ello —dijo como si le leyera el pensamiento—. Pero si eres como creo, tarde o temprano abrirá los ojos y formarás parte de su familia. Entonces te defenderá con uñas y dientes.

La esperanza calentó su pecho. Esperanza de formar parte de una familia de nuevo. No había nada que deseara más que eso. —¿Usted cree?

—Tutéame, niña. —Forzó una sonrisa. —¿Sabes cocinar? Solo comemos decentemente cuando alguna vecina se apiada de nosotros o vamos a Dobbs Hill a comer.

Sonrió tímidamente. —La hermana Teresa decía que se me daba muy bien.

Pareció aliviado. —¿Pues a qué esperas? ¡Niña, estoy muerto de hambre!

Soltó una risita saltando de la camioneta y George apretó los labios al ver que tenía el antebrazo sonrojado por el agarre de su hijo. Se quedó a su lado esperando como si le diera miedo entrar sola. Su tío la cogió delicadamente del brazo y subieron los escalones del porche. Al entrar en el

hall, Jeanine separó los labios al ver la decoración, pues los muebles eran antigüedades y el suelo de madera solo necesitaba un pulido para quedar impecable.

—Disculpa que la casa no esté en condiciones —dijo guiándola hacia la derecha para meterla en una gran cocina mucho más grande que la de Matilda, pero del mismo estilo. Sonrió al ver las cacerolas colgadas del techo encima de la cocina—. Pero últimamente limpiamos muy poco. Solo cuando tenemos tiempo.

—Siento lo de su esposa. —La miró sorprendido.

—¿Cómo sabes eso? —Se tensó y Jeanine pensó que había metido la pata.

—Me lo dijo Matilda.

Esas palabras parecieron relajarlo y le soltó el brazo. Incómodo miró a su alrededor pasándose una mano por la nuca. —Bueno, esta es la cocina.

Al mirar hacia la puerta de atrás vio su ropa tirada en un cubo de basura al lado de su mochila abierta. Fue hasta allí a toda prisa cogiéndola del cubo para meterla en la mochila de nuevo, disimulando su disgusto porque había registrado sus cosas. Al ver una foto de su madre rota por la mitad, cerró los ojos intentando controlar las lágrimas.

—Lo siento mucho. Seguro que se puede arreglar.

Abriendo los ojos forzó una sonrisa. —No pasa nada. La hermana Teresa guarda mis cosas hasta que encuentre un sitio donde quedarme. Tengo más fotos. —Sorbió por la nariz y cogió la foto para meterla en la mochila. Afortunadamente solo su ropa interior estaba echada a perder por los restos de basura y se avergonzó de que Grey hubiera visto su vieja ropa interior de algodón. Su tío carraspeó y se levantó de un salto cerrando la tapa del cubo a toda prisa.

Disimulando, su tío hizo que no había visto nada y sonrió. —¿Quieres ver tu habitación?

—Sí, me encantaría.

Cuando salieron al hall de nuevo su tío pareció dudar mirando hacia arriba y al final se decidió. —Creo que es mejor que ocupes la antigua habitación del ama de llaves.

—Muy bien —respondió más tranquila al ver que rodeaba la escalera yendo hacia la cocina de nuevo y atravesándola. Había una puerta que daba a una habitación que tenía varios aparatos médicos. Se detuvo en el umbral sabiendo que allí había fallecido su esposa. Era amplia y muy luminosa pues tenía dos ventanas que daban al porche que rodeaba la casa. Aunque los aparatos le quitaban encanto, recordando lo que había pasado allí hacía poco tiempo.

—Sacaremos todo esto para que estés cómoda.

Ella forzó una sonrisa sabiendo que sería doloroso para él. —Puedo encargarme yo. No se preocupe.

—Tutéame, niña. —Miró la cama que tenía un colchón desnudo. — Tienes sábanas en el primer piso en el armario del pasillo.

—Muy bien. La arreglaré en cuanto haga la cena. —Sonrió tirando la mochila sobre el colchón. Al volverse vio el polvo suspendido en el ambiente, pero lo ignoró porque lo primero era lo primero. La cena. —¿Por qué no se va a poner cómodo mientras preparo algo para comer?

George le sonrió. La primera sonrisa realmente sincera que le había regalado y se sintió estupendamente, porque fue un triunfo y tuvo esperanzas de que en el futuro las cosas fueran muy distintas.

—Tutéame, niña. Soy tu tío.

—¿Le llamo tío?

Él asintió. —Tío está muy bien, aunque no lo sea del todo. Pero no tengo sobrinas y es una novedad que me gusta.

—Muy bien, tío.

Salió a la cocina y abrió la nevera para encontrársela bien surtida. — Estupendo —susurró cogiendo un pollo que no estaba troceado. Lo puso sobre la mesa de madera y buscó un cuchillo afilado. No le costó encontrarlo

y con él en la mano miró a su tío que la observaba.

—Parece que sabes lo que haces —dijo al ver como cortaba el muslo—. Te dejo para que te familiarices con todo esto.

—En media hora la cena estará lista. —Se concentró en lo que estaba haciendo y él salió dejándola sola.

Bueno, había que ser positiva. No había ido mal. Al menos tenía trabajo. No sabía lo que iba a ganar, pero tenía donde vivir y comida. Por muy pequeño que fuera su sueldo incluso podría ahorrar porque no tenía gastos. Y sobre Grey, le evitaría todo lo posible hasta que se habituara a tenerla en casa. Estaba molesto con sus padres y lo entendía. Cuando la conociera, se daría cuenta de que ella no tenía nada que ver con los timos y esas cosas que habían mencionado. Sonrió tirando los huesos del esternón a la basura y rebozó el pollo con pan rallado y huevo para freírlo en la sartén más grande que encontró. Cuando ya lo tenía todo listo y el pollo estaba en el aceite que había encontrado, hizo una ensalada de col con patatas cocidas.

Abriendo los armarios, estaba buscando un mantel para poner la mesa cuando sintió que alguien entraba en la cocina. Miró sobre su hombro y al ver a Grey, se tensó cerrando las puertas que tenía abiertas.

—¿Qué buscas? —preguntó agresivo acercándose a ella.

Vio que se había duchado y se había puesto una camiseta negra y

unos vaqueros del mismo color. Con su pelo negro daba la sensación de ser muy peligroso. Se le hizo un nudo en la garganta antes de susurrar —Un mantel.

Entrecerró los ojos como si no la creyera. —Ese banco de al lado de la ventana.

Indecisa fue hasta allí para abrirlo y ver un montón de manteles y servilletas. Algunos con bordados preciosos. La hermana Teresa bordaba y sabía reconocer un buen trabajo cuando lo veía. Y aquellos eran de primera.

Cogió el que parecía de uso diario y lo sacó con cuidado con las servilletas. Grey no le quitaba ojo. Mientras ponía la mesa para dos, porque no pensaba cenar con ellos pues era una sirvienta, él sacó una cerveza de la nevera y apoyó la cadera en la encimera de granito observándola. —Así que eres la nueva ama de llaves. —La burla de su voz la tensó, pero no le respondió porque buscaba problemas. Se acercó al pollo y con un tenedor le dio la vuelta para que no se quemara. —¿A qué te dedicabas en Nueva York?

—Trabajaba limpiando en un colegio. —Le miró de reojo cogiendo los platos. —Era una de las limpiadoras.

—Así que limpiar se te da genial, ¿eh?

—Sí, se me da genial. —Empezó a cortar el pan que había encontrado. Estaba algo duro, pero era el que había.

—Mi padre me acaba de decir que vivías con unas monjitas. —A punto de reírse volvió a beber de la botella. —Debo reconocer que pasar por la huerfanita abandonada, es una historia de primera. Ideal para que cualquiera abra las puertas de su casa de par en par. Pero dime una cosa primita, ¿cómo es que te has recorrido cientos de kilómetros para limpiar cuando podías hacerlo en Nueva York? Si se te da tan bien... —Se acercó a ella y le susurró al oído —A no ser que tuvieras que salir de la ciudad a toda prisa.

Jeanine se sonrojó con fuerza y él se echó a reír. —Me lo imaginaba. Así que no has sido del todo sincera con mi padre, ¿verdad? ¿Qué hiciste? ¿A quién robaste?

—No robé nada —susurró angustiada.

—¿Ah, no?

La miró de arriba abajo con desprecio. —Por tu ropa puede que no, aunque puede ser que forme parte de tu disfraz para dar pena. —Se echó a reír. —Debo reconocer que esas bragas que llevas dan mucha pena.

Se mordió el labio inferior intentando ignorarle y empezó a sacar el pollo de la sartén en silencio.

—Venga, confiesa. ¿Qué fue lo que hiciste en Nueva York para acabar aquí?

—Pegué a un hombre —susurró decidiendo ser sincera, porque si mentía la descubriría.

—Pegaste a un hombre. ¿Y qué hizo para que le pegaras? ¿Quejarse de tu pollo frito?

Se volvió pálida y él que iba a beber de su botella se detuvo en seco. —Trabajaba para él de interna. Intentó violarme y le golpeé con la lámpara de la mesilla de noche en la cabeza. Se pasó cuatro días en el hospital en coma.

Grey se tensó. —¿No me digas? —preguntó con burla—. ¿Y por qué no buscaste otro trabajo?

—Mi foto salió en los periódicos y nadie me hubiera contratado. No tenía dinero y la hermana Teresa me dijo que si quería que me contrataran, tenía que salir de la ciudad. Entonces le dije que tenía familia aquí y me convenció para venir. —Pensando en ello miró el pollo unos segundos. —Igual tenía que haber ido a otro sitio. Mi madre me había dicho que no viniera por aquí.

—No era tonta tu madre.

Sin poder evitarlo le fulminó con la mirada. —¿Te gustaría que alguien hablara así de tu madre?

Grey la cogió por la nuca tirando de su cabello hacia atrás con fuerza

para mirar sus ojos. —Vuelve a hablar de mi madre y te mato —siseó con furia haciéndola temblar—. Mi madre era una santa y la tuya una zorra que se abría de piernas para conseguir pasta. Vuelve hablar de mi madre y lo vas a pagar muy caro.

La soltó con fuerza haciéndola golpearse contra el mueble de la encimera, pero no dijo una palabra pálida del susto.

George entró en la cocina con unos vaqueros y una camisa sonriendo y dando una palmada. —Huele de maravil... —Al ver la cara de Jeanine perdió la sonrisa. —¿Qué ocurre aquí?

—Se me ha revuelto el estómago —dijo Grey mirándola con desprecio—. Me voy a dar una vuelta. —Pasó al lado de su padre y salió de la casa dando un portazo que la estremeció.

—Ven, niña. Cenemos y me lo cuentas todo.

Ella asintió reprimiendo las lágrimas y cogiendo la bandeja del pollo para llevarlo a la mesa. Se pasaron hablando horas de la infancia de Jeanine y de su vida con las monjas. Su tío apretó los labios al escuchar por qué se había ido de Nueva York.

—Así que allí no te darían trabajo y el trabajo en el colegio estaba mal pagado como para alquilar un apartamento. Te quedabas en la calle. Por eso has venido aquí.

—Lo siento. No tenía que haber venido. Me iré por la mañana.

—No tienes que irte a ningún sitio. Esta será tu casa mientras yo viva. Mi hijo tendrá que acostumbrarse. Mañana hablaré con él.

—No quiero que haya conflictos entre vosotros. He venido en el peor momento después de la...

—Muerte de mi mujer. —El tío George sonrió y cogió su mano por encima de la mesa. —Estoy seguro de que mi Glory estaría encantada de tenerte aquí. Le hubiera gustado conocerte.

Jeanine se emocionó. —Me hubiera encantado conocerla. Bordaba muy bien.

George se echó a reír asintiendo. —Lo hacía todo muy bien.

—Debía ser estupenda. —Sus ojos cayeron sobre el mantel y con la mirada perdida pensó en su madre. Puede que no fuera la mejor madre del mundo, pero la quería. —Sólo pido que no insulte a mi madre. —Una lágrima cayó por su mejilla y George apretó los labios

—No lo hará más. Eso te lo aseguro. Siento que se comporte así contigo.

Asintió levantándose de la silla y forzó una sonrisa limpiándose las lágrimas con la mano. —Odio llorar. La hermana Teresa dice que las lágrimas nunca sirven de nada.

—Tiene toda la razón. Un buen grito desahoga mucho más.

Empezó a recoger la cocina y dejó un plato de pollo con ensalada sobre la encimera por si Grey cuando volviera tenía hambre. George que estaba recogiendo los vasos lo vio, pero no dijo nada.

—Déjelo, tío. Estará cansado de tanto trabajar. —Sonrió sinceramente. —¿Por qué no va a ver un rato la tele? Eso le relajará antes de dormir.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—No, claro que no. Esto está dominado. Acabará enseguida.

Su tío asintió viéndola trabajar y salió de la cocina un minuto después. Jeanine sonrió al escuchar el sonido de la televisión. Como no estaba cansada debido a las emociones del día, se dedicó a limpiar a fondo la cocina y cuando terminó fue a su habitación y puso todos los aparatos médicos tras la puerta para que no estorbaran. Subió al piso de arriba y con curiosidad miró por una puerta que estaba abierta. Al aspirar el aroma de la habitación, supo que era donde dormía Grey y sacó la cabeza rápidamente sin ver casi nada en realidad. Solo le dio tiempo a apreciar que la cama estaba sin hacer.

Se apretó las manos en el pasillo, porque no sabía qué hacer. Se suponía que era el ama de llaves y su obligación era mantener la casa limpia. Fue hasta el armario del pasillo y como había dicho George, allí había

sábanas de sobra. Cuadró los hombros y entró en la habitación de Grey. Deshizo la cama antes de darse cuenta y diez minutos después ya la había hecho de nuevo. Al ver prendas en el cesto de la ropa sucia, las cogió y sonrió porque no era muy desordenado. Suponía que como su madre había estado enferma, estaban acostumbrados a hacer las cosas ellos mismos. Frunció el ceño pensando en lo que le había dicho Matilda sobre que no quería solteras en casa. Tendría que enterarse del porqué.

La habitación del fondo tenía la puerta entreabierta y se acercó para ver si era la de su tío. Era la habitación de la torre y era preciosa. Vio la foto de una mujer rubia encima de la mesilla de noche, que reía con un bebé en brazos y supo que era Glory. Se sintió como una intrusa. Como si estuviera invadiendo su intimidad. La cama estaba hecha, así que apagó la luz y cerró la puerta lentamente. Bajó con la ropa sucia y al echar un vistazo al salón, vio que su tío se había quedado dormido en el sofá. Dejó la ropa en el cuarto de la lavadora que había al otro lado de la cocina y volvió al piso de arriba para coger unas sábanas limpias. Cuando regresó abajo, se acercó al salón y cogió el mando de la mano de su tío para apagar la televisión. Se despertó sorprendido. —¿Glory?

—Tío, es hora de acostarse —dijo suavemente sintiendo su dolor cuando se dio cuenta de que no era su mujer.

—Oh, sí. Es hora de acostarse.

Con las sábanas entre los brazos, le observó levantarse e ir hacia la escalera lentamente como si le pesaran las piernas. Al verle llegar arriba, se mordió el labio inferior sintiéndolo muchísimo por él y se dijo que si ella podía hacer algo para ayudarlo, se iba a dejar la piel en ello.

Hizo la cama y se acostó únicamente con una camiseta porque no tenía otra cosa. A través de las ventanas abiertas, corría una ligera brisa que movía las delicadas cortinas y como hipnotizada se las quedó mirando, pensando en todo lo que había ocurrido en menos de dos meses y cómo había cambiado su vida desde que había llegado aquella dichosa carta de la diócesis. Suspiró esperando que todo fuera para bien y abrazó la almohada.

Se estaba quedando dormida cuando escuchó el motor de un coche que rodeaba la casa y apenas unos minutos después oyó unos pasos por el porche. Se le cortó el aliento cuando los pasos se detuvieron ante su ventana. Sabiendo que Grey la miraba, sintió que su corazón saltaba en su pecho, pero no abrió los ojos simulando estar dormida. Fue un alivio escuchar los pasos sobre la madera alejándose. Abrió los ojos cuando dejó de oírle, pero le pareció que el aroma de su colonia llegaba hasta ella como si aún estuviera allí. Cerró los ojos durmiéndose, pensando que ese olor no era del todo desagradable.

Capítulo 3

Se sobresaltó despertándose cuando la puerta de su habitación se abrió de golpe y confundida miró la ventana por la que vio que todavía no había amanecido. Giró la cabeza hacia la puerta y vio a Grey vestido con vaqueros y una camiseta azul. —¿Sabes qué hora es? ¿Dónde está el desayuno?

—¿El desayuno? —Parpadeó asombrada. —¡Pero si es de noche!

—¡Arriba perezosa! ¡Va a cantar el gallo!

Como si lo hubiera despertado él mismo, un gallo cantó en ese momento. Él levantó una ceja. —¿Ves? ¡Tienes cinco minutos! —dijo como si fuera una vaga—. ¡Iré haciendo el café!

Cerró de un portazo y atónita miró al frente entrecerrando los ojos al ver por encima de la colina un ligero resplandor que indicaba que estaba amaneciendo. —Madre mía. Hay que despertarse con las gallinas.

Se arrastró fuera de la cama y se puso los vaqueros y las deportivas antes de salir de la habitación a toda prisa. Grey estaba encendiendo la cafetera y nerviosa abrió la nevera. —Lo siento, no sabía que había que levantarse tan temprano.

—Son las cinco. A las cinco y cuarto quiero el desayuno en la mesa, ¿me has entendido?

—¿Tu padre también se levanta tan temprano?

—Él no tiene que encargarse de los caballos.

Había dormido cuatro horas. Se mordió el labio inferior asintiendo mientras sacaba el tocino. Él vio el plato de pollo y negó con la cabeza. — Calienta esto.

—Oh... —Dejó el tocino en la nevera y sonrió cogiendo el plato y metiéndolo en el microondas. —¿Ayer no cenaste?

—No te importa lo que hago. ¿Entiendes?

—Sí, claro. —Fue hasta la mesa y puso un mantelillo individual.

Él levantó una ceja. —¿No desayunas?

—Prefiero esperar.

No sería capaz de probar bocado a esa hora. Aun menos con él sentado a su lado mirándola así.

—¿No volverás a la cama? —preguntó como si fuera un sacrilegio.

Se sonrojó porque es lo que esperaba hacer en cuanto se fuera, pero al parecer no podía hacerlo. —No, claro que no. Tengo mucho trabajo. —La miró como si no se creyera una palabra. —¿A qué hora se levanta tu padre?

—A las ocho.

—¿Y qué desayuna?

—Pregúntaselo a él. —La miró como si fuera estúpida y terminó de poner la mesa haciendo chirriar los dientes de la rabia. Fue hasta el microondas y le sirvió el pollo de la cena anterior. Grey se sentó para empezar a desayunar y levantó una ceja. —El café.

—Oh, sí.

Afortunadamente la jarra ya estaba llena y le sirvió una jarra. Él estaba cortando el pollo mirándola de reojo y cuando se metió el tenedor en la boca Jeanine no supo que hacer, así que cogió la jarra de café porque necesitaba cafeína en vena en ese momento. No podía entender como él estaba tan fresco después de haberse acostado cuatro horas antes.

Él levantó la taza de nuevo y gruñó. Bebiendo de la suya se acercó con la jarra para servirle de nuevo y se la dejó a su lado. —¿Está bueno?

—Se puede comer.

—¿Quieres algo más?

—Que no me molestes.

Se volvió para no mostrar su disgusto y fue hasta su habitación para hacer la cama. Estaba poniendo la almohada sobre el colchón cuando escuchó sus pasos rodeando el porche. Sin volverse le vio pasar de reojo por delante de su ventana. Estupendo. Desde su habitación sabría cada vez que entraba. En aquella habitación no había intimidad.

Cuando regresó a la cocina, suspiró viendo el plato. Al menos se lo había comido todo. Sonrió porque eso significaba que le había gustado. O que estaba muerto de hambre, que también podría ser. Estaba lavando el plato cuando le vio pasar a caballo a galope por delante de la ventana y se le cortó el aliento deteniéndose en seco para observarle cruzar el campo. Era la imagen más impactante que había contemplado nunca, pues era guapísimo y demostraba una fuerza que hizo que su estómago diera un vuelco. Le siguió con la mirada y cuando se alejó lo suficiente, frunció el ceño por lo que acababa de sentir. ¡Se había excitado! ¿Es que estaba loca? ¡Era su primo! Bueno, en realidad eran primos segundos, ¡pero si la odiaba! Por muy bueno que estuviera y por muchos músculos que marcara, era de la familia. ¡Y la odiaba! Que eso no se le olvidara porque era lo más importante. Moviendo la cabeza de un lado a otro como si quisiera desprenderse de lo que acababa de sentir, miró hacia abajo y gimió al ver que sus pezones se marcaban a través de la camiseta. —Definitivamente estás mal de la cabeza —susurró antes de frotar con fuerza el plato sacando un montón de espuma.

Cuando terminó de limpiar, preparó lo que pudiera necesitar para el desayuno de George y fue hasta el salón para retirar el polvo. Era muy amplio y tenía dos sofás de cuero marrón enormes. Al acercarse a la chimenea sonrió al ver las fotos de la familia a través de los años. Separó los labios sin darse cuenta al ver una foto de Grey cuando era adolescente. Debía tener unos diecisiete años y estaba vestido con un smoking negro. Estaba guapísimo. Debía ser el chico más perseguido del instituto. Eso seguro.

Se entretuvo un rato limpiando y vio que el aparador necesitaba un pulido urgente. Estaba frotando la cera de abeja con limón sobre la superficie cuando escuchó que George bajaba las escaleras. Sorprendida miró la hora del reloj de pie que había en una esquina. Las siete y media. ¡Se le había pasado el tiempo volando! Sonriendo de oreja a oreja salió con el paño en la mano para encontrárselo en el hall. La miró sorprendido. —¿Estás levantada?

—Desde las cinco en punto. ¿Qué quieres desayunar, tío?

—¿Es que no has dormido bien?

—He dormido como un tronco —respondió entrando en la cocina—. ¿Huevos con beicon? ¿O tomas otra cosa?

—Huevos revueltos y beicon está perfecto. —Fue hasta la cafetera y se sirvió una taza. —Niña, no tienes que levantarte tan temprano, ¿sabes? Nosotros nos hacemos el desayuno desde que tengo memoria.

Disimuló su sorpresa. —No me molesta. —Sonrió mirándole sobre su hombro y le vio sentarse a la mesa. —Además tengo mil cosas que hacer.

—Mi mujer no soportaba madrugar. —Sonrió con pena. —Me lo dejó bien claro cuando se casó.

Poniendo el beicon en la sartén le miró. —¿Ah, sí? ¿Y tú que le contestaste?

—Con tal de casarme con ella como si no se levantaba de la cama.

Jeanine se echó a reír. —¿De veras? Cuéntame, ¿fue un flechazo?

George sonrió mirándola. —La conocí en un baile y ella estaba de paso. Había venido a pasar unos días con su tía que se acababa de mudar. —Se echó a reír. —Se sorprendió muchísimo cuando le pedí matrimonio después del primer baile.

Se llevó la mano al pecho mirándolo sorprendida. —¿Tan pronto?

—Esa es la cara que puso. —George rió de nuevo, pero su sonrisa fue muriendo poco a poco. —Joder, lo que la echo de menos.

—Tienes los buenos momentos y a Grey. —George asintió y pensativo miró por la ventana. —Me encantaría enamorarme así. Con locura y apasionadamente. Que todo me diera igual con tal de estar con la persona amada.

—Pues aquí tendrás oportunidades de sobra.

Soltó una risita. —Me ha dicho Matilda que hay cuatro hombres por cada mujer.

—Hay ranchos en los alrededores y con tanto vaquero, las mujeres solteras escasean. En los bailes las agotan de tanto bailar. —Puso los platos del desayuno sobre la mesa y sacó algo de zumo de la nevera mientras él decía —A veces hay hasta peleas por bailar con la más guapa. —La miró malicioso. —Contigo va a haber peleas continuas.

Se sonrojó sentándose. —¿Tú crees?

—¿Es que acaso no sabes que eres preciosa, niña? Voy a tener pretendientes en la puerta y tendré que darles de puñetazos para que se larguen.

—Nunca me han pedido una cita —dijo avergonzada.

Eso le dejó de piedra con el tenedor en alto y la miró como si fuera una extraterrestre. Disimulando como si no le hubiera visto, empezó a desayunar. Su tío carraspeó. —Me parece imposible. ¿Es que en Nueva York están ciegos?

—Mi vida ha sido del colegio al convento y al revés. Me veían como una mojigata. —Se encogió de hombros.

—Pues creo que aquí te vas a llevar una sorpresa.

Revolviendo los huevos le miró de reojo. —¿Y cómo es que Grey no

se ha casado?

George se echó a reír. —Las tiene a todas loquitas, ¿sabes? Pero es como yo antes de conocer a mi Glory. Quiere ser libre. Pero cuando le llegue el amor, no habrá quien le detenga, te lo digo yo.

Eso la desinfló un poco porque era obvio que por ella no sentía nada en absoluto que no fuera odio. —Cuando falleció mi mujer, casi todas las solteras se pasaron por aquí para ofrecerse a limpiar.

—¿No me diga?

—Oh, sí. Y traían pasteles y esas cosas. Pero me dijo que ni se me ocurriera meter a una de esas en casa para que le estuviera persiguiendo todo el maldito día. Menos mal que has llegado tú, porque ya me veía yendo a un curso de cocina. —Se echó a reír de su propia broma y Jeanine sonrió, aunque en lo único que pensaba era en que su tío no la veía a ella como candidata a ser la novia de Grey. Miró su plato sorprendida. Definitivamente estaba loca.

—Bueno, ya se casará.

—¿Sabes lo que siento muchísimo? Que mi Glory no haya conocido a los nietos que seguramente Grey me dará en el futuro. Ya tiene treinta y tres años. Ya va siendo hora de que me haga abuelo para poder disfrutar de los mocosos ahora que todavía estoy bien.

—Antes de que se dé cuenta seguro que los tiene correteando por aquí. —Eso también la desmoralizó porque cuando Grey se casará seguro que ella tenía que irse. Bueno, ya cruzaría ese puente cuando llegara a él.

—¿Vendrás a comer, tío? ¿Vendrá Grey?

—Comemos con los peones a no ser que vayamos a la ciudad por la tarde a algo. Pero con un sándwich nos vale. No hagas comida.

—Pero sí una buena cena.

La miró a los ojos esperanzado. —¿Sabes hacer lasaña?

Jeanine se echó a reír porque parecía que lo deseaba más que a nada. —No sé si tengo lo que necesito, pero sé hacer la mejor lasaña de Nueva York. No sé cómo quedará en Texas.

—Si no tienes lo que necesitas, puedes coger la camioneta.

—No sé conducir.

La miró como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —¡Eso hay que remediarlo de inmediato, niña! Vamos, deja eso que tienes que aprender.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Se levantó emocionada. —¿Me vas a enseñar, tío?

—Cuando acabe contigo, vas a ser la mejor conductora de la ciudad.

¡Lo garantizo!

Al final se pasó toda la mañana con ella practicando con una camioneta de los sesenta que era una preciosidad. Estaba sin restaurar y la pintura azul estaba algo descascarillada, pero a Jeanine le encantó. Estuvo muy atenta a sus instrucciones y cuando llegó el mediodía ya sabía aparcar y conducir muy bien. —Venga, vamos al pueblo. —dijo su tío como si nada.

—¿Al pueblo? —preguntó sentada ante el volante.

—¿No tenías que ir a comprar alguna cosa? Quiero lasaña, niña. ¡Me la he ganado!

Jeanine se echó a reír y llevó la camioneta por el camino de salida hacia la estatal. Cuando se detuvo en el Stop, miró a ambos lados y su tío sonrió asintiendo. —Lo haces muy bien. No dejes que se te cale al salir.

Fue en dirección al pueblo y sonrió mirando a su tío cuando aceleró. —¿Cómo voy?

—Tan bien que te daría el carnet ahora mismo.

Abrió los ojos como platos al ver que venía un coche de frente. —Que viene. ¡Qué viene!

—Él va por su carril. No te pongas nerviosa.

Suspiró de alivio cuando el coche pasó a su lado. —Ha estado cerca.

Su tío se partía de la risa. —Ya te acostumbrarás.

Cuando llegaron al pueblo, su tío le indicó a dónde tenía que ir pues tenían cuenta. Aparcó la furgoneta ante la puerta y su tío le recordó que tirara del freno de mano. —Acuérdate de ponérselo siempre a este trasto, porque pesa mucho y puede deslizarse.

—Bien, tío.

Entraron en la tienda que era más grande de lo que ella pensaba. — Compra lo que necesites mientras yo te espero tomando un café.

Jeanine le vio ir hacia lo que parecía una cafetería, pero al acercarse se dio cuenta de que era una especie de bar, pues tenía hasta mesas de billar al fondo. Volvió a la zona de supermercado y miró a su alrededor cogiendo una cesta. No tenían mucha variedad de productos, pero tenían de todo, así que aunque no cogió las marcas a las que estaba acostumbrada, pudo hacer una buena compra. Pasó al lado de dos percheros que tenían ropa y se mordió el labio inferior al ver la ropa interior. Cogió un paquete de braguitas de algodón blancas pues las necesitaba, pero no cogió los sujetadores para no abusar. Le diría a su tío que se los descontara del sueldo. Eran cinco pavos y seguro que no le importaba.

Cuando llegó a la caja, un chaval que no debía tener más de dieciséis años, aunque era más alto que ella, la miró de arriba abajo con la boca abierta. —Para la cuenta de los Patterson.

—¿Los Patterson?

—Sí, George y Grey.

—Los conozco, pero... Perdona, ¿pero quién eres?

Jeanine sonrió. —Soy la prima de Grey. —El chico miró sus ojos verdes embobado y pareció que no lo había procesado. —Soy Jeanine Patterson.

Como no respondía, se miró algo avergonzada estirando su vieja camiseta, que estaba algo arrugada por haber dormido con ella. Debía tener una pinta horrible. —Mi tío está en la cafetería. ¿Ocurre algo?

El chico se sonrojó. —No, claro que no.—Sonrió de oreja a oreja. —Jeanine... Tienes un nombre precioso... —La miró como si la adorara y ella se puso como un tomate. —¿Te vas a quedar mucho tiempo por aquí?

Carraspeó incómoda mirando a su alrededor. —Un tiempo.

El chaval sonrió como si le hubiera regalado la luna. —Es maravilloso. ¿Sabes que tienes los ojos más bonitos que he visto jamás?

Parpadeó alucinada. —¿Estás intentando ligarme?

El chico asintió sin ninguna vergüenza. —¿Quieres tomar un helado conmigo o lo que sea? Tú pide por esa boquita.

Alguien carraspeó tras ella y se volvió sorprendida para ver a su tío de brazos cruzados mirando al chaval como si quisiera partirle la crisma. —Paul,

¿piensas cobrar eso o nos lo llevamos?

El chico empujó la cesta hacia ella sin perder la sonrisa. —Regalo de la casa.

Jadeó asombrada y miró a su tío que reprimió una carcajada. —Paul, como se entere tu padre...

—Por mi chica lo que sea.

—¡No soy tu chica! —dijo indignada—. ¡Pero si eres un crío!

Eso pareció ofenderlo. —¿Cuántos años tienes?

—¡Voy a cumplir veinticinco!

—Yo tengo casi dieciocho. —Sonrió como un tonto. —Preciosa, eres perfecta para mí.

Su tío ya no lo resistió más y se echó a reír a carcajadas. Jeanine le miró con el ceño fruncido. —No tiene gracia.

—Te lo advertí.

Cuando se volvió, el chico tenía el paquete de braguitas en la mano y ella se puso como un tomate. —Se nota que eres una mujer dulce y delicada. Se aprende muchísimo por la ropa interior de una persona. ¿Quieres ver la mía?

Su tío se acercó y le pegó una colleja arrebatándole el paquete de la mano antes de gritar. —¡Jim! ¡Tu hijo ha perdido un tornillo!

Un hombre apareció por la puerta del bar con un trapo en la mano secando un vaso. —¿No me digas? Lo perdió hace mucho. —Al levantar la vista y al ver a Jeanine que sonrió, se le cayó el vaso al suelo de la sorpresa quedándose sin habla.

George puso los ojos en blanco y cogió la cesta. —Vamos, niña. Así aprenderán la lección.

Mirándoles con desconfianza siguió a su tío. ¿Qué les pasaba a esos hombres? Se subió a la camioneta mientras su tío metía la compra con cesta y todo en la parte de atrás. Pudo ver desde detrás del volante como Paul y Jim pegaban la nariz al escaparate para mirarla como si fuera una aparición. Cuando su tío se sentó a su lado le miró atónita.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¡Esto no es normal!

—¡Te dije que eras muy guapa! Les costará acostumbrarse, pero ya verás cómo en un año o dos casi ni se fijan.

—¿Un año? —Al ver que salían de la tienda, arrancó la camioneta a toda prisa y su tío se echó a reír.

Estaban de vuelta en la carretera cuando ella se pudo relajar un poco. Sumida en sus pensamientos su tío la miró de reojo. —No te preocupes. No te harán nada.

—Es que me he sentido algo...

—Observada.

—¡Sí! —George se echó a reír a carcajadas. —¡No tiene gracia! ¡En Nueva York no me miraba nadie!

—Pues vas a tener que acostumbrarte. Mira, para que no te preocupes, durante los primeros días Grey o yo te acompañaremos al pueblo hasta que te acostumbres.

Suspiró del alivio. —¿De verdad?

—De verdad. Ahora concéntrate en la carretera.

Cuando llegaron a casa, Grey estaba en el porche y en cuanto les vio llegar se levantó acercándose a la barandilla. Y por sus ojos estaba furioso.

Su tío gruñó, pero no comentó nada. Le dijo que aparcara la camioneta y ella se puso tan nerviosa que se le caló al frenar. Tiró del freno de mano y forzó una sonrisa mirando a su tío. —Llegamos sanos y salvos.

—Lo has hecho muy bien.

Su puerta se abrió de repente. —¿Dónde estabais? —gritó mirándola como si todo fuera culpa suya.

—La niña tenía que aprender a conducir y fuimos hasta el pueblo. ¿Ocurre algo?

Al ver la cesta en la parte de atrás chasqueó la lengua. —¿Habéis ido

a la tienda?

—Sí —respondió Jeanine—. George quiere lasaña para cenar.

La miró a los ojos y apretó los labios como si se estuviera conteniendo de pegarle cuatro gritos antes de apartarse para que saliera. Jeanine lo hizo rápidamente y él cerró de un portazo. Cogió la cesta de la parte de atrás mirándole de reojo y el paquete de braguitas se cayó al suelo. ¡Maldita sea! Se agachó a recogerlo, pero él fue más rápido y levantó una ceja al ver lo que era, antes de que ella se lo arrebatara.

—¿Sabes que nuestra Jeanine casi forma un tumulto en el pueblo? Porque no nos quedamos más tiempo, que sino...

—¡Tío!

Divertido se echó a reír. —Ni nos han cargado la compra en la cuenta. Estaban tan embobados mirándola que les daba igual. Regalo de la casa, dijo Paul. ¡Y el muy descarado la ha invitado a salir!

Ella casi corrió hacia la casa por como la miraba Grey. Como si solo causara problemas. Al llegar a la cocina, empezó a sacar las cosas de la cesta a toda prisa y sacó el pan para hacer unos sándwiches mientras su tío le contaba con pelos y señales lo que había ocurrido en el pueblo. Su hijo no comentaba nada mientras su tío se reía a carcajadas. No le gustaba ser el centro de atención. Siempre se había muerto de vergüenza al salir al encerado

en clase y tartamudeaba como si fuera estúpida. ¡No iba a volver al pueblo en la vida!

Incómoda estaba untando mayonesa en los sándwiches club que estaba haciendo, cuando ellos entraron en la cocina aun hablando de ello. Su tío parpadeó al ver el sándwich que era de buen tamaño. —Niña, ¿qué es esa monstruosidad?

—Un sándwich. —Sonrió radiante. —Siéntate tío, seguro que te gusta. A la hermana Teresa le encantaba.

—Siéntate papá, que si le gustaba a la monja a ti te gusta también. — La ironía de su voz provocó que le fulminara con la mirada y él divertido levantó una ceja. —¿Quieres decirme algo, primita?

—Que eres idiota.

Su padre se echó a reír a carcajadas y Jeanine se sintió como si se hubiera quitado un peso de encima. Que bien se sentía al decirle a la cara lo que pensaba. Aunque puede que la echara a patadas por la mirada que le devolvió.

—¿Así que la gatita tiene uñas? ¿Se te empieza a caer el disfraz de huerfanita desamparada a la que se le ha comido la lengua el gato, guapa?

Se retaron con la mirada y ya no se mordió la lengua. —Vuelve a llamarme huerfanita y...

—¿Me vas a estrellar una lámpara en la cabeza?

—Grey... tengamos la fiesta en paz. ¡Me va a salir una úlcera! —

Cogió el sándwich y se sentó en la mesa. Jeanine solícita fue hasta la nevera y sacó dos cervezas bien frías.

Se la puso delante y observó como masticaba. —Uhhh.

Sonrió como si le hubiera regalado la luna antes de volverse chocándose con Grey. Fue como si una descarga traspasara su cuerpo y asustada dio un salto hacia atrás sintiendo un nudo en la boca del estómago. Se miraron a los ojos y avergonzada desvió la mirada para coger los otros dos sándwiches y ponerlos en la mesa. Ella cogió un refresco intentando descubrir lo que acababa de pasar. Disimulando se sentó a la mesa, pero desgraciadamente tenía a Grey frente a ella, que la observaba fríamente. Eso la tranquilizó porque no había notado nada y bebió de su refresco. Uff, qué calor hacía allí. Miró las ventanas, pero estaban abiertas. ¡Ya podía correr algo de aire, diablos!

Empezó a comer en silencio y George dijo con la boca llena. —Está buenísimo, niña.

—Gracias, tío.

—No es tío tuyo.

George puso los ojos en blanco. —Me ha preguntado cómo quiero

que me llame y tío está muy bien.

Su hijo gruñó por lo bajo antes de darle un mordisco al sándwich. Disimuladamente le miró mientras masticaba, pero parecía que se estuviera comiendo la suela de un zapato por la cara que ponía. Suspiró antes de seguir comiendo.

—Grey, quiero que revise la camioneta. Si va a usarla la niña, quiero que esté a punto.

—¡Si no tiene carnet!

—Pero se lo sacará enseguida. ¿Te importa echarle un vistazo?

—Lo haré cuando tenga tiempo.

—Revísale los frenos. Me ha dado la sensación de que chirriaban un poco cuando pisaba el pedal.

—Lo haré, ¿de acuerdo? Estoy muy ocupado con los próximos partos. Cuando tenga un hueco le echaré un vistazo.

—¿Eres mecánico? —preguntó intentando entablar una conversación.

Su padre al ver que no contestaba como si no existiera dijo —Aquí hay que saber hacer de todo. Pero a Grey se le da especialmente bien la mecánica.

—Si necesitáis ayuda, yo puedo ayudar por las mañanas. Puedo limpiar por las tardes y un sándwich se hace en cinco minutos.

—Sí, ya he visto que no has hecho ni la cama —dijo Grey con desprecio.

Su padre le miró como si quisiera arrearle y ella sonrió para no crear conflictos. —La haré en cuanto recoja aquí. ¿O te vas a echar una siesta? Te has levantado muy temprano.

—Grey duerme poco.

—Eso no es bueno. Hay que dormir ocho horas.

La miró como si fuera estúpida y decidió callarse. Miró su sándwich que estaba a la mitad y lo dejó sobre el plato porque había perdido totalmente el apetito. Grey ya había acabado y al ver que apoyaba los codos sobre la mesa apartando el plato levantó una ceja. —¿No comes más?

—No tengo hambre. —Sin más cogió su plato y se puso a comer el sándwich. Increíblemente ella vio ese gesto como algo muy íntimo y se le cortó el aliento al ver como mordía el sándwich por donde lo había mordido ella.

George soltó una risita. —Al parecer te gusta, hijo.

—Se puede comer —respondió mirándola a los ojos.

Exasperada se levantó y al volverse para ir hacia la nevera se pasó las manos por las mejillas. Estaban ardiendo. ¿Tendría fiebre? Se puso a limpiar la encimera mientras ellos hablaban del trabajo.

—Mañana me ocuparé antes de ir a misa —dijo Grey llamando su atención.

—Voy a ir a los pastos del este para ver cómo va todo.

—Arturo está con los peones. No hace falta que vayas si no quieres.

—Grey se levantó de la silla y salió de la cocina sin despedirse de ella siquiera.

Su padre gruñó cogiendo los platos y llevándolos al fregadero. Al ver que ella iba a protestar se echó a reír. —¡Si hoy no he dado golpe!

—¡Pero es mi trabajo! Vete a dormir una siesta.

George se echó a reír. —Será posible... Eres peor que Greyson. — Gruñó antes de empezar a enjabonar los platos. —Ya está cambiando de parecer. ¿No te has dado cuenta?

Le miró como si estuviera mal de la cabeza haciéndole reír. —Puede que no te hayas dado cuenta, pero le conozco mejor que tú y sé que es así.

—Si tú lo dices...

Riendo salió de la cocina y ella sonrió. Al menos se llevaba bien con su tío y eso era mucho. Muchísimo después del recibimiento del día anterior.

Capítulo 4

Pasó una tarde de lo más entretenida, porque limpió todo el piso superior y cambió las sábanas de su tío. Puso cuatro lavadoras y empezó a preparar la lasaña para tenerla lista para la cena. Estaba fregando el suelo de la cocina de rodillas con un cepillo para limpiar bien las juntas, pues hacía tiempo que no se limpiaban, cuando escuchó que alguien entraba en casa. Se sentó sobre los tobillos y vio a Grey entrando en la cocina. No la había visto porque estaba detrás de la isleta. Se quedó de piedra cuando le vio pasar hacia su habitación y abrir la puerta de golpe. Cuando regresó, reparó en ella.

—¿Me buscabas? —Se levantó y entonces vio que tenía sus botas llenas de barro y que la parte de la cocina que había fregado había quedado llena de huellas.

—Quiero que me planches la camisa negra y los pantalones de vestir negros.

—¿Tienes una cita? —preguntó intentando ser agradable.

La miró como si fuera idiota. —¿Y a ti qué te importa?

—No, si no me importa. —Se sonrojó con fuerza desviando la mirada. —Ahora te los plancho.

Él dio un paso hacia ella y la cogió por la barbilla levantándole la cara. —¿Qué pasa, primita? ¿Te gusto?

—No, claro que no.

La mano libre cayó sobre su pecho y jadeó cuando su pulgar rozó su pezón, que se endureció con fuerza. Él rió entre dientes. —Sí te gusto, ¿verdad? —Metió la mano bajo su camiseta y ella se intentó apartar, pero él la cogió con el otro brazo por la cintura pegándola a él. Jeanine se mareó del impacto de sentir su sexo apretado contra su vientre, pero más aún cuando acarició su pecho desnudo. Se estremeció sin poder evitarlo gimiendo suavemente. —Vaya, vaya. —Se agachó y le susurró al oído —La monjita desea que me meta en sus bragas, ¿verdad?

—¡No! —Intentó apartarse empujándole por los hombros con ambas manos, pero él la apretó contra su pecho. —¡Suéltame!

Él rió por lo bajo apartándose y con una sonrisa irónica salió de la cocina nada afectado por lo que acababa de ocurrir. Con la respiración agitada le vio salir y acalorada se llevó las manos a las mejillas. Qué

vergüenza, dijo para sí. Mortificada porque se hubiera dado cuenta de que le gustaba, se quedó allí unos minutos. Tenía que subir a por la ropa, pero tenía miedo de encontrárselo. —Venga Jeanine, tienes que superarlo. No dejes que te avergüence. ¿Te gusta y qué? Eso no significa que quieras acostarte con él —dijo para sí en voz baja animándose—. No pasa nada. Los dos sois adultos.

Tomando aire intentando darse valor, subió las escaleras para ir a por la ropa. Llamó a la puerta de su habitación, pero no contestó, así que abrió la puerta lentamente. No se oía nada. Fue hasta el armario y lo abrió para coger la ropa. Tenía dos camisas negras, así que escogió la que más le gustaba. Estaba cogiendo el pantalón cuando se abrió la puerta del baño y Grey salió totalmente desnudo secándose la cabeza con una toalla. Jeanine se quedó paralizada al ver esos impresionantes pectorales, cubiertos por un ligero vello negro que bajaba en una fina línea por el centro de sus abdominales hasta su ombligo, para continuar hacia abajo hasta rodear su sexo que se endureció ante sus ojos. Como si estuviera sedienta, sus ojos siguieron bebiendo de él pasando por sus fuertes muslos.

Grey carraspeó y como ella siguió comiéndoselo con los ojos, volvió a carraspear. —¿Quieres sacarme una foto? —dijo irónico acercándose a ella.

Jeanine reaccionó al ver como aquella cosa se movía en su dirección señalándola. Jadeó y levantó la vista hasta sus ojos antes de volver a mirar hacia abajo sin poder evitarlo. Él gruñó cerrando la puerta del armario de

golpe y eso la espabiló, chillando de la vergüenza antes de salir de la habitación corriendo. Cerró de un portazo en su prisa por escapar. Bajaba las escaleras cuando le pareció escuchar su risa. Gimió yendo hacia el cuarto de la lavadora. ¡No se podía hacer más el ridículo! ¡Se le había quedado mirando como una idiota! Dejó la ropa sobre la tabla de planchar. —¡Serás estúpida! ¡Va a pensar que estás salida! Madre mía, qué cuerpo tiene. Debería estar en un museo —siseó estirando la camisa sobre la tabla de planchar de mala manera.

—Primita...

Se sobresaltó dándose la vuelta para ver a Grey con la toalla en las caderas y su pantalón en la mano.

Atónita se giró sobre sí misma buscando el pantalón que ella había llevado. Gimió porque se le debía haber caído arriba. Le fulminó con la mirada antes de arrebatárselo de la mano. —Gracias —siseó roja como un tomate.

—De nada. —Se alejó y ella suspiró del alivio porque no había dicho nada, pero su cabeza volvió a aparecer. —Por cierto, la próxima vez llama a la puerta.

Se quedó con la boca abierta y cuando se dio cuenta de lo que él había hecho se enfureció. La había oído entrar el muy capullo y lo había hecho a

propósito. ¡Exhibicionista asqueroso! Bueno, asqueroso no, que estaba para morir de gusto.

—¡Madre mía, qué calor hace en esta casa!

Exasperada empezó a planchar como si quisiera matar a alguien con la plancha y cuando terminó no se atrevía a subirle la ropa.

—¡Jeanine! —gritó desde arriba sobresaltándola—. Es para hoy, ¿sabes?

—Mierda.

Cogió la ropa y se tropezó con sus propios pies casi cayendo al suelo de la cocina porque se resbaló pues estaba todavía algo húmedo.

—¡Jeanine!

—¡Ya voy! —Enderezándose fue a toda prisa hasta la escalera para verle en la barandilla con la maldita toalla por las caderas. Intentando borrar la imagen de lo que tenía debajo, subió los escalones y la puñetera colonia llegó hasta ella. Estiró los brazos tendiéndole la ropa y él levantó una ceja al darse cuenta de que no quería acercarse a él. Como no cogía la ropa, preguntó con voz chillona. —¿No tenías prisa?

Él se acercó cogiendo la ropa de sus manos y el roce de sus dedos la estremeció. Corrió escaleras abajo sujetándose a la barandilla por si se la pegaba y cuando llegó a la cocina suspiró del alivio. Vio la bandeja de la

lasaña sobre la encimera y susurró —La cena. Concéntrate en la cena.

Diez minutos después estaba más tranquila y cuando escuchó los pasos por la escalera, se tensó mirando la puerta del horno como si fuera lo más interesante del universo.

—Me voy.

—Ajá...

—Dile a mi padre que mañana me ocuparé de ir a por el potro salvaje que ha comprado.

—Ajá...

Se acercó a ella y gimió por dentro cerrando los ojos. —Por cierto, ¿mañana vas a ir así vestida a misa?

Eso hizo que le mirara. —¿Qué?

—Mañana es domingo. Hay misa. ¿O la monjita no se acuerda? —Se volvió satisfecho. —Cada vez se te cae más el disfraz, primita.

Apretó los puños furiosa sin poder evitar mirarle el trasero que con esos pantalones era para hacerle un retrato. ¡Se estaba volviendo una perversa! Eso le recordó que tenía que llamar a la hermana Teresa y corrió hasta el teléfono colgado de la pared de la cocina. Marcó el número rápidamente y sonrió al escuchar la voz de la madre Hortensia. —Hermandad del sagrado corazón.

—¿Hermana Hortensia?

—¿Jeanine? Cielo, ¿eres tú?

Sonrió emocionada y apoyó el hombro en la pared. —Sí, soy yo.
¿Cómo está? ¿Cómo están todas?

—Estamos muy bien. ¿Y tú? ¿Has encontrado a tu familia?

Se emocionó por sus palabras y reprimió las ganas de llorar. —Sí, les
he encontrado.

—¿Te has quedado con ellos? —preguntó esperanzada.

—Sí, me han acogido con los brazos abiertos. Son muy agradables y
buenas personas.

—Oh niña, como me alegro. —Jeanine sorbió por la nariz. —Es una
noticia maravillosa. ¿Quieres hablar con la hermana Teresa?

—Si puede ser...

—Tenía una reunión de padres, pero... Espera que voy a ver si ya está
libre. ¡Hermana Clara, es Jeanine!

Sonrió al escuchar que le pasaba el teléfono a una de las hermanas
más jóvenes. —¿Cómo te va?

—Muy bien. Son muy agradables y me llevo muy bien con ellos.
Tengo mi propia habitación y el trabajo es sencillo. Es un rancho precioso.
Ya os enviaré una foto.

—Sí, hazlo. Estábamos muy preocupadas. Esperábamos tu llamada ayer...

—Es que pasaron muchas cosas y era muy tarde para llamar.

—¿Cómo es tu nueva familia?

Ella habló de su tío George y sobre lo buen hombre que era. —¡Me está enseñando a conducir! ¡Y tendré mi propia camioneta! —dijo exaltada como una niña—. ¡También vive aquí mi primo y le va a echar un vistazo porque es un clásico de los sesenta!

—Es estupendo —dijo la monja llorando—. Con lo preocupadas que estábamos... Me alegro muchísimo de que haya ido bien.

Se pasó la mano por la mejilla limpiándose las lágrimas. —Os echo muchísimo de menos.

—Y nosotras a ti. Eras la alegría del convento. Pero ahora empezarás tu vida y me alegro muchísimo. Oh, aquí llega la hermana Teresa.

—¿Jeanine? —preguntó ansiosa la mujer que casi la había criado.

—Madre, ¿cómo está?

—Mucho más tranquila ahora que llamas. La hermana Hortensia me ha dicho que todo ha ido bien.

—Sí —dijo llorando—. Todo ha ido muy bien. Son estupendos y no dudaron en acogerme.

—Eso es porque han visto lo que yo, que eres una maravillosa persona que solo ha tenido mala suerte. ¿Quieres que te envíe tus cosas?

—¿Podría?

—Sí, por supuesto. Te las enviaremos por mensajero.

—Le enviaré el dinero.

—Ni se te ocurra. ¿Me oyes? Dame la dirección.

Confundida miró a su alrededor. —Espere madre, que no me la sé. Voy a buscar la dirección en...

—Busca una carta.

Dejó el teléfono colgado con cuidado del cable y se mordió el labio inferior. Un recibo de la luz le valdría. ¿Dónde los guardarían? Salió al hall y abrió los cajones de la mesilla que tenían allí. Cogió un sobre y vio que allí estaba la dirección, así que corrió hasta el teléfono casi riendo al leer las señas. —Rancho Patterson Dobbs Hill, Madre.

La mujer se echó a reír. —No se complican demasiado, ¿verdad?

A Jeanine se le cortó el aliento al ver que era una carta de un seguro médico a nombre de George. —¿Madre? Tengo que vigilar la lasaña.

La mujer gimió haciéndola reír. —Serás mala, mi plato favorito.

—También el de George.

—Ya me cae bien ese hombre.

—La llamaré, madre.

—La semana que viene nos trasladamos. Te enviaré la nueva dirección con las cajas.

—Muy bien. La quiero.

—Y yo a ti, mi niña bonita. Cuídate mucho.

Colgó el teléfono y se lo quedó mirando mordiéndose el labio inferior echándolas muchísimo de menos. Distraída miró la carta y frunció el ceño mirando a su alrededor. Sin poder resistirlo la sacó para ver que era una factura de cuarenta mil dólares por un tratamiento que le habían practicado a Glory.

—¿Qué tienes en la mano?

La voz de Grey la sobresalto e intentó esconder la carta tras la espalda. Él se acercó molesto y la cogió por el brazo para descubrir qué tenía en la mano. Le arrebató la carta y al leer lo que era, la miró fríamente a los ojos. —¿Qué hacías con esto?

—Necesitaba la dirección para...

—¿La dirección? —le gritó a la cara antes de mostrarle el sobre—.

¡La dirección viene aquí!

—Lo siento. Tuve curiosidad y... —Avergonzada desvió la mirada.

—Lo siento.

Grey dio un paso atrás mirándola como si quisiera matarla. —¡Vuelve a hacer algo así y te irás de esta casa de inmediato! ¿Me oyes?

Asintió agachando la mirada.

—¿Qué ocurre aquí?

Grey se volvió para ver a su padre. —¡He vuelto porque se me había olvidado la cartera y tu protegida estaba leyendo esto!

Su padre cogió la carta y atónito la miró. —¿Qué? ¿Por qué?

—Lo siento. —Se echó a llorar corriendo hasta su habitación y tirándose sobre la cama.

Escuchó los gritos al otro lado de la puerta. —¡Esa zorra solo quería saber si tenemos dinero! ¿Por qué iba a mirar una factura sino?

—Hijo, cálmate. Estás sacando esto de quicio.

—¡De quicio! ¡Solo lleva aquí unas horas y ya está registrando nuestras cosas! ¿Qué necesitas para darte cuenta de cómo es? ¿Que coja tu cartilla del banco?

—Te ha dicho que quería la dirección. ¡Igual la curiosidad le llevó a leerla! ¡Y la carta es mía! ¡Así que no sé por qué te pones así! ¿No ibas a salir? ¡Vas a llegar tarde!

—¡Ya me darás la razón cuando te desplume! ¡Pero a mí no me la da!

¡Es una aprovechada y ese numerito de las monjas y toda la película que se ha montado, no hay quien se la crea! ¡Allá tú!

Salió de la casa dando un portazo y escuchó el ruido del motor acelerando a tope para salir de allí.

Buena la había hecho. Ahora nunca confiaría en ella. Sería estúpida. Llamaron a la puerta y se avergonzó tanto que ni contestó. La puerta se abrió lentamente y su tío metió la cabeza. —Niña, esa lasaña no se estará quemando, ¿verdad?

Se echó a llorar más fuerte y su tío abrió la puerta del todo suspirando. —No es para tanto.

—Lo siento... —Estaba tan congestionada por las lágrimas que hipó y George sonrió acercándose a la cama. —Lo siento mucho.

—Lo sé, niña. Cometiste un error. No pasa nada. —Se sentó a su lado y le acarició el cabello torpemente como si no estuviera acostumbrado a consolar a nadie.

Ella sorbió por la nariz mirándole de reojo. —Si quieres me voy, tío.

—¿Por leer una factura? No seas tonta. Ahora vete a la cocina y mira esa lasaña porque temo que me dejes sin cenar y estoy muerto de hambre.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿De verdad?

—De verdad. Venga, date prisa.

Emocionada le abrazó por el cuello con fuerza y su tío se sorprendió antes de abrazarla a él. —No me hagas ponerme tonto, que después lloro como un niño. —La besó en la frente y se apartó avergonzado. —Vamos a cenar y a ver un poco la tele.

Su tío aparentó durante toda la cena que no había pasado nada, aunque ella perdió el apetito con el disgusto, pero George no dijo una palabra. Estuvieron viendo un concurso en la tele de conocimientos generales y se divirtieron intentando hallar la respuesta correcta. Cuando se metió en la cama, ya casi se había olvidado del asunto. Casi, porque fue posar la cabeza en la almohada y ver una y otra vez la mirada de incredulidad y furia de Grey al entrar en la cocina y encontrarla con la carta en la mano. Una lágrima corrió por su sien porque sabía que ahora no le daría ninguna oportunidad.

Y lo confirmó a levantarse y prepararle el desayuno. En cuanto entró en la cocina y la vio, ni le dirigió la palabra antes de sentarse y empezar a desayunar como si no existiera.

Nerviosa se acercó a él apretándose las manos y susurró —Siento lo de ayer. Yo...

—No me hables —siseó tirando el tenedor en el plato antes de levantarse furioso y continuar —No te acerques más a mí y ni me dirijas la palabra. Le has comido el coco a mi padre, pero a mí no me la pegas. Ahora desaparece de mi vista.

Se estremeció por su odio y se alejó entrando en su habitación reprimiendo las lágrimas. Estaba claro que no lo arreglarían, así que lo mejor era mantenerse alejada de él. Cuando se fue, salió de su habitación lentamente y recogió su plato. Decidió limpiar el baño de abajo que era el que usaba ella. No tenía bañera, pero la pequeña ducha era suficiente. Lo dejó reluciente y cuando salió, frunció el ceño al ver que había una puerta disimulada en las tablas de la pared. Tenía curiosidad por saber qué había allí, pero ya no iba a meter la nariz donde no le importaba nunca más. Salió fuera para ver que la ropa estaba seca y empezó a quitarla del tendal. Ya había planchado la mitad cuando su tío bajó a desayunar.

Estaban sentados a la mesa cuando su tío dijo —A las once tienes que estar preparada.

Sabía que hablaba de ir a misa, pero no tenía ropa apropiada. —No puedo ir, tío.

La miró sorprendido. —¿Y eso? Tienes que ir. Medio pueblo querrá conocerte.

Se sonrojó. —No tengo vestido para ir a misa. Mis vestidos están en Nueva York. No pensaba que los necesitara y...

—Oh, eso no es problema, niña. Mi Glory tenía vestidos. Ponte el que quieras. Están en el armario.

—Es que... no tengo zapatos.

—Algo encontrarás.

—¿Grey no se molestará?

—No se dará ni cuenta. No te preocupes por él.

A las nueve y media subió al piso de arriba e hizo la limpieza rápidamente para dejar las habitaciones decentes y que Grey no le volviera a echar en cara que no le había hecho la cama. Abrió el armario de su tío y gimió al ver los vestidos de su tía. Aunque era lógico pues la mujer le llevaba cuarenta años. Suspiró sacando el primero, que era azul y tenía un cuello redondo con unos bordados del mismo color. El corte era tan anticuado que le dieron ganas de llorar. Entonces vio un vestido rosa estilo años sesenta. Dejó el otro en el armario y apartó los otros para verlo mejor. Era rosa pálido y no tenía mangas. Su cuello era redondo y tenía un cinturón blanco a la altura de las caderas dejando caer la tela rosa en tablillas. Rezó porque el largo quedara por las rodillas. Buscó unos zapatos blancos y casi chilló de la alegría al ver unas sandalias blancas. Le dio la vuelta al zapato impaciente y vio que eran

un ocho y medio. Le quedarían algo sueltas, pero eso era mejor que nada.

En el baño de George encontró algo para maquillarse y un rizador de pelo. Su tío no tenía maquinillas de afeitar desechables, así que entró en el cuarto de Grey y cogió una y un secador que encontró en el armario. Emocionada por estar bonita, corrió a su cuarto y se duchó a toda prisa. Suspiró de alivio porque no le escuchaba por la casa, así que se puso unas braguitas nuevas y enchufó el secador. Casi había terminado de secarse el cabello cuando le pareció ver una sombra por detrás de ella. Asustada se volvió y frunció el ceño al no ver a nadie. Desconfiada apagó el secador y caminó hacia la ventana cogiendo la toalla y cubriéndose los pechos. — ¿Grey? — Se acercó a la ventana pensando que eran imaginaciones suyas, pero aun así sacó la cabeza por la ventana mirando a la derecha. Vio el camino de entrada a la casa y suspiró de alivio al no ver a nadie. Giró la cabeza para ver si veía los coches en el garaje tras la casa, cuando se encontró ante su cara al chico del supermercado sonriendo de oreja a oreja. Jeanine gritó metiendo la cabeza y volvió a gritar cuando se puso de pie ante su ventana como si fuera un psicópata sonriendo embobado.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y Grey entró a toda prisa deteniéndose en seco cuando vio a Paul frente a la ventana.

— ¡Me estaba espiando!

Grey corrió hacia la ventana saltando por ella mientras el chico salía

corriendo. —¡Paul, te juro que esto lo vas a pagar!

—¡Sólo quería pedirle una cita!

Jeanine sacó la cabeza por la ventana para ver a Grey corriendo tras el chico hacia detrás de los garajes. Su tío sacó la cabeza por la otra ventana y ella que estaba medio desnuda, jadeó incorporándose y pegándose contra la ventana en la coronilla. —Auchh...

Se metió en la habitación y se pasó la mano por la cabeza.

—Niña, ¿estás bien? —Su tío le apartó la mano y al ver sangre en los dedos hizo una mueca. —Siento haberte asustado.

—Más me ha asustado ese.

—Ven, siéntate.

Grey apareció ante la ventana y Jeanine que iba a sentarse, chilló del susto. —Se me ha escapado —dijo rabioso entrando en la habitación—. Pero ya le pillaré.

—Hijo, trae el botiquín.

—Tío, no es nada. —Se pasó la mano por el golpe que se le estaba hinchando y vio que aun sangraba un poco.

Grey la cogió por el brazo sentándola en la cama y le apartó el cabello para ver el golpe. —¡Estás sangrando! ¿Te lo ha hecho ese imbécil? ¿Te ha pegado?

—¡No! Me he golpeado contra la ventana, eso es todo.

—Iré a por el botiquín —dijo su tío divertido.

—Tengo que arreglarme y...

—Espera. —Grey se acuclilló ante ella y dijo muy serio —¿Dime qué ha pasado?

—Me estaba secando el cabello y vi una sombra. No sabía que estabais en casa y pensé que alguno de los dos había llegado. ¡Me cubrí y saqué la cabeza para verle allí agachado! —dijo indignada—. ¡Me estaba espiando!

Él entrecerró los ojos y miró su cuerpo cubierto por la toalla. —
¿Estabas desnuda?

Se puso como un tomate. —Con braguitas.

—Me cago en... —Se levantó de golpe y se pasó una mano por el cabello antes de señalarla con el dedo. —¡Te mudas arriba! —gritó sobresaltándola antes de salir de la habitación—. ¡Papá! ¡Me voy al pueblo! ¡Os veo allí!

—Muy bien, hijo. ¡Ponle las pilas a ese mirón!

Su tío entró sonriendo de oreja a oreja. —¿Ves cómo ya se le ha pasado el enfado? Ahora ya está cabreado con otro y se le ha olvidado lo de ayer. Tiene mal carácter, pero se le pasa enseguida.

¿Le estaba diciendo que estaba de ese humor continuamente y traspasaba su mala leche de una persona a otra? Pobre de quien trabajara con él. Entonces recordó que ella trabajaba para él y puso los ojos en blanco antes de gemir cuando su tío le puso el algodón que tenía en la mano sobre la cabeza. —Ya casi no sangra. —Pasó el algodoncito dos veces más por la herida y sopló como si fuera una niña haciéndola sonreír. Se levantó y le dijo —Estarás preciosa con ese vestido. Era de cuando nos casamos, ¿sabes? Me encantará vértelo puesto.

—¿Seguro?

—Totalmente. Ahora ponte aún más guapa que quiero que les dejes a todos con la boca abierta. —Se echó a reír a carcajadas. —Así Grey estará entretenido apartando moscones.

Ella entrecerró los ojos viéndole cerrar la puerta de la habitación y pensó que no era mala idea. No era mala idea en absoluto.

Capítulo 5

Se bajó de la camioneta apartando las ondas de su cabello del hombro para que cayeran a la espalda y se pasó las manos por el vientre algo nerviosa al saberse el centro de todas las miradas.

—¡Jeanine!

Se volvió al escuchar su nombre y sonrió a Matilda, que se acercaba sonriendo de oreja a oreja. —¡Niña, estás deslumbrante!

Se sonrojó de gusto. Se había maquillado ligeramente para realzar los ojos. No estaba acostumbrada y tenía algo de miedo de haberse pasado. Pero al parecer estaba bien.

—Gracias, Matilda.

La miró de arriba abajo encantada. —Preciosa. No se puede negar que es una Patterson, ¿verdad George?

—No hay ninguna duda.

Matilda miró a su alrededor. —¿Dónde está Grey?

—Pues...

—¡Eh, tú! —gritó alguien. Se volvió medio pueblo para ver a Grey correr tras Paul, que en cuanto le vio saltó un seto atravesando el cementerio a la velocidad de la luz.

—¡Ya te pillaré! ¡No te vas a librar de una buena hostia!

Varias mujeres jadearon y el cura que estaba en lo alto de la escalera de la Iglesia miró a Grey como si quisiera excomulgarle. —¡Perdón padre, pero si supiera lo que ha hecho, no me miraría así!

George contuvo la risa. —Increíble. —Cogió a su sobrina del brazo y Jeanine sonrió encantada. —¿Entramos?

—Ya me explicareis esto —dijo Matilda.

Ella se acercó y le susurró lo que había pasado al oído. Matilda abrió los ojos como platos. —¡No! —Hizo una mueca. —Es increíble. ¡Cuando le pille, le retuerzo las orejas!

Grey llegó hasta ellos y todos se dieron cuenta de que no se le había pasado el cabreo, pero cuando reparó en ella, se detuvo en seco mirándola de arriba abajo como si estuviera sorprendido. Nunca en su vida se sintió mejor que en ese momento y sonrió radiante. Grey apretó los puños y giró la cabeza

cuando un hombre se detuvo a su lado que también se la quedó mirando.

—Tío, ¿esta es tu prima? —dijo el hombre con admiración. Se pasó una mano por su cabello rubio—. Preséntame.

Grey le empujó por el hombro quitándole de su camino. —¡Lárgate antes de que me cabrees, Carl!

—Hijo, Jeanine tiene que conocer a tus amigos.

—Claro que sí —dijo Carl sonriendo abiertamente—. Soy Carl Smith y en mí tienes un amigo, un compañero, un siervo y lo que tú quieras, preciosa.

Jeanine soltó una risita nerviosa. —Gracias.

—También un posible esposo y el padre de tus preciosos hijos...

—Aparta descarado —dijo Matilda con el ceño fruncido.

—¡Te trataría como una reina, te lo juro! —gritó mientras se alejaban.

Se puso como un tomate y Grey siseó —¿Tenías que pintarte como una puerta para salir de casa?

Jadeó indignada. —¡Estoy muy bien!

—Hijo...

—¡Va provocando, papá!

Matilda le arreó con el bolso. —¡Discúlpate ahora mismo!

Cuando se acercaron había cuatro hombres bloqueándoles los escalones de la iglesia. Grey siseó —¿Ves?

Sin darse cuenta se acercó más a su tío, que pasó su brazo por sus hombros. —Chicos, os la presentaré después de misa.

¡Parecía que se lo pensaban! Madre mía, ¿dónde se había metido?

—¡Apartar, joder! —gritó Grey a los cuatro vientos. Todo el pueblo le miró con los ojos como platos, pero simplemente empezó a subir los escalones hacia el cura como si aquello no fuera con él.

—Greyson, ¿hace cuánto que no te confiesas? —preguntó el cura que debía tener la edad de su tío.

—Padre, no empiece... —Se giró señalándola. —¿La ha visto? Pégueme un repaso, padre. ¡Es como la serpiente de Adán!

Jadeó asombrada viéndole entrar en la iglesia. —¡Es mentira, padre! ¡Se lo juro por lo que quiera, que yo no he hecho nada!

El Padre sonrió divertido. —¿Y tú quién eres, niña?

—Mi sobrina segunda. Es la hija de Jack.

—Oh... —Miró a su tío abriendo aún más los ojos. —Oh...

Incómoda agachó los párpados. —Se llama Jeanine.

—Preciosa como su nombre.

—Padre, necesito confesión.

—Así que eres practicante.

—Jeanine se ha criado con unas monjas en Brooklyn, Padre Morris. Ha estado muy... protegida.

—Entiendo. —La miró de arriba abajo e hizo una mueca. —Entonces este pueblo te va a abrumar un poco, pequeña.

Jeanine le cogió la mano sorprendiéndole. —Padre, necesito confesión urgente. —Le miró a los ojos fijamente. —Estoy en pecado mortal.

—Nada menos que mortal, ¿eh? —Le dio palmaditas en las manos. —Después de la misa, niña. Ahora tengo a todo el pueblo esperando.

—Bien. —Sonrió radiante. —Gracias.

—Un placer —dijo bizqueando mientras Grey ponía los ojos en blanco. Sorprendiéndola la cogió del brazo casi metiéndola a rastras en la Iglesia y atravesaron todo el pasillo a toda prisa con la congregación observando para sentarla de mala manera en la segunda fila que estaba casi vacía. Su tío carraspeó sentándose a su lado al ver su mirada de indignación y dijo —Hace un bonito día, ¿verdad?

Matilda se sentó al lado de su tío reprimiendo una risita. —Un día maravilloso.

Grey, sentado a su otro lado, gruñó haciéndole consciente de su

presencia y nerviosa sintió su muslo rozándola. Apartó el muslo a toda prisa sonrojándose y miró al frente para disimular el calor que recorrió su pecho, cuando vio a una chica rubia de su edad en unos bancos a un lateral del altar intentando llamar la atención de Greyson. Llevaba una túnica azul que destacaba sus preciosos rizos rubios. Estaba claro que formaba parte del coro. Miró a su primo de reojo que aún seguía cabreado y se dijo que lo mejor era distraerle como con el chico del supermercado.

—Aquella chica quiere que la mires.

La miró sorprendido como si estuviera pensando en sus cosas y cuando sus ojos se encontraron, fue como si una descarga eléctrica la recorriera de pies a cabeza. Avergonzada desvió la mirada a toda prisa hacia su tío.

—¿Qué chica?

Gimió por dentro antes de girarse de nuevo, pero no le miró a los ojos. —La del coro.

Vio como la chica sonreía de oreja a oreja antes de saludar con la mano como si hubiera conseguido el premio gordo. Miró de reojo a su primo que sonreía también. Esa debía ser su novia, pero como no podía preguntárselo, decidió olvidarse del tema. Vio el libro de himnos ante ella y lo cogió intentando distraerse con algo. Al echarle un vistazo se dio cuenta

que se sabía la mayoría de las canciones.

—¿Sabes cantar? —le preguntó con ironía al oído sobresaltándola—.

Siempre buscan voces nuevas en el coro.

—No es buena idea —susurró sin levantar la vista del libro.

—Claro, porque no piensas quedarte, ¿verdad? En cuanto consigas lo que quieres, saldrás corriendo a tu maravilloso Nueva York. —Se estremeció al sentir su aliento en el lóbulo de su oreja. —Pues espera sentada, guapa. Porque antes de darte un dólar, haré que lo sudés trabajando. Eso te lo aseguro.

Jeanine tensó la espalda mirando al frente y cerró el libro de golpe. Afortunadamente salió el padre Morris en ese momento y se levantó como todos los demás. Siguió la misa mecánicamente. Contestó cuando se debía y cantó como los demás sin poder apartar sus palabras de su pensamiento. Puede que nunca llegara a confiar en ella. Seguramente no lo haría nunca. Bueno, era algo que tenía que asumir porque sus padres habían hecho cosas imperdonables. Puede que fuera su penitencia y tenía que asumirla. Sonrió a su tío mientras cantaban el último himno. Al menos le tenía a él y a la hermana Teresa. Y pensaba hacer lo que hiciera falta para que fueran una familia de verdad.

Terminó la misa y dos mujeres mayores se acercaron a Matilda

impidiéndoles salir. Querían que se la presentaran. Eran Louise y Rose Bilder. Eran gemelas y vestían iguales, llevando idénticos sombreritos rosas. Estaban encantadas de conocerla y la invitaron a tomar el té el miércoles por la tarde en su casa.

—Así te presentaremos a las amas de casa del pueblo. Vendrás, ¿verdad?

Algo preocupada miró de reojo a Grey, que no había perdido detalle de la conversación. —Pues no sé. Tengo mucho trabajo.

—Hacen colchas para vender en la feria de Navidad, niña —dijo su tío animándola con la mirada—. Así conocerás a gente en el pueblo.

—Sí, cielo —apostilló Matilda—. Lo pasaremos bien. Ya verás.

—Si no es molestia. —Forzó una sonrisa algo avergonzada y su primo gruñó.

—Jeanine... —La llamó el cura desde el altar.

—Disculpen.

—Es preciosa, George —dijo una de las gemelas mientras se alejaba—. Y tiene una inocencia cautivadora.

—Se ha criado con monjas, Louise. —El tono de Matilda sonaba orgulloso. —Es una adquisición para el pueblo maravillosa. ¿Qué opinas, Grey?

No pudo escuchar lo que dijo su primo porque ya había llegado hasta el sacerdote. —¿Sí, padre?

—¿Querías confesión?

—¿No se despide de los feligreses? —Sorprendida miró hacia la puerta donde estaban al menos veinte hombres esperando y mirándola fijamente. Dio un paso atrás asustada y el cura la cogió del brazo.

—Vamos, niña. Hay cosas más importantes que hacer.

La llevó hasta el confesionario a un lateral de la Iglesia mientras toda aquella gente la observaba, pero en cuanto se puso de rodillas en su sitio y el cura abrió la cortinilla, se concentró en la confesión olvidándose de todo.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida. ¿Hace cuánto que no te confiesas, Jeanine?

—Tres días, padre.

La miró sorprendido a través de la celosía de madera que los separaba. —¿Tres días?

—Tres días muy largos, se lo aseguro. Me han cundido como tres años.

El cura sonrió. —¿No me digas? Cuéntamelo todo para que pienses que estás en pecado mortal.

Se mordió el labio inferior mirando sus manos unidas pensando en

Grey. Sin darse cuenta levantó la vista para verle observándola en el pasillo de la Iglesia y se puso como un tomate. El cura carraspeó y le miró sorprendida. —Lo siento, padre.

—Cuéntame, ¿qué ocurre?

—He pensado cosas...

—¿Qué cosas? ¿Cosas malas?

—Sí, padre. —El hombre perdió la sonrisa acercándose. —Cosas que no debería pensar y menos con él.

—Hablas de... —Separó los labios esperando su respuesta, pero ella no fue capaz de decirlo. —¿Me estás hablando de Grey?

Le miró arrepentida. —No sé qué me pasa, padre. Me siento tan... Me insulta e insulta a mi madre y yo pienso eso. ¿La estoy traicionando, padre? Eso es lo que más me tortura, ¿sabe? Y no lo puedo evitar. Me provoca continuamente. —Abrió los ojos como platos. —¿Me ha tocado, padre!

—¿Te ha tocado? —Parecía de lo más sorprendido.

—Sí y me gustó. —Se apretó las manos con fuerza. —Cree que voy a traicionar a la familia y me provoca continuamente para ver si cometo un error. Y yo pienso esas cosas que solo debería pensar con mi esposo. —El cura la miraba como si fuera una aparición y se sonrojó intensamente. —Estoy en pecado mortal, ¿verdad? Lo sabía. Soy una descarriada, padre.

Dígame lo que tengo que hacer y yo cumpliré mi penitencia.

El cura se levantó saliendo del confesionario a toda prisa. —¡Todos fuera! —gritó fuera de sí sobresaltándola.

Su tío sorprendido dio un paso hacia ella, pero el cura levantó la mano. —¡Todos fuera he dicho! ¡Dejarme solo con la niña!

Muerta de vergüenza porque sabía que quería regañarla a gusto en privado, miró de reojo a Grey que sonreía de oreja a oreja encantado de la vida. Gimió interiormente agachando la mirada y escuchó los pasos de todos por el pasillo mientras se alejaban murmurando.

El cura se acercó a ella y le tendió la mano. Levantó la mirada lentamente y la cogió levantándose del reclinatorio. —Ven, niña. Sentémonos en uno de los bancos, estaremos más cómodos.

—Pero padre, no me ha dicho lo que tengo que hacer. Mi penitencia...

—Ahora hablaremos de eso. —Sonrió intentando relajarla y ella forzó una sonrisa. —No estés nerviosa. No pasa nada.

Miró hacia la puerta mientras se sentaba en el primer banco. —No te preocupes por ellos. Esperaran lo que haga falta. —La cogió por la barbilla para que lo mirara. —Hablemos de ti.

—¿Qué quiere saber?

—Cuéntame tu vida. Si voy a ser tu nuevo confesor, quiero saberlo todo de ti.

—Oh, por supuesto. —Sonrió encantada y empezó a relatar su vida desde que tenía uso de memoria. Se pasaron horas hablando y cuando terminó se encontraba mucho mejor. —Y eso es todo.

—Has tenido una vida dura, niña.

Se encogió de hombros. —¿Usted cree?

—Muchas chicas de por aquí deberían vivir algo de lo que a ti te ha pasado para que apreciaran la suerte que tienen. —La miró a los ojos con sus inteligentes ojos azules. —¿No has sentido la llamada?

Decepcionada negó con la cabeza. —La hermana Teresa decía que era porque Dios había encomendado para mí una misión mucho más importante, que era dar la vida a muchos hijos que educaría para que fueran buenas personas.

—Eres profundamente religiosa y eso es bueno —dijo mirándola atentamente—. ¿Cómo te gustaría que fuera tu vida aquí?

Su cara se iluminó de ilusión. —Me gustaría llevarme bien con mi familia. Cuidar de mi tío y conocer a un buen hombre que me amara. Por supuesto seguiría cuidando a mi tío, aunque me casara.

—Le has cogido mucho cariño en poco tiempo.

—Sí, es un buen hombre.

—Grey también es un buen hombre.

Se sonrojó intensamente y se miró las manos. —Pero él me odia.

—Pero te gustaría que eso no fuera así, ¿verdad?

—Sé que lo que he pensado no está bien. Somos primos y...

—No, no lo sois. Además, con dispensa papal muchos primos se casan. Pero no es el caso.

—Él nunca me miraría así...

—Ya veremos lo que ocurre. —Le dio unas palmaditas en las manos.

—No te voy a imponer penitencia porque no has hecho nada malo.

—¿Ah, no?

Su cara de sorpresa le hizo reír negando con la cabeza. —Ya te lo explicaré más adelante. Ahora puedes irte.

—Padre, he dicho un taco. —Se lo quedó mirando esperando su penitencia.

—Seguro que te habían alterado, ¿verdad?

—Un poco.

—Me encanta la tarta de nuez. ¿Sabes hacerla?

Jeanine se echó a reír. —Sí, Padre.

—Pues quiero una tarta de nuez cada vez que digas un taco. Esa es tu penitencia.

—Gracias Padre. —Sorprendiéndole le dio un abrazo antes de levantarse del banco encantada de la vida. —Se la traeré mañana.

—No hay prisa, niña.

—Ahora sé conducir. —Orgullosa fue hasta el pasillo y caminando rápidamente fue hasta la salida mientras él la observaba. La vio abrir la puerta y cerrar de golpe.

—¿Qué ocurre?

Sonrojada se dio la vuelta. —Siguen ahí.

—¿Quiénes? —Preocupado fue hacia la puerta y la abrió para ver a los pretendientes que en cuanto la vieron se enderezaron quitándose los sombreros. —Ah... ya veo. —La cogió del brazo y la sacó de la Iglesia sonriendo. —Si quieres casarte, debes conocer a tus pretendientes —susurró para que solo ella le escuchara.

—Es que me miran...

Carl el amigo de Grey se acercó a toda prisa. —Jeanine, ¿quieres ir a tomar un helado?

George se acercó a ellos y carraspeó. —¿Todo bien, Padre Morris?

—Todo perfecto. Tu sobrina es un ser maravilloso que merece la pena

cuidar. Un mirlo blanco. No sé si me entiendes.

Su tío asintió mientras Carl la miraba con adoración sonrojándola intensamente. Le daba la sensación de que acababa de decir ante medio pueblo que era virgen. Y las caras de los demás que estaban impacientes se lo confirmaron.

El sonido de un claxon tres veces seguidas les hizo mirar hacia la camioneta donde Grey esperaba y por su mirada estaba furioso.

—Padre Morris... —Uno de los hombres se adelantó. —¿Puede presentarme?

—Me están esperando. —Ella intentando evitarlo se acercó a su tío. —Tenemos que irnos.

—Solo serán unos minutos y llevan mucho tiempo esperando para conocerte, hija —dijo el cura sonriendo. Y así empezó a presentarla a los solteros que estaban allí. Uno por uno fueron pasando ante ella diciéndole alguna galantería. Los había de todos los tipos, altos, bajos, más delgados y gruesos. Incluso había uno que llevaba un bastón y cojeaba con fuerza.

Al ver la escayola le preguntó —¿Está herido?

—Una caída a caballo. Pero viéndote se me han quitado todos los dolores.

Le hizo gracia su manera de decirlo y sonrió haciendo que los demás

gruñeran del disgusto. —¿Quieres ir a tomar un refresco? —preguntó el hombre que tenía pinta de vaquero. No era tan fuerte como Grey, pero se notaba que hacía mucho trabajo físico y sus ojos azules le decían que era buena persona.

El claxon volvió a sonar tres veces con fuerza y Jeanine se volvió sobre su hombro.

—Michael, tendrá que ser otro día —contestó su tío cogiéndola del brazo—. Debemos irnos.

Michael asintió y Carl se puso a su lado. —¿Puedo ir a verla al rancho?

—No —contestó el cura sorprendiéndolos—. Nada de visitas a su casa hasta que sea una relación formal, ¿me habéis oído? —Todos asintieron mientras Jeanine abría la boca sorprendida. —No me mires así, niña. Se te llenaría la casa de gente y tu tío aún tiene que descansar.

—Oh sí, por supuesto. Pero yo no busco... quiero decir... —Se puso como un tomate haciendo reír a todos. —¡Yo sólo quería un trabajo!

—Pero quieres casarte y tener muchos hijos. —Eso hizo que tres o cuatro la miraran con horror y supo lo que hacía el cura. Espantar a los que no estuvieran de acuerdo.

—Sí, padre. Quiero casarme y tener muchos hijos. Los que Dios me

envíe, pero no tengo prisa.

—Igual que yo —dijo Michael.

Carl le miró con inquina. —Me has quitado las palabras de la boca.

—Te voy a quitar algo más que eso —siseó antes de sonreír de oreja a oreja a Jeanine.

—Hora de irse antes de que haya puñetazos. —Su tío estaba a punto de echarse a reír a carcajadas.

Carl se adelantó para ir hasta la camioneta. —¿Vas a ir al baile del sábado que viene?

—¿Irás conmigo? —preguntó Michael a su lado.

—¡Si no puedes bailar! —gritó Carl antes de abrirle la puerta a Jeanine.

—¡Sí que puedo! Y se lo preguntaba a ella.

—Chicos. Haya paz. Irá conmigo esta vez —dijo su tío.

—Gracias, tío. —Al mirar al interior de la camioneta vio que Grey estaba que se lo llevaban los demonios del cabreo que tenía.

—Jeanine, ¿quieres subir de una maldita vez? —gritó a los cuatro vientos.

Lo hizo a toda prisa mientras los hombres le miraban como si

quisieran matarle y él contestó —¡No tenéis nada que hacer! ¡Estáis haciendo el ridículo! No se quedará para casarse con ninguno, idiotas.

—¡Greyson Patterson! —le amonestó el cura—. ¡Sí que se quedará y se convertirá en un pilar de nuestra comunidad!

—¡Estás soñando, cura! Papá, ¿subes o no? ¡Tengo mil cosas que hacer antes que perder el tiempo aquí!

George suspiró subiéndose a su lado mientras el Padre Morrison sonreía de oreja a oreja. —Cuídate, niña.

Apenas cerró la puerta, la ranchera salió a toda velocidad ganándose una mirada del tío George que decía que estaba enfadándose, pero no comentó nada mientras que Grey apretaba el volante con fuerza mirándola de vez en cuando de reojo con ganas de explotar. Estaban llegando al rancho cuando él siseó sin poder soportarlo más. —¿Qué? Le has contado tu película al cura y se lo ha tragado todo, ¿verdad?

—Lo que hable con mi confesor, es solo asunto mío.

—¡Hijo... no empieces! ¡Me estás empezando a hartar!

—¡Dos horas! ¡Se ha pasado dos horas contándole mentiras al cura! ¡Esto es increíble! ¿No tienes vergüenza?

—¡Grey! Si tenías tanta prisa, podías haberte ido en tu camioneta en lugar de hacer que la llevara uno de los peones al rancho.

—Es que me quedé a observar como todos hacéis el ridículo creyendo a esta...

—¡Grey!

Jeanine se mordió el labio inferior apretándose las manos y dijo lo primero que se le ocurrió —No he hecho la comida.

Grey la fulminó con la mirada. —¿Y qué has hecho toda la mañana? ¿Emperifollarte para pasearte ante todos esos hombres como si llevaras un cartel al cuello gritando que quieres un polvo?

Jeanine perdió todo el color de la cara mientras su padre lo miraba como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. Frenó en seco ante la casa y su tío se recuperó. —¡Discúlpate ahora mismo! ¡Tu prima no he hecho nada malo para que la trates así!

Grey la miró como si la odiara y ella susurró —¿Tío me dejas salir, por favor?

—¡Oh, joder! ¿Siempre tienes que seguir tu papel?

Suplicó con los ojos a su tío que no continuara y George apretó los labios con fuerza antes de salir de la camioneta. Jeanine se apuró a salir sacando una pierna y en cuanto posó el pie en el suelo la camioneta salió disparada y con medio cuerpo dentro cayó casi arrollándola con las ruedas de atrás al rodar por el suelo.

—¡Jeanine! —gritó su tío asustado acercándose.

Grey salió del coche a toda prisa y corrió hasta ella que estaba intentando recuperar la respiración. Hasta había perdido las sandalias en el atropello y confundida se quedó mirando la sandalia ante su cara en el suelo.

—Jean... —Grey pálido se arrodilló ante su cara. —Jean. ¿estás bien?

—¡Vete a llamar a un médico! —gritó su tío asustado.

Eso la hizo reaccionar y susurró —Estoy bien. —Puso las palmas en el suelo y se arrodilló con esfuerzo. Intentando ayudarla Grey alargó la mano para sujetarla por la cintura, pero ella se encogió como si la hubiera golpeado. Perdiendo todo el color de la cara, la miró impotente mientras el tío la ayudaba a levantarse. —Vaya... —Forzó una sonrisa. —Qué patosa soy.

Todos sabían que no había sido la responsable de nada, pero nadie fue capaz de decir una palabra.

—Niña, estás sangrando por el brazo.

—Estoy bien. Enseguida hago la comida.

Sin mirar a Grey a los ojos, se volvió caminando descalza hacia la casa. Cojeaba de dolor y George miró a su hijo antes de pegarle un puñetazo que lo tumbó en el suelo para después sisear —Nunca en mi vida pensé que me avergonzaría de ti. —Grey se pasó la mano por la comisura de la boca mostrando la sangre antes de mirar a su padre sin contestar. —¡Vuelve a

hacerle daño y te las verás conmigo! ¿Me oyes?

—No lo he hecho a propósito.

Su padre lo miró con pena. Estaba furioso consigo mismo y asustado por lo que acababa de pasar. —Dale una oportunidad.

Grey desvió la mirada. —No.

—Pues vas a sufrir porque lo que te molesta es que todos esos hombres la pretendan cuando podría ser tuya —dijo con rabia haciendo que su hijo apretara los puños—. Eres un estúpido.

—¡Nos traicionará! ¡Todo esto es un papel que se ha fabricado para darnos pena!

—Estás ciego. ¡Todo el mundo lo ve menos tú y cuando lo hagas, ya le habrás hecho tanto daño que no podrás repararlo! ¡Tu madre no me hubiera perdonado lo que tú le has dicho y hecho durante estos dos días!

—Pero no es como mi madre y nunca lo será por mucho que intente disimular. —Fue hasta la camioneta saliendo de allí a toda prisa levantando polvo a su paso.

Jeanine que estaba en su habitación al lado de la ventana se limpió las lágrimas con las manos a toda prisa, diciéndose que era una idiota. Lo mejor era olvidarse de él y comportarse como si no existiera.

Capítulo 6

No apareció para la comida ni para la cena, así que pudo tranquilizarse hasta su siguiente encuentro que fue en el desayuno. A las cinco y cuarto de la mañana estaba en la cocina haciéndole el desayuno cuando sintió su presencia tras ella, pero no se volvió.

—¿Estás bien? —susurró estremeciéndola.

Poniéndose nerviosa puso sus huevos en el plato y sin mirarle colocó el plato en la mesa antes de comprobar que tuviera de todo. Ignorando su presencia, puso la cafetera sobre la mesa y fue hasta su habitación cerrando tras ella. Suspiró de alivio apoyándose en la puerta. Miró hacia las ventanas y por primera vez quiso huir de lo que sentía. Porque por primera vez se dio cuenta de que se estaba enamorando de él y todo aquello iba a acabar en desastre.

Minutos después, sentada sobre su cama ya hecha, le vio pasar ante su

ventana. Grey la miró y a Jeanine se le cortó el aliento porque parecía torturado, pero se puso el sombrero ocultando su rostro antes de continuar su camino más rápidamente.

Esa mirada la persiguió durante toda la jornada. Trabajo incansable durante todo el día para olvidarle, pero cada vez que se tomaba un segundo volvía a ver esos ojos verdes que le volvían el estómago del revés.

Para esa noche decidió hacer carne mechada. También hizo dos tartas, una para el sacerdote que le llevaría a la mañana siguiente. Estaba poniendo la mesa cuando llegó Grey. Se detuvo ante la puerta de la cocina y ella sorprendida porque esperaba a su tío perdió la sonrisa que tenía en la boca antes de volverse e ir hacia la vajilla que tenía sobre la encimera.

—Has preparado mucho de cena —dijo él suavemente acercándose a la mesa—. Y has sacado la vajilla de Navidad.

—Es para hacer una cena especial.

—¿Especial por qué?

—Ya lo contaré en la cena. —Puso los platos rápidamente y cuando se volvía él la cogió por la muñeca deteniéndola.

—Jeanine... —Se soltó rápidamente y fue hasta la cocina. —¡Joder, no lo hice a propósito, te lo juro! —Impotente al ver que no le miraba se pasó la mano por el cabello. —Lo siento.

—No pasa nada. —Forzó una sonrisa y se volvió. —¿No vas a ducharte? La cena estará en veinte minutos.

Su tío entró en ese momento y sonrió encantado al verles hablar. —
¿Qué hay de cena?

—Carne mechada y tarta de nuez. Venga, a ducharse que estáis hechos un asco.

Su tío se echó a reír asintiendo y le dio una palmada en la espalda a su hijo. —No hagamos esperar a la dama, Grey. Si no mañana nos quemará la cena. Eso lo aprendí con tu madre, que sabía dejar las cosas bien claras.

Jeanine perdió algo la sonrisa y Grey que no dejaba de observarla se tensó apretando los labios.

Su padre salió de la cocina encantado y él siguió observándola trabajar. —No sé a qué viene esto, pero tengo la sensación de que vas a decirnos que te largas. —Jeanine revolvió el puré de patatas mordiéndose el labio inferior y él furioso le cogió la cuchara de la mano, tirándola al suelo antes de cogerla por los antebrazos para que lo mirara. —Es lo que vas a contarnos, ¿verdad? —preguntó con rabia—. ¡Qué te largas!

—Es lo mejor. Os habéis peleado por mi culpa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Este no es mi lugar. —Sus labios atrapando los suyos la sorprendieron tanto, que protestó antes de darse cuenta de lo que sentía. Y fue

maravilloso. Fue la sensación más increíble del mundo y más aún cuando entró en su boca saboreándola antes de abrazarla a él con fuerza estremeciéndola al sentir la dureza de su cuerpo. Grey apartó los labios lentamente y con los ojos cerrados ella suspiró. Cuando se dio cuenta de lo que acababan de hacer, se tensó entre sus brazos y abrió los párpados para mirarle a los ojos. Le dio un vuelco al corazón porque la miraba como si la deseara más que a nada en la vida.

—¿Por qué has hecho eso?

Grey hizo una mueca sin soltarla. —No puedes irte. Mi padre es más feliz desde que estás aquí y tienes que quedarte.

—No has contestado la pregunta.

La besó suavemente en el labio inferior y susurró —Te deseo. Te deseo desde que te vi por primera vez y no hay nada que desee más en esta vida que tú. Es lo único que voy a decir.

La soltó y salió de la cocina dejándola sin aliento. Tuvo que apoyarse en la encimera porque se sintió sin fuerzas. La deseaba más que a nada en la vida. Se llevó una mano a la frente cerrando los ojos sintiéndose inmensamente feliz. Tanto que supo que se quedaría para ser suya si quería, porque esas palabras le acababan de dar la vida. Esas palabras cambiarían su destino para siempre. De eso estaba segura.

Cuando llegó su tío estaba tan nerviosa que caminaba de un lado a otro sin hacer realmente nada.

Él se sentó en la cabecera observándola ir de un lado a otro con la fuente del puré de patata y bebiendo su cerveza levantó una ceja cuando la vio meterlo en la nevera.

—Niña, ¿desde cuándo comemos el puré frío?

Le miró sin comprender y exasperado se levantó para sacar el puré ante los ojos atónitos de Jeanine. —Anda. —Soltó una risita. —Que despiste, ¿no?

—¿Te encuentras bien? —Alargó la mano para tocarle la frente. —Estás algo sonrojada.

—Claro que estoy bien, tío. —Cogió el puré de entre sus manos metiéndolo en la nevera de nuevo y su tío jadeó antes de sacarlo a toda prisa para llevarlo hasta la mesa.

—Quizás trabajas demasiado. La casa brilla como un espejo —comentó mirándola como un halcón.

—Ajá...

Puso la carne mechada en una fuente y sirvió los guisantes en la misma fuente cuando siempre lo hacía por separado. Al ver que miraba cada poco hacia la puerta George entrecerró los ojos. —No habrás discutido otra

vez con Grey, ¿verdad?

Jeanine se sonrojó aún más. —¿Qué?

—¿Has discutido con Greyson?

—No.

Greyson entró en ese momento provocando un vuelco en su estómago y sin decir una palabra se sentó en su sitio bajo la atenta mirada de su padre. Estaba guapísimo con su cabello negro húmedo y esa camiseta blanca que marcaba los músculos de sus brazos.

—¿Has discutido con la niña?

—No —contestó confundido—. ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

—¿Sobre qué?

—No sé, tú sabrás...

George entrecerró los ojos. —Estáis muy raros.

—No —contestaron los dos a la vez. Jeanine puso la fuente sobre la mesa y al sentarse a la mesa miró a cualquier sitio excepto a Grey. Sonrió radiante a su tío—. ¿Cortas la carne, por favor?

—Sí, claro. —Se levantó mosqueado mirando a uno y al otro antes de coger el cuchillo y el tenedor. —Una cena de reyes. ¿Qué celebramos?

—Ah... —Sin saber que decir miró a Grey de reojo, que se tensó

dejando la cerveza sobre la mesa.

—No celebramos nada en especial. Ya se lo había preguntado yo, papá. Está de lo más trabajadora y ha querido hacer algo diferente. ¿No has visto las tartas?

—Una es para el padre Morris. Es mi penitencia.

—No sabe nada el cura. No me extrañaría que terminara diabético con las penitencias que impone. —George se echó a reír sirviendo a Jeanine que en cuanto le sirvió una loncha de carne retiró el plato.

—¿Tu penitencia por qué? —preguntó Grey mirando su plato—. Jeanine, no comes nada. Has trabajado todo el día y no puedes comer solo eso.

Se puso como un tomate y carraspeó incómoda. —Nunca he comido mucho.

—Tu abuelo era igual y trabajó hasta los noventa años, Grey. Es de familia. —George sirvió una buena porción a su hijo y después de servirse él, se sentó a la mesa satisfecho. —Me gusta estar así. En familia. —Se puso a comer con ganas y Grey levantó una ceja mirando a Jeanine, que tímidamente agachó la vista a su plato a toda prisa metiéndose puré en la boca. —Está buenísimo, niña. Es una pena que no te quedes mucho con nosotros...

—¿Por qué dices eso? —preguntó Grey mosqueado—. ¿Te ha dicho

que se va?

—No, pero es lógico pensar que no se quedará mucho con nosotros, ¿no crees, hijo? Se casará enseguida con todos los pretendientes que tiene. — Para no decir nada, se metió una buena cantidad de carne en la boca y forzó una sonrisa masticando. Grey entrecerró los ojos girando la cabeza hacia ella. —Nos la van a quitar de las manos antes de darnos cuenta. Pero es ley de vida.

—Ley de vida, ¿eh? —siseó su hijo empuñando el tenedor como si fuera a atacar a alguien en cualquier momento—. Ya veremos.

—Es lógico. —Su tío la miró. —Pero te quedarás en el pueblo y seguiremos viéndonos. Tú no debes ser tímida con esos hombres. Te respetarán. Claro que lo harán, por la cuenta que les trae. Lo que ocurrió con el chico del supermercado fue porque es algo impulsivo. Pero ha sido sin maldad. Eso seguro. Le conozco desde que era un bebé y no tiene una pizca de maldad en su delgado cuerpo.

—Cuando le pille...

—Hijo, ya le ha quedado claro. —George se echó a reír. —Ahora huirá de ti cada vez que te vea.

—Más le vale. —La señaló con el tenedor. —Por cierto, no te has mudado arriba.

Incómoda se revolvió en la silla porque había pensado en hacerlo, pero con todo lo ocurrido y con Grey enfadado, no quería más conflictos. Además, media hora antes estaba pensando en largarse de allí.

—Ahí estoy bien. —Bebió de su refresco e intentó cambiar de conversación. —¿Puedo coger la camioneta mañana?

—No —dijo Grey tajante—. ¿Por qué no quieres mudarte arriba?

—Hijo, ahí tiene más intimidad. Es una chica y le gustará estar a su aire.

—¡Demasiado al aire está, que puede verla cualquiera!

—¿Por qué no puedo coger la camioneta?

—No tienes carnet y no puedes conducir sola. Punto.

Empezó a cabrearse, porque le estaba dando la sensación de que el cambio de actitud de Grey iba a agobiarla un poco.

—¡Tengo que ir a la Iglesia y el tío me ha dicho que el sheriff hará la vista gorda hasta que obtenga la licencia!

—Solo has dado una clase.

—Así practico.

Su tío miraba a un lado y al otro divertido. —Jeanine lo hace muy bien, hijo. Si tiene que ir a ver al cura, déjala. Además, así la verán por el pueblo y puede que Michael se la encuentre. Me gusta ese chico. Es

trabajador y muy responsable. —La miró a los ojos. —Carl ya no me gusta tanto. Le gusta mucho la juerga.

—Bien, tío.

—¿Cómo que bien tío? —preguntó Greyson a punto de saltar de la silla—. ¿Eso qué coño significa?

Se detuvo con el tenedor en alto y le miró atónita porque estaba enfadado de nuevo, pero no se cortó en contestar —Que me fijaré más en Michael porque me lo aconseja el tío.

Esa frase le dejó de piedra y a ella también porque solo quería provocarle. ¿Qué se creía, que porque le había dado un beso podía hacer con ella lo que le diera la gana? ¿Con lo mal que se había portado? No, de eso nada. Debía dejar las cosas bien claras. Puede que le alterara la respiración solo con mirarla, pero nunca iba a dejar que su marido la dominara ni la tratara mal.

—Repíte eso...

Su tío silbó antes de mirar su plato y engullir una buena porción de carne como si su cena fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Pues... —Miró a su tío de reojo como buscando ayuda. Era más fácil pensarlo que decirlo. Sobre todo, porque por la manera de mirarla parecía a punto de saltar en cualquier momento de la silla.

—Continúa... ¿Qué decías?

Jeanine aspiró hondo dejando el tenedor sobre su plato antes de mirarle a los ojos y decir —He venido de Nueva York y aunque he tenido a la hermana Teresa, no he tenido familia realmente. En Dobbs Hill se me da la oportunidad de iniciar una nueva vida y no la voy a desaprovechar. Si encuentro un buen hombre que me quiera y que quiera tener todos los hijos que nos envíe Dios, me casaré con él. Siempre que me guste, claro.

El tenedor de Grey cayó sobre el plato. Había perdido todo el color de la cara. —Repíte eso.

—Hijo, es lógico que quiera formar una familia. —Su tío le dio palmaditas en la mano. —Todos los hijos que Dios te mande pueden ser muchos, niña. Una mujer del pueblo tuvo dieciséis. Cuando lo dijiste ayer no me imaginaba que era algo literal.

—La vida es un regalo divino. —Tensó la espalda cogiendo su plato y levantándose. Al mirar a Grey de reojo, vio que estaba en estado de shock. Decepcionada dejó el plato en el fregadero. Sabía que mucha gente no estaba de acuerdo en tener todos los hijos que se pudiera, pero ella siempre lo había pensado. Al ser hija única siempre había querido hermanos, pero vivir al lado del colegio le confirmó que tener hijos era un regalo divino. Además, ella era católica y no debía usar anticonceptivos. No. Por ahí no pasaba.

Se volvió sonriendo de oreja a oreja. —¿Queréis postre?

—Se me ha quitado el hambre. —Grey la miraba como si le hubieran salido dos cabezas y su tío se aguantaba la risa.

—¡No me mires así! ¡Muchas mujeres piensan como yo!

—¡Pues procura que tu marido sea rico, porque para mantener a dieciséis hijos vas a necesitar mucha pasta!

—Serás exagerado. Hay becas de estudios y...

—¡Aterriza, Jeanine! ¡Eso lo dices ahora porque no has pasado por un embarazo!

—¡Michael está de acuerdo y Carl también! ¡Casi todos los hombres que me presentaron ayer estaban de acuerdo!

—¡Están tan desesperados por acostarse contigo que dirían cualquier cosa!

Jadeó poniendo las manos en las caderas. —¡Eso es mentira!

—Niña, debes reconocer que es una petición un poco... ¿cómo decirlo?

—¿Descabellada? —respondió su hijo irónico—. ¡Se cree que puede traer hijos al mundo así sin más! ¡Pero hay que cuidarlos y mantenerlos! ¡Con cuatro berreando en la cocina, ya se volverá loca e irá a buscar la píldora a toda prisa!

—¡No me conoces! —gritó furiosa sorprendiéndolos mostrando carácter por primera vez—. ¡Es mi decisión y tú no tienes nada que decir a eso! ¡Tendré los hijos que Dios quiera y punto! ¿Queréis tarta o no?

Padre e hijo se miraron atónitos. —Habla en serio —dijo Grey alucinando.

—Sí, hijo. Ya lo había comentado ayer, pero tú estabas en la camioneta esperando. —Hizo una mueca. —Que el cura la apoyará en eso, no sé si es una buena idea.

—¡Eh, que estoy aquí! ¡Y os recuerdo que es mi vida!

Grey la fulminó con la mirada. —¡Y la de tu marido!

—¿Y a ti qué te importa? —Cogió la tarta de mala manera y casi la tiró sobre la mesa. —¡Los tendré con alguien que me quiera! ¡No con alguien que solo me desee! ¡Así que no tienes nada que decir! —le gritó a la cara antes de volverse e ir hacia su habitación cerrando de un portazo. Pero lo pensó mejor y volvió a abrirla para gritar —¡Estarás contento! ¡Ya me has fastidiado la cena! —Volvió a cerrar de un portazo y padre e hijo se miraron.

George divertido cortó un pedazo de tarta y le dio un mordisco sin coger un plato siquiera. —Uhhh, no tardará en casarse. Menuda mano que tiene para la cocina.

—¿No vas a decirle nada?

—No. Como ha dicho, es su vida y si quiere tener veinte hijos es su problema. Pero a ti te diría que no te preocuparas. Como has dicho en cuanto tenga cuatro, saldrá corriendo a por la píldora.

—No, si a mí me da igual. —Incómodo se levantó de golpe.

—Ya, claro. ¿No pruebas la tarta? —Gruñó mirando la tarta antes de salir de la cocina a toda prisa. —¿A dónde vas?

—¡A tomar el aire!

—Vas a tomar mucho el aire en los próximos días —murmuró antes de darle otro mordisco a la tarta sonriendo encantado. Aquello estaba mejorando mucho. Sí, señor. Tendría que ir sacando el traje para la boda.

Dos horas después Jeanine no hacía más que dar vueltas en la cama preocupada. Estaba claro que Grey la deseaba, pero no estaba de acuerdo en sus planes de futuro. Además, solo le había dicho que la deseaba, no que quisiera pasar el resto de su vida con ella. Pero que tonterías pensaba. ¿Un futuro con ella? ¡Si no la tragaba! No la había tragado desde el principio. Puede que hubiera vivido entre monjas casi toda su vida, pero no era tonta. Este listo quería llevársela a la cama sin pasar por el altar. Pues lo llevaba claro. Por mucho que le gustara que la toqueteara, por mucho que le gustara

que la besara no pensaba dejar que llegara a... llegara a... Mierda, se moría porque se acostara con ella. Vaya, ya tenía que hacer otra tarta. Dio otra vuelta en la cama poniéndose de costado y sacó la pierna sintiendo un calor espantoso. En esa casa necesitaban aire acondicionado con urgencia. Gimió al mirar la ventana recordando lo que sintió cuando él la observó por ella. Al oír pasos en el porche se le cortó el aliento y sin moverse apretó las sábanas entre sus dedos sin darse cuenta. Él se detuvo ante la ventana, pero no la miraba sino que se quedó de costado. La luz de la luna delineaba su perfil y sin poder evitarlo Jeanine se sentó en la cama. —¿Grey? —susurró temiendo que se fuera sin hablarle.

—Nena, siento lo que dije antes. Tienes derecho a vivir tu vida como quieras. —Giró la cabeza para mirarla. —Ayer mismo quería que te largaras de aquí y no puedo decir que confíe en ti. —A Jeanine se le retorció el corazón. —Puede que desee acostarme contigo, pero mi opinión sobre ti no ha cambiado. Creo que nos la vas a jugar tarde o temprano y que todo lo que has contado es mentira. Pero eso no significa que no te desee. Pero en tu papel de chica virgen que quiere un marido para tener un montón de niños chillones, supongo que no quieres sexo.

—No voy a negar que me gustaría hacer el amor contigo, pero solo lo haré con mi marido. —Vio cómo se tensaba y sin decir una palabra siguió caminando por el porche. Al pasar la segunda ventana, sintió que su corazón

se retorció de dolor porque ese hombre no sería él.

Cuando se detuvo de nuevo sintió que la esperanza renacía en su pecho. —Si todo esto forma parte de tu plan para que te ponga un anillo en el dedo, no vas por buen camino. Eso no va a pasar porque nunca confiaré en ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque le acababa de confirmar lo que ya sabía. —Algún día y puede que no pase mucho tiempo, te arrepentirás de esas palabras porque no te he mentado nunca.

—Claro, la monjita no miente. —Se alejó rompiéndole el corazón.

Se quedó mirando esa ventana más de una hora mientras las lágrimas corrían por sus mejillas deseando que volviera, pero cuando se dio por vencida, se tumbó en la cama y susurró para sí —No era para ti. Nunca ha sido para ti. Debes vivir tu vida, Jeanine y Grey nunca será ni tu marido ni tu amigo. Sigue adelante como has hecho toda tu vida.

Ese pensamiento se lo repitió una y otra vez, pero otro la torturaba. Ese otro pensamiento le decía que si tanto quería que se fuera, por qué antes de la cena le había pedido que no lo hiciera excusándose con que su padre era más feliz. Ese pensamiento no la dejó dormir en toda la noche, pero cuando se levantó ya tenía tomada la decisión.

Capítulo 7

Cuando él se sentó en la mesa a desayunar Jeanine procuró ser lo más normal posible, aunque se le veía en la cara el disgusto. Sorprendiéndole se sentó a la mesa con una taza de café y sonrió.

—¿Qué? —preguntó agresivo.

—Nada. Me has dejado las cosas muy claras y yo a ti, ¿verdad?

—Clarísimas.

—He decidido que no voy a irme porque aquí tengo una posibilidad de llevar la vida que siempre he querido.

—Me parece perfecto. ¿Y a mí qué me dices?

—Puesto que solo tenemos una relación laboral, ¿podemos llevarla lo mejor posible? Puede que no te lo creas, pero le he cogido a tu padre mucho cariño y me gustaría que me trataras con respeto como yo he hecho contigo

desde que te conozco.

Grey se tensó. —¿Te has levantado con ganas de guerra? Porque esa es una provocación.

—Provocándome estás tú desde que me conoces. Estás jugando conmigo y no me gusta. Y te aconsejo que te guardes esos comentarios hirientes que te gusta soltar por la boca, porque ya no te voy a consentir que me insultes más. Soy como soy y si no te gusta, te guardas tus comentarios que en este momento me importan una mierda. —Él iba a decir algo, pero le interrumpió. —Intentemos llevar esto lo mejor posible por el bien de todos. Ahora si no te importa, tengo que hacer dos tartas más para el Padre Morris.

Se levantó dejándolo de piedra y se puso a trabajar. Mirándole de reojo, vio que no había tocado el desayuno. Él se levantó y sabiendo que no se iría sin soltarle cuatro cosas, se volvió poniendo la mano en la cadera. —Así que quieres que nos llevemos bien por mi padre —dijo con ese tono irónico que le daban ganas de matarle.

—¿Crees que serás capaz?

—Muy bien. Lo que quiera la monjita.

Alargó la mano sin pensar y le arreó un tortazo. Grey la miró sorprendido, pero se le pasó enseguida enfureciéndose ante sus ojos. —Cuidado nena, se te está resquebrajando la fachada que traías puesta desde

Nueva York.

—¡Te he dicho que no me insultaras más!

La cogió por la nuca acercándola a él y susurró a unos centímetros de su boca —No te he insultado. Simplemente te estaba describiendo, pero ahora voy a decirte todo lo que pienso, hipócrita de mierda. Estás deseando que te haga gritar de placer y eso lo demuestra lo endurecidos que tienes los pezones a través de esa camiseta. Si dices la verdad, eres una hipócrita porque lo deseas tanto como yo, y si mientes, todo esto es un montaje para que me case contigo. No conseguirás ese anillo en tu dedo. Nunca. Porque seguramente en la noche de bodas, descubriré que me has mentido y que te has follado a medio Manhattan como la zorra de tu madre.

Jeanine intentó soltarse furiosa, pero él la abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo. —¿Crees que puedes engañarme? Mi padre fue a Manhattan porque mi madre le convenció para que hablara con la tuya y se viniera a vivir aquí con el bebé. Cuando llegó a su casa intentando impedir el aborto apenas dos días después de que se fuera de aquí con nuestro dinero, se la encontró con otro hombre en la cama.

Jeanine palideció. —Mientes.

—Era prostituta y se lo confirmó una vecina al verle bajar por las escaleras del edificio. Le gritó que estaba harta de que la puta de tu madre

trabajara allí. Que se buscara un motel para llevar a sus clientes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y a Grey se le cortó el aliento al ver el sufrimiento en su cara. —Me estás mintiendo...

—Jeanine...

—¡Me estás mintiendo! ¡Mi madre no era una puta! —gritó desgarrada de dolor.

—Oh, Dios mío. —Al volverse vio a su tío en la puerta en pijama y su cara le dijo que era cierto. —Grey, ¿qué has hecho?

Jeanine gritó desgarrada soltándose de Grey que intentó sujetarla, pero consiguió escaparse por la puerta de atrás y corrió campo a través como si la persiguiera el diablo sin poder dejar de llorar, recordando mil cosas que le confirmaron lo que Grey le había dicho. Su madre llegando por la mañana diciéndole que había sido una buena noche o cuando nunca quería ir a las reuniones de padres. Las miradas de las vecinas. Nunca se había llevado hombres a casa que ella recordara, pero seguro que se los empezó a llevar a moteles cuando ella nació. Por supuesto el dinero se lo había llevado Jack y por eso había tenido que trabajar de inmediato y así se la había encontrado George. Intentando huir del dolor siguió corriendo mientras amanecía y sin darse cuenta había llegado al pueblo. Sin poder evitarlo fue hasta la casa de Matilda y se sentó en su balancín intentando calmarse. Se sentía muy sola. Si

la hermana Teresa estuviera allí... Ella la abrazaría y la consolaría. Deseaba tanto verla. Una lágrima corrió por su mejilla y cuando se abrió la puerta principal, giró la cara hacia la mujer que salió en camión mirándola sorprendida. —Jeanine, ¿estás bien? —Se acercó a toda prisa y se sentó a su lado. —Niña, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Me puede ayudar?

—En lo que quieras, cielo. —Alargó la mano como si temiera que rechazara su contacto y al ver que no era así, le acarició la espalda. —¿Qué te ocurre? Estás muy disgustada.

—¿Me puede dejar dinero para el autobús? Le juro que se lo devolveré. Se lo juro. Le devolveré hasta el último centavo. —Se echó a llorar. —Tengo que irme de aquí.

—¿Por qué?

—No puedo quedarme. Ahora no. —Avergonzada volvió la mirada. —¿Habrá autobús hoy?

—No tomes una decisión precipitada. Ven cielo, estás acalorada. Necesitas beber algo.

—Si se lo pido al padre Morris, ¿cree que me lo dejará?

—No vas a pedirle nada a nadie, porque no te vas a ir a ningún sitio. No es bueno huir de los problemas. Hay que enfrentarse a ellos. Ahora ven a

la cocina de una vez. —Se levantó mirándola fijamente y extendió la mano. —Ya verás cómo dentro de unos minutos, te encuentras mejor.

Indecisa le cogió la mano y entraron en la casa hasta la cocina. La sentó a la mesa de la cocina y le puso delante un vaso de agua. —Bebe. Prepararé café y...

Negó con la cabeza. —Tengo que irme.

—Primero hablaremos de lo que ha ocurrido.

Desvió la mirada avergonzada y negó con la cabeza. —No nos llevamos bien. Grey me odia. —Y sus palabras se lo habían confirmado, porque solo una persona que la odiara, sería capaz de decirle algo así.

—Pero niña, si Grey es un chico fantástico. Siempre es amable con todo el mundo.

Se quedó en silencio porque no valía la pena decir nada en su contra. Además, no quería. Solo quería irse de allí lo más rápido posible.

—Ya veo que no quieres contármelo. ¿Es que no confías en mí?

Se echó a llorar tapándose la cara y la mujer asustada se acercó para abrazarla. —Shusss, si no quieres no me lo cuentes. Te daré el dinero, no te preocupes. Y no tienes que devolverme nada. Desahógate, mi niña. Te han hecho daño y tienes derecho a desahogarte.

Llamaron a la puerta y Jeanine se asustó levantándose de la silla. —

Tranquila, seguro que es una vecina.

Ella lo dudaba y se pasó la mano por debajo de la nariz mirando por la ventana para ver la camioneta de Grey. —No quiero verle.

—Tranquila. No pasará, ¿de acuerdo?

Salió de la cocina y cerró la puerta. Nerviosa miró hacia la ventana, pero no vio a nadie. Al ver la puerta de atrás estuvo a punto de irse, pero no sabía a dónde ir. Escuchó murmullos al otro lado y cuando se abrió la puerta de la cocina, se sobresaltó para ver allí a su tío mirándola apenado. —Niña... —Negó con la cabeza echándose a llorar de nuevo. —Lo siento muchísimo, Jeanine. —Se acercó un paso, pero ella dio un paso atrás deteniéndole en seco. —Te juro que algo así no volverá a repetirse. Vamos a casa y...

—No voy a volver.

George la miró preocupado. —No puedes irte. No lo entiendes. Está confundido y...

—¡No voy a volver! —gritó apretándose el vientre con fuerza sintiendo un dolor que le quitaba el aliento—. ¡No voy a volver!

—¡Jeanine! —Asustado se acercó justo cuando cayó desfallecida sobre el suelo de la cocina.

Cuando abrió los ojos estaba en una habitación que no conocía y escuchaba voces en el piso de abajo.

—¡Quiero verla! —Se tensó al escuchar la voz de Grey y se sentó en la cama.

—¡Estás en mi casa y aquí se hace lo que yo diga! —gritó Matilda—. ¡Lárgate de aquí antes de que llame al sheriff! ¡Grey!

Escuchó pasos subiendo la escalera a toda prisa y cuando se abrió la puerta, se sobresaltó encogiéndose sin darse cuenta. Pálido se la quedó mirando en el umbral de la puerta. —Nena...

Se dio la vuelta sacando las piernas de la cama, intentando que no viera el daño que le había hecho porque seguro que sería una satisfacción para él. —Creía que lo sabías y que...

—Estaba mintiendo —susurró terminando su frase. Forzó una sonrisa y se levantó girándose para mirarle con odio—. No te preocupes. Querías que me fuera y lo has conseguido. —Rió sin ganas. —Felicidades.

—Jeanine...

—Tienes que estar contento. ¿A qué viene esa cara de arrepentimiento? No hace falta que finjas, primo. —Grey palideció. —Has conseguido lo que te proponías. No te preocupes, no tendrás que soportar mi presencia nunca más. —Rió más fuerte. —¿A qué has venido? ¿A echarme

un polvo de despedida? Lo siento, pero al contrario que tú, yo no he fingido nunca y solo me acostaré con mi marido. ¿O ha sido precisamente por eso? ¿Porque Greyson Patterson no puede soportar que le rechacen? ¿Es eso, Greyson? ¿No te rechaza ninguna y he herido tu orgullo? Sea como sea, me das asco y no te tocaría ni aunque fueras el último hombre de la tierra.

—Estás disgustada y entiendo que pienses eso.

—¿No entiendes una mierda! —gritó furiosa—. ¡Nunca en mi vida me han hecho tanto daño como tú! ¡Puede que mi madre fuera una puta, pero tenía mucha más dignidad que tú! ¡Eres escoria y no te quiero cerca! — Odiándose a sí misma porque sus ojos se llenaban de lágrimas de nuevo, le señaló con el dedo. —¿Sabes por qué odiaba tanto a Jack? ¡Porque ella le quería con locura y solo le hizo daño! ¡Y si era prostituta seguramente fue porque era la única salida que encontró y tenía que cuidar de mí! ¡Y lo hizo durante los doce años que viví con ella porque nunca me faltó de nada! Ahora entiendo que me dijera que no debía venir aquí. ¡Porque sabía que me enteraría de esto por un desalmado como tú! ¡Y me alegro de saberlo, porque así la quiero mil veces más!

Vio a George tras su hijo con lágrimas en los ojos. —No llores, tío. — Se encogió de hombros. —Nunca debería haberme quedado. Nunca debería haber salido de Brooklyn. Todo esto fue un error desde el principio y debería haberme dado cuenta cuando tu hijo me empujó hacia el camino gritándome

que toda mi familia era escoria. —Una lágrima rodó por su mejilla. —Y puede que lo seamos.

—Oh, Dios. —Como si su tío no lo soportara más se alejó.

Los ojos de Jeanine cayeron sobre Greyson que parecía tallado en piedra. —Adiós primo —dijo fríamente.

—Creía que lo sabías.

—Tranquilo, que como todo lo que hago es mentira, esto forma parte del espectáculo. Te deseo lo mejor. —Él apretó los puños sin moverse del sitio. —¡Lárgate de mi vista! —gritó ella perdiendo los nervios.

—Greyson, por favor —dijo Matilda entrando en la habitación preocupada—. Está muy nerviosa. Vete.

—Vendré mañana para que hablemos. —Ella no contestó porque mañana ya no estaría allí. Como si tenía que irse caminando y él lo supo por su mirada. —Jeanine...

—¡Grey! ¡Voy a llamar al sheriff! ¡Hablo en serio!

Él miró a la anciana. —No deje que se vaya.

—¡Es muy libre de hacer lo que le venga en gana! ¡Y tú no eres nadie para juzgarla, ni dirigir su vida! ¡No sé cómo tienes el descaro de venir aquí, después de lo que has hecho! ¡Largo de mi casa!

Grey apretó los labios y la miró a los ojos. —Puede que no me creas,

pero jamás fue mi intención hacerte tanto daño.

—Pues te has esforzado durante días en demostrarme lo contrario. Esto solo ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Él dio un paso hacia ella y Jeanine cogió la lámpara de encima de la mesilla asustada. Grey perdió todo el color de la cara al ver el miedo en sus ojos verdes e impotente apretó los puños antes de salir de la habitación frustrado. Matilda se acercó lentamente y le cogió la lámpara de las manos. —Ya se ha ido, niña. Y no volverá.

Asintió soltando la lámpara y susurró —Lo siento.

—¿Por qué?

—Por todo esto. No es su problema.

—Eh, soy la primera persona que conociste en este pueblo y soy como tu madrina —dijo divertida—. Acuéstate y duerme un poco.

Negó con la cabeza. —Tengo que irme.

—Mientras duermes, me enteraré de cuando sale el autobús, ¿de acuerdo?

—¿De verdad?

La esperanza de su voz hizo perder la sonrisa a la mujer. —De verdad. Ahora duerme un rato. Pareces agotada. —La ayudó a tumbarse y la arropó con la otra parte de la colcha antes de besarla en la frente

emocionándola. —Eh, eh. Hora de dormir. Después te sentirás mucho mejor. Te lo prometo.

—Gracias.

—No hay de qué. —La observó mientras se quedaba dormida y cuando su respiración se relajó, Matilda salió de la habitación. Al llegar abajo, George estaba sentado en la mesa de su cocina mirando la taza de café que tenía delante. —¿Aun estás aquí?

—No me puedo creer lo que ha ocurrido —susurró sin levantar la vista—. Lo tenía delante. Vi cómo le hacía daño con sus comentarios y pensaba que se le pasaría. Vi como hasta casi la tira de la camioneta, pero...

—Es tu hijo. No te imaginabas que haría algo así.

—He visto cómo la mira. Está loco por ella y no sabe cómo tratarla.

—Pues ha elegido la peor manera. No es bueno con ella y no pienso dejar que se le acerque.

—La ha perdido. Todavía no me lo puedo creer. Yo me hubiera arrancado el corazón antes de hacerle daño a mi Glory. —Sonrió sin ganas.

—Me enamoré de ella en cuanto la vi, ¿sabes?

—George, estaba allí. Lo vio todo el mundo.

—Odiaba vivir aquí al principio. Pero disimulaba por mí.

—Era lógico. Fue un cambio muy brusco para ella.

—Jamás me recriminó nada. Nos mordíamos la lengua con fuerza antes de decirnos algo que pudiera hacer daño al otro. Pero Grey... Dios, no puedo creer que le haya dicho eso.

—Puede que no la ame. —Se sirvió una taza de café.

George la miró a los ojos. —Sé que la ama. Lo sé.

—¿Cómo estás tan seguro? —Se sentó frente a él. —Igual solo la desea. Ya la has oído.

—La otra noche estaba paseando. A veces lo hago cuando me despierto a mitad de la noche por un mal sueño...

—Por la falta de Glory seguramente. Es muy reciente, George.

—Lo sé. —Bebió de su café. —Bueno, ese no es el tema. Volvía a casa cuando le vi al lado de su ventana. La estaba observando mientras dormía.

—Pues eso pone los pelos de punta.

—No, no la miraba con lascivia sino como si la necesitara. Yo a veces contemplaba dormir a Glory y él hacía lo mismo. Como si necesitara contemplarla. No puedo explicarlo. Habíamos discutido después de misa y por la noche estaba allí mirándola. Como velando su sueño. Me sentí como si el mirón fuera yo por verle hacer eso. Como si le estuviera robando un momento íntimo con ella.

Matilda suspiró. —La has visto. Esto no tiene arreglo.

—Lo sé. Y es lo que más pena me da. Le advertí que la perdería y lo ha hecho. No entiendo cómo ha sido tan cruel. No puedo entenderlo.

—Yo tampoco, porque nunca ha tenido una pizca de maldad en su cuerpo. Siempre ha sido un hombre justo.

—Eso es lo que quiero decir. Desde que ella ha llegado está irracional y se comporta de un modo que no puedo entender. Por Dios, si hasta el primer día le registró su mochila. La ha humillado de todas las maneras habidas y por haber. Y eso que me he hecho el tonto en la mitad. La otra noche creía que lo habían arreglado, pero fue hablar de los bebés y...

—¿Bebés? —Matilda levantó una ceja.

—Oh, es cierto que tú ya te habías ido de la Iglesia cuando lo comentó. Ella está en contra de la contracepción. Grey se puso como loco con el tema y la enfadó diciendo que haría lo que le diera la gana porque es su vida.

—Apuesto que se le pusieron por corbata.

—Fue tan obvio que casi me da la risa, pero ahí cambió todo de nuevo. No sé lo que ocurrió después, pero esta mañana me desperté con los gritos en la cocina.

Matilda miró su café pensativa. —No puedo obligarla a quedarse,

George.

—Lo sé.

—Pero lo que sí puedo hacer es ofrecerle un empleo.

George la miró esperanzado. —¿Crees que lo aceptará?

—Bueno, no se lo ofreceré yo, pero sí alguien que no podrá rechazar.

—¿Quién?

Le miró maliciosa. —Le encantan los niños, ¿no? Pues un trabajo en la guardería es lo mejor para ella.

—¿La señorita Keegan? Nunca le dura nadie. Dice que las chicas son unas estúpidas que solo piensan en hablar por el móvil.

—Pero nuestra chica no tiene móvil, ¿verdad? Déjame a mí a Lorna. Yo me encargo. Tú te encargarás de que nuestro chico la corteje como un desesperado. Y tendrá que competir con muchos, así que va siendo hora de que se ponga las pilas. Tendrá que esmerarse el doble que los demás después de meter tanto la pata.

Desmoralizado dejó caer los hombros. —No lo hará.

—Veremos qué ocurre. Puede que nos sorprenda después del daño que le ha hecho. Me ha estremecido como la ha mirado. Como si estuviera aterrado antes de decirme que no la dejara irse.

George suspiró levantándose. —Veré dónde está. Seguro que

pegándose de puñetazos por ser tan idiota.

—O emborrachándose. Mira en el bar antes de irte al rancho.

Asintió y fue hasta la puerta de atrás deteniéndose después de abrir.

—Matilda, ¿por qué nos ayudas?

Ella sonrió. —No os ayudo a vosotros. Pero Jeanine tiene algo... Me gustaría que fuera feliz. Me gustaría que fuera muy feliz. No puedo explicarlo, pero tiene una ternura en su interior...

George asintió sonriendo con tristeza. —Espero que todo esto no la haya cambiado.

—Yo también lo espero. De verdad que sí.

Capítulo 8

Un mes después

—No, eso no se hace. —Apartó la manita de la boca de Stayce. La niña de dos años que intentaba meterse la arena en la boca.

Lorna se echó a reír. —Esa niña es imposible. Si la dejamos, nos deja sin arena en el parque. —Sonriendo cogió a Mike en brazos y le guiñó uno de sus ojos castaños. —Hora de la papilla.

—Ya me encargo yo. —Cogió a Stayce en brazos y extendió la mano para coger a Bobby que le tiraba de la bata del uniforme. —Hora de comer, Bobby. Hoy hay puré de frutas.

—Sí, sí.

Las dos se echaron a reír porque era un glotón. Caminando hacia la

guardería le preguntó a su jefa —¿Cómo te las arreglabas antes de que yo trabajara aquí? Tienes veinte niños y es mucho trabajo.

—Lo que no hacía antes lo hacía después. —Se encogió de hombros. —Aunque me alegra muchísimo haberte encontrado, te lo aseguro. No me duraba una ayudante ni una semana. Una vez una le dio un caramelo enorme a Bobby cuando apenas tenía un año. Casi se atraganta y me llevé un susto enorme. —Le abrió la puerta para que pasara y carraspeó. —Jeanine...

—¿Sí? —Entró en la guardería y dejó a Stayce en su trona.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Cogió a Bobby colocándolo en la suya. —¿Qué quieres saber?

—Sabes que Greyson está ahí fuera en su camioneta, ¿verdad?

La mujer que apenas tenía cuarenta años apartó sus rizos castaños para hacerse una coleta alta.

—Sí. Solo quiere disculparse. Pero ni se acerca. Y más le vale por la cuenta que le trae. —Miró a su alrededor. —Voy a por los demás.

—Jeanine...

—No quiero hablar de Grey, ¿de acuerdo?

Lorna asintió viéndola salir de nuevo. Fue hasta el jardín y dio dos palmadas. —Niños, a comer.

El resto de los niños que tenían entre tres y cuatro años echaron a correr hacia ella. Levantó la vista y apretó los labios al ver a Grey mirándola a través de la luna delantera. Juró por lo bajo molesta cogiendo al más pequeño en brazos y entró en la guardería manteniendo la puerta abierta para que entraran los demás diciéndose a sí misma que tendría que verle en el futuro, pero no pensaba perdonarle. Le daba igual lo que dijera el cura sobre eso.

Esa misma tarde salía de la guardería hablando con Lorna sobre la manualidad que tenían que hacer al día siguiente, cuando vio a Greyson ante la puerta con un ramo de rosas en la mano. Se quedó de piedra y Lorna susurró —Ya tardaba.

—No me lo puedo creer. —Cerró la puerta con llave.

—Pues es que tienes poca imaginación —dijo su jefa divertida.

—No tiene gracia.

—Te veooooo mañanaaa.

—Ja, ja.

Se volvió y caminó muy tensa por el empedrado hasta la verja detrás de su jefa, mientras Grey se quitaba el sombrero saludando como si fuera todo un caballero. Jeanine pasó a su lado sin mirarle siquiera, caminando calle abajo y él la siguió a toda prisa. —Hola, preciosa.

—Vete antes de que tenga que decirte algo que provoque que me pase toda la noche haciendo tartas —siseó furiosa.

—¿Quieres ir a tomar un helado?

Se detuvo mirándole como si tuviera tres cabezas y Grey carraspeó —
No me lo vas a poner fácil.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—¿Quieres casarte conmigo?

Jeanine perdió todo el color de la cara. —Estás loco.

La miró arrepentido. —Nena, sé que metí la pata mil veces contigo, pero...

Ella se volvió y cruzó sin mirar la calle, provocando que Louise tuviera que frenar en seco para no llevársela por delante. —¡Jeanine!

Sin mirarla cruzó corriendo y al mirar hacia atrás vio que él la seguía. —¡Déjame en paz!

—¡Tenemos que hablar!

Corrió hacia la Iglesia y cerró de un portazo. Al volverse vio a las chicas del coro y al padre Morris, que levantó una ceja en cuanto la reconoció. —Hija, ¿vienes al coro?

—No, padre. Solo vengo por la puerta de la sacristía —dijo recorriendo el pasillo a toda prisa.

—Toda tuya. ¿Deduzco que Greyson Patterson está fuera?

—Deduce bien.

—Ya era hora de que hiciera algo más que espantarte a los pretendientes a puñetazos, ¿no crees? —dijo haciendo reír al coro. A todos menos a una, que la miraba con odio.

—¡No tiene gracia! —Corrió por el pasillo que llevaba a la sacristía y miró por la ventana para ver si estaba allí. Suspiró de alivio cuando no le vio y salió a toda prisa cerrando la puerta.

—Crees que voy a desaparecer, pero no es así —susurró a su oído tras ella haciéndola gritar del susto.

Se volvió furiosa. —¡Déjame en paz!

—Eso no va a pasar.

—Como no me dejes en paz... —Miró a su alrededor sin saber qué decir.

—¿Te casarás conmigo?

—¡Muy gracioso! ¡Piérdete!

Estiró el brazo poniéndole las rosas bajo la nariz. —¿No las coges?
Son para ti.

—¡Serás gilipollas!

—¡Jeanine! —gritó el cura desde dentro.

Le fulminó con la mirada agarrando el ramo de rosas antes de arrearle con él en la cabeza. —¿Ves lo que has hecho?

Grey se echó a reír cubriéndose con el brazo. —Nena, no he hecho nada más que regalarte rosas y pedirte matrimonio.

La puerta se abrió de golpe y el cura les miró asombrado. —¿Que le has pedido qué?

—¡Padre, esta es una conversación privada! —protestó Grey.

Jeanine gruñó golpeándole de nuevo con el ramo de rosas. —
¡Desaparece de mi vista, imbécil!

—¡Hija! ¡Me debes ya dos tartas!

Apretó los labios. —¿Ah, sí?

—Nena...

—Eres un imbécil y no me casaría contigo ni en mil años. ¡Espero que se te caiga la polla de una manera muy dolorosa y como te vuelva a ver, te pego un tiro! —le gritó a la cara antes de mirar al cura—. ¡Ya le traeré las cuatro tartas mañana, Padre!

El cura hizo una mueca. —Pero que no sean todas de nuez.

—¡Padre Morris! ¿No le va a imponer una sanción más dura?

—Se dice penitencia, imbécil. Joder, ya son cinco tartas. ¡Me haces perder los nervios!

—Seis —dijo él sonriendo.

—Te odio.

—Otra mentira. ¿Padre?

—Te estás ganando una penitencia mucho más dura. Déjame pensar... —Alucinada vio que se cruzaba de brazos. —Tiene que ser algo a la altura de tu pecado y como ha sido Greyson el objetivo de todas tus maldades...

Entrecerró los ojos. —Ni se le ocurra.

—Sí, creo que una cita con él es la mejor penitencia. Así aprenderás a controlarte.

—¡Padre! ¡Será una broma!

Grey sonreía de oreja a oreja. —Nena, ¿cuándo te recojo en casa de Matilda? ¿A las seis?

—¡Qué te den! ¡No pienso cumplirla!

—¡Jeanine Patterson, más te vale que vayas a esa cita si no quieres pasarte rezando todo el fin de semana en la sacristía! ¿Me has entendido? — El cura entró en la Iglesia pegando un portazo dejándola con la boca abierta.

—¿A las seis y cuarto? Ponte ese vestido verde que te has comprado.

Por cierto, el rojo que llevabas el sábado en la fiesta tiene demasiado escote, ¿no crees? ¿Tú qué opinas? Deberíamos hablarlo. Las parejas hablan de estas cosas. Me molesta un poco que te miren los pechos. Sé que tengo que superarlo, ¿pero qué tal si lo hablamos?

Le miró asombrada, e impotente apretó los puños con ganas de arrearle de nuevo. —Vamos, nena. Es una broma.

—¡Mentiroso! ¡Le pegaste un puñetazo a Michael porque bailó conmigo!

—Es que le había avisado. ¿Ves cómo es un poco corto? No te conviene. Si fuera listo, no te habría tocado. ¡Además, se arrimaba mucho! —le gritó a la cara. Al darse cuenta de lo que había hecho respiró hondo—. Pero me controlaré en cuanto todos sepan que te casarás conmigo.

—¡Eso no pasará nunca! —Se volvió ignorándole y recorrió el cementerio a toda prisa con la esperanza de librarse de él. Dios, aquello era una pesadilla.

—¿No me vas a perdonar? ¡Pues me da igual! Papá no me habla y la mitad del pueblo me mira como si estuviera chiflado. ¡Qué mi mujer me odie, no me afecta!

Se volvió fuera de sí y le arreó con el bolso. —¡No soy tu mujer!

—¡Sí que lo eres! —le gritó a la cara—. ¡Así que acéptalo de una vez

y vuelve a casa!

—¡Pienso casarme con el primero que me lo pida!

—¡Yo, yo! —gritó el chico del supermercado tras ella sobresaltándola.

Puso los ojos en blanco al verle hincar una pierna en el suelo mirándola con adoración. —Tienes los pechos más preciosos del mundo. No puedo dejar de pensar en ellos. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Medio coro estaba observando desde la escalera de la Iglesia y Jeanine se puso como un tomate.

—Me cago en la... —Grey la apartó para coger al chaval de la camiseta levantándole. —Repite eso.

—¡Ha dicho que se casaría conmigo! ¡Suéltame!

—¡Estáis mal de la cabeza! —gritó caminando hacia la acera muerta de la vergüenza. Solo quería que se la tragara la tierra. ¿Cómo podía hacerle aquello ante medio pueblo? ¡No se casaría con él ni loca!

—¡Jeanine! ¡Vuelve aquí y dile a este idiota que no te casarás con él!

—¡Ja! ¡No ha dicho que no! ¡Está en el bote! —gritó el chaval haciendo reír al coro.

Cuando entró en casa de Matilda suspiró de alivio, pero volvió a gemir al ver a George sentado en la mesa de la cocina. Su tío sonrió bebiendo

de su cerveza y ella se acercó para darle un beso en la frente. —Te has encontrado con mi hijo, ¿eh? Está poniendo toda la carne en el asador.

—¡Pues la ha calcinado!

Su tío se echó a reír a carcajadas. —Es que cuando se empeña en algo...

—¡No tiene gracia! ¡Me ha humillado ante medio pueblo!

George perdió la sonrisa. —¿Qué ha hecho?

—¡Me ha pedido matrimonio! ¡Y el cura me ha obligado a tener una cita con él! ¡Me ha obligado como penitencia! Esto es el colmo.

Su tío suspiró de alivio. —Tienes que entender que lleva un mes muy duro. Le ha costado un montón acercarse a ti de nuevo después de lo que hizo y está algo nervioso.

—¡Me ha espantado a todos los pretendientes! ¡El otro día le pillé amenazando a Billy Cummings tras la guardería porque quería entregarme una caja de bombones!

—Es algo posesivo. A mí me pasaba lo mismo con mi Glory. Pero se le pasará con los años. Es que tanto hombre alrededor, pone algo nervioso.

—Por su culpa no me casaré con nadie.

—Hija, tú tampoco querías casarte con otro.

—¡Mentira!

—¿En serio quieres mentirte a ti misma?

Gimió sentándose ante él y apoyando los codos en la mesa se tapó la cara. —Esto es una locura.

—No es una locura. Ha recuperado la cordura y se ha dado cuenta de que está loco por ti. Eso es todo.

Apartó las manos tensándose. —Tú lo que quieres es que vuelva a casa.

—¡Pues sí! Porque eres de la familia y me gustas. Serías la nuera perfecta y la esposa perfecta para mi hijo. Eres buena, preciosa y muy trabajadora. No se puede pedir más y te quiero para ser la madre de mis nietos. ¡Y quiero muchos!

—Bien dicho, George —dijo Matilda entrando en la cocina con una cesta de flores que seguro que acababa de cortar del jardín.

Ella entrecerró los ojos. —¡No me lo puedo creer! ¿Tú le has dado las rosas? ¡Esto es un complot!

—Complot, complot... —La mujer chasqueó la lengua. —Quería las flores más hermosas del pueblo y esas son las mías. Me ha pagado cien pavos por ellas. Esto es un negocio.

—¡Genial! ¡Todos en mi contra!

La puerta se abrió y Grey entró como si fuera su casa. —¿Nena, no te

cambias? Esos vaqueros nuevos te quedan muy bien, pero pensaba llevarte a un restaurante de Greenwood. La mejor carne del condado.

—¡No voy a salir contigo! —Se levantó exasperada. —¡No sé ni cómo se te ocurre pensarlo!

—¡Metí la pata! ¡Pero no voy a darme por vencido! Si quieres tener esos niños, tendrá que ser conmigo, ¿me entiendes?

—¡Me largaré del pueblo!

Él dio un paso hacia ella amenazante. —Y te encontraré. —A Jeanine se le cortó el aliento al ver en sus ojos que hablaba en serio. —Puede que ahora pienses que estoy algo chiflado, pero ya no quiero perder más el tiempo. ¿Qué te parece si nos casamos la semana que viene? El padre Morris seguro que nos hace un hueco.

—Decidido. O me dejas en paz o me largo de aquí.

—Hijo, ¿qué parte de cortéjala despacio no has entendido?

—Papá, no te metas. Si la dejas a su aire, se casará con otro simplemente porque cree que me odia.

—No lo creo. ¡Te odio! ¿Crees que me casaría con la persona que más daño me ha hecho en la vida? ¿Ya no soy escoria? —Él se quedó blanco.

—¿Crees que estoy tan desesperada porque te metas entre mis bragas como la zorra de mi madre? —Matilda jadeó llevándose una mano al pecho. —¿Crees

que voy a perdonar todas esas palabras? ¿Que porque te presentes ante mí, exigiéndome que me case contigo, todo queda olvidado? Claro, la huerfanita está desesperada por ti, ¿no es cierto? ¡Pues entérate bien, Patterson! ¡No te necesito en mi vida!

Se volvió dejando el silencio tras ella y subió las escaleras corriendo. Grey se llevó las manos a la cabeza girándose y cuando vio a su padre, suspiró sentándose ante él derrotado. —Hijo...

—Lo sé.

—Te dije que fueras despacio y tú le sueltas que se case contigo en la primera conversación. ¿Qué diablos te pasa?

—Se cerraba en banda y perdí la paciencia. —Le miraron como si fuera idiota. —¡No tengo paciencia! ¡Lo sabéis de sobra! ¡Este maldito mes casi me vuelvo loco, joder!

—Bueno, solo queda una solución. —Miraron a Matilda, que se encogió de hombros. —Tienes que seducirla.

—Si no quiere ni tocarme, dudo que pueda hacer eso.

George entrecerró los ojos. —No es mala idea. Si pierde la virginidad contigo, tendrá que casarse.

—No pienso hacer eso. Con lo religiosa que es, no pienso quitarle la ilusión de una boda y que vaya vestida de blanco. ¡Por Dios, si alguien

merece ir vestida de blanco es ella!

—Pues de otra manera lo tienes difícil.

Escucharon el agua correr en el piso de arriba y todos miraron hacia el techo. —Se está duchando —dijo la señora Dobbs sonriendo—. ¿Creéis que se prepara para la cita?

Grey se levantó de golpe mirando el techo y cuando escuchó como se cerraba el grifo diez minutos después siguió sus pasos sobre su cabeza hasta escuchar un portazo. Sonrió mirando a su padre. —Cumplirá su penitencia.

—Pues si es así, aprovecha el tiempo, hijo. No creo que te dé otra oportunidad.

Capítulo 9

Furiosa bajó las escaleras vestida de rojo con ganas de guerra. La única esperanza que tenía, era que después de sus palabras tuviera un poco de sesera y no estuviera en la cocina. Cuando le vio sentado al lado de su padre, gimió por dentro al verle sonreír. Puso las manos en las caderas y dijo — Bien, acabemos con esto.

—Estás preciosa nena. —Se acercó a ella y la besó suavemente en los labios ganándose un bofetón. —Vale, más despacio. Puedo hacerlo.

Matilda reprimió la risa y George también. Molesta fue hasta la puerta y salió dejándolo allí. —¿Vienes o no? ¡Quiero acabar con esto lo antes posible!

Grey hizo una mueca. —No va mal.

George se echó a reír. —Ánimo, hijo. Que no se diga que no sabes seducir a una mujer.

—Muy gracioso.

Salió tras ella y la vio de brazos cruzados dando golpecitos con la punta del pie en el suelo. —¿Siempre tratas así a tus citas?

—Nena, por mucho que me provoques, no voy a caer en la trampa. —
La guió hasta la camioneta de su padre.

—No voy a caer en la trampa —dijo con burla.

Se subió a la camioneta y dio un portazo. Él tomó aire y rodeó el vehículo como si se estuviera armando de paciencia. Pues no le quedaba nada, porque iban a tener la cita más horrible de la historia. Le miró con inquina cuando se sentó a su lado y maldijo el aroma de la colonia que llegó hasta ella. Si no estuviera tan malditamente guapo... ¡Ja! ¡Matrimonio! ¡Le había pedido matrimonio! Menudo descaro. Lo que quería era llevarla a su cama, arruinándole de paso cualquier oportunidad de tener una vida medianamente normal. Empezaba a pensar que su decisión de quedarse a vivir allí no había sido buena idea. Pero es que Matilda había sido de lo más persuasiva. Pero había sido un error claramente porque no se libraba de Grey. Estaba harta de encontrárselo continuamente por el pueblo. ¡Si hasta la vigilaba mientras trabajaba! Si no le conociera bien, pensaría que había perdido un tornillo.

Le miró de reojo y él sonrió. Jeanine entrecerró los ojos. —¿De qué te

rías? —preguntó agresiva.

Perdió la sonrisa de golpe. —De nada. Estoy contento.

—Pues no sé de qué. Con esto no vas a conseguir nada.

—De momento estás aquí y me hablas. Es un avance después de varias semanas —gruñó apretando el volante.

—¡Ja! No esperarías que te hablara, ¿verdad? Además, eras tú el que no te acercabas. ¡Seguramente porque eres un cobarde de mierda y no te atrevías a justificar tu comportamiento!

—Pues estás equivocada. No me acercaba porque quería darte tiempo. Te estás acostumbrando a soltar tacos, ¿verdad?

—Igual eres una mala influencia.

—Muy graciosa.

—No me conviene tu compañía. Debería haberme dado cuenta desde el principio. —Miró por la ventanilla. —Es increíble que después de todo lo que he pasado contigo, el Padre Morris me obligue a esto. —Se cruzó de brazos exasperada. —No pienso confesarme jamás en la vida. Para lo que sirve.

—Jeanine... —Reprimió la risa. —Como te oiga el Padre Morris, se te va a caer el pelo.

—Pues corre a chivarte, que se te da muy bien...

Él apretó las mandíbulas con fuerza. —No quería hacerte daño.

—Sí, seguro.

Decidió dejar de hablar con él. Solo servía para cabrearla más. Grey la miró de reojo. —¿Qué tal el trabajo en la guardería? Pareces contenta.

—No te importa. —Frustrada vio que salían de la ciudad. —¿No podemos cenar aquí?

—No.

Gruñó ruidosamente sin preocuparse en lo que pensara. Aquello era ridículo.

—Lorna tiene carácter y está muy contenta contigo. Eso demuestra que lo haces muy bien.

—Oh, por favor. Me pones de los nervios. —Le fulminó con la mirada. —¿Ahora resulta que hago las cosas bien? ¡Guárdate tus halagos porque no sirven de nada! Me asquea tu presencia, ¿lo entiendes? ¡No soporto ni mirarte! ¡Jamás tendré nada contigo y mucho menos me casaré con una persona como tú!

Grey se tensó de tal manera que parecía a punto de arrancar el volante. —Ya que has dejado clara tu posición, te diré la mía. No me voy a dar por vencido porque cuando vi el daño que te hice esa mañana, sentí que me arrancaba mi propio corazón. —Jeanine sintió un vuelco en el estómago y

miró al frente intentando aislarse, porque si seguía hablando puede que llegara a convencerla para que le diera una oportunidad. Y era algo que no podía consentirse a sí misma. —Nena, ya sé que no me crees, pero nunca he querido hacerte daño. Estaba convencido de que interpretabas un papel para nosotros y cuando dijiste lo de los niños, creía que lo hacías como excusa para no acostarte conmigo. Como una manera de protegerte para que no avanzara después de decirte que te deseaba. Creía que querías que te pidiera matrimonio y...

—¿Qué parte de que no me interesan ni tus explicaciones ni tú no has entendido? —preguntó irónica.

Él suspiró mientras entraban en Greenwood y se mantuvo en silencio mientras aparcaba en la calle mayor. Cuando sacó la llave del contacto la miró. —¿No vas a olvidarlo? ¿No nos vas a dar una oportunidad? Sé que no conoces otra parte de mi carácter, pero...

Jeanine salió del coche antes de que pudiera impedirlo y se subió a la acera. Él apretó los labios mirándola a través de la luna delantera y se bajó muy cabreado. Sonrió con ironía. Al parecer su carácter había vuelto. No duraba mucho el Greyson sensible, eso estaba claro.

—El restaurante está allí. —Intentó pasarle la mano por la cintura, pero Jeanine se apartó a toda prisa caminando unos pasos delante de él.

Grey entrecerró los ojos. —Preciosa, empiezas a fastidiarme.

—¿No me digas?

—¿Seguro que quieres guerra? Porque ganaré yo.

—No lo dudo. No juegas limpio. —Entró en el restaurante y él gruñó a su espalda.

Él habló con la maître y les llevaron hasta una mesa alejada. Miró a su alrededor y sintió una rabia horrible. Era un sitio muy romántico con mantelitos de cuadros rojos y candelabros enormes en las mesas. Del techo colgaban distintas lámparas antiguas con lágrimas de cristal. Un lugar íntimo y romántico en una cita que no quería.

Grey le acercó la silla para que se sentara como si fuera todo un caballero. Sonrió forzadamente. —Gracias, cariñito.

Él gruñó sentándose ante ella. —Nena, ¿todo te lo vas a tomar a mal?

—No, todo no. —Cogió la carta que le tendían. —Vaya, de repente he recuperado el hambre. —Miró a la chica que esperaba para apuntar las bebidas. —Seguro que tienen cosas exquisitas. Quiero toda la carta y el champán más caro que tengan.

—¿Toda la carta? —preguntó asombrada.

—Oh, sí. Soy una zorra avariciosa y nunca me conformo con nada. — La chica parpadeó mirándola como si estuviera chiflada. —Además mi

cariñito me lo consiente todo. ¿A que tengo suerte?

La chica miró a Grey con otros ojos. —Vaya que sí.

Grey le tendió la carta. —Seguro que no se lo comerá todo. Picaré de lo suyo.

—Con toda la carta podrá cenar medio restaurante. ¿Está seguro?

—Sí. Para mi chica lo que sea. Y traiga ese champán porque vamos a celebrar algo.

—¿Si? ¿Cariñito qué vamos a celebrar? —Puso cara de sorpresa llevándose la mano al pecho. —¿No me digas que te has curado esas ladillas tan molestas?

Medio restaurante les miró y Grey se puso de todos los colores. Carraspeó mirando a su alrededor. —Qué graciosa mi novia.

Jeanine miró a una mujer de unos cuarenta años que tenía al lado y susurró —No es mentira. Me los puso con una del coro. Una rubita con unas tetas enormes que siempre le pone ojitos.

—No lo consientas, querida.

—No, si ya no le consiento nada. —Sonrió a Grey maliciosa. — ¿Verdad, mi vida?

—Nena, esto me lo vas a pagar. Lo sabes, ¿verdad? —dijo suavemente poniéndole los pelos de punta. Sin poder evitarlo miró sus labios,

provocando que a Grey se le cortara el aliento.

Poniéndose nerviosa, desvió la mirada pasándose la lengua por su labio inferior sin darse cuenta y se puso la servilleta sobre las rodillas tirando el tenedor de paso. Grey carraspeó y levantó la vista. —¿Qué?

—Nada. —Apoyó un codo en la mesa y le miró el pecho. —Tu cuerpo te traiciona.

—No tengo ni idea de lo que me hablas. —Molesta se agachó para recoger el tenedor y antes de incorporarse se pasó la mano por el pecho. Mierda, se le habían endurecido los pezones. Gimió en silencio incorporándose de golpe roja como un tomate.

Grey sonrió robándole el aliento y molesta consigo misma entrecerró los ojos. —No puedes evitarlo, nena. Eres mía.

—Púdrete.

Se echó a reír a carcajadas y ella tuvo ganas de clavarle el tenedor entre los ojos. Sería imbécil. La chica les sirvió el champán encantada de la vida. Seguramente pensando en el porcentaje de la propina. Cogió su copa antes de que terminara de servirla y se la bebió en tres tragos antes de extenderla de nuevo. Grey levantó una ceja. —No estás acostumbrada a beber y el champán pega mucho.

—Quiero más.

—Luego no digas que me aprovecho de ti. —Le hizo un gesto a la chica para que le sirviera de nuevo.

—Tendría que estar en coma y entonces confirmarías que eres un cerdo de primera ¿no crees? —Bebió un sorbo de su copa y la dejó sobre la mesa.

—Teniendo en cuenta la opinión que ya tienes de mí, no la afectaría demasiado —dijo mirándola intensamente con esos ojos verdes que le alteraban la respiración.

—Cierto. —Desvió la mirada incómoda. —Tardan mucho, ¿no?

—Nena, si querías que se dieran prisa, igual no deberías haber saturado la cocina con pedidos.

Le miró sorprendida. ¡Parecía divertido! ¡Encima! Le miró a los ojos. —Quiero irme.

—Cuando terminemos esa succulenta cena. No querrás disgustar al Padre Morris y pasarte rezando en su rectoría hasta fin de año, ¿verdad?

—No lo haría. Le encantan mis tartas.

—Es que están buenísimas.

—¿Y tú cómo ...? —Entrecerró los ojos. —Es increíble. ¿Después de hacer que me fuera de casa, te comiste mi tarta?

—Tenía hambre. ¡Y no quería que te fueras de casa!

—Sí, todas las veces que me dijiste que me fuera eran broma, ¿verdad?

—¿Vas a sacar el tema una y otra vez? ¿Qué tengo que hacer para que lo olvides?

En ese momento sirvieron tres platos distintos sobre la mesa. Desde huevos con beicon hasta tortitas. Habían empezado por el desayuno. Sonrió maliciosa y Grey entrecerró los ojos. —¿Qué se te está ocurriendo?

—¿Quieres que no vuelva a sacar el tema? Tienes que comerte todo lo que he pedido.

La miró asombrado. —¿Y nunca volverás a mencionarlo? ¿Jamás?

Era imposible que se lo comiera todo. Antes reventaría. Sonrió empezando a divertirse sintiéndose muy feliz de repente. Seguramente el champán la estaba afectando, pero quería seguir divirtiéndose a su costa por una vez. —No volveré a decir ni una palabra de lo que ha pasado, pero eso no significa que lo olvide, solo que no hablaré de ello.

Él gruñó cogiendo el plato de huevos con beicon y empezando a comer. —Está bueno. ¿Quieres?

—No, gracias. Me alimento viéndote comer. —Cogió su copa de champán y le dio otro sorbo esperando que tuviera indigestión al menos una semana.

Cuando pusieron una mesa al lado llena de platos ella cogió el solomillo y se puso a comer tranquilamente. Debía reconocer que se estaba esforzando porque ya llevaba cuatro platos y no perdía el ritmo. Ahora estaba con la ensalada de col y no es que tuviera muy buen aspecto. Parecía que llevaba en la nevera una semana. —¿Está buena?

—La tuya está mejor —respondió con la boca llena.

—Cuando quieras dejarlo...

—Antes reviento.

Eso se temía. Al ver que se acababa aquella asquerosidad, se le revolvió a ella el estómago y dejó el tenedor en el plato. Cuando cogió la bandeja de costillas, se empezó a poner nerviosa. —Grey te vas a poner enfermo.

Negó con la cabeza masticando. —¿Quieres?

—Por Dios. —Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todo el mundo les observaba. Apoyando el codo sobre la mesa, se tapó la cara con una mano. —Nos están mirando.

—Como desde que llegamos y dijiste lo de las ladillas.

—Grey si te da algo, no quiero ser la responsable.

—¿Volverás a sacar el tema? —Mordió otra costilla haciendo que se le revolvió el estómago de nuevo.

—Grey no me encuentro bien. —Se llevó una mano al vientre sintiendo que se le ponía del revés.

—Será el champán, te has bebido media botella. Te dije que pegaba mucho y no estás acostumbrada —dijo como si nada cogiendo otra costilla.

—¿No piensas hacer nada? —preguntó asombrada.

—¿Ahora? ¿En medio de una apuesta? No, nena. Ya me he comido media carta. Voy a terminar esto.

Parpadeó asombrada. Ese hombre era imposible. —¡Está bien! ¡No lo mencionaré más! ¡Pero te advierto que mi odio ha aumentado un grado! ¡Eres el hombre menos sensible que hay en la faz de la tierra! —Entonces al ver la salsa barbacoa cayendo de sus dedos al plato le sobrevino una arcada y no le dio ni tiempo a levantarse. Vomitó sobre el suelo.

Grey se levantó de golpe y la sujetó por los brazos cuando se inclinó mareada hacia delante. —¿Nena?

—No me encuentro bien.

—¡Traiga la cuenta! —Le ordenó a la camarera que se alejó corriendo. Él empapó la servilleta en la copa de agua y le mojó la cara. —Te pondrás mejor en cuanto tomes el aire. Es el champán.

—Estoy mareada —susurró antes de doblarse de nuevo y vomitar sobre sus botas.

Grey puso los ojos en blanco. —Menuda primera cita.

Con la mejilla pegada a la ventanilla de la camioneta, roncando con la boca abierta, ni se enteró de que llegaban al rancho. George que estaba tomando una cerveza en el porche, se levantó en el acto acercándose a toda prisa. —¿Qué diablos ha pasado?

Grey se bajó de la camioneta e hizo una mueca al ver su naricilla doblada sobre el cristal. —No le sienta bien la bebida.

—¿La has emborrachado?

—Lo hizo sola. —Se encogió de hombros. —Insistió, te lo aseguro. —Sonrió de oreja a oreja. —Lo he conseguido.

—¿El qué? ¿Dejarla en coma etílico?

—Muy gracioso. ¡No mencionará más lo que ha ocurrido! ¡Es un avance!

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿Antes o después de emborracharse?

Grey se giró para mirarla. —Estaba lo bastante sobria para acordarse,

creo.

Miraron a Jeanine sonriendo de oreja a oreja, antes de que se inclinara lentamente hacia atrás desapareciendo de su vista. —Hora de irse a la cama. —Grey abrió la puerta y ella gimió cuando la cogió del brazo para levantarla. —Enseguida estarás en la cama. Mañana vas a tener una resaca de primera.

—¿No deberías llevarla a casa de Matilda?

—¿Y que la vean así en el pueblo? —La cogió en brazos y ella protestó de nuevo. —¡Ya no se mueve de aquí! Así no podrá protestar.

Subió los escalones del porche y Jeanine susurró contra su pecho — Quiero un perrito.

—¿Nena, con los dieciséis niños, no crees que tendremos bastante?

Su padre se echó a reír. —La señora Aguirre acaba de tener cachorros. Unos caniches preciosos.

—Corre a por uno antes de que se despierte.

Fue hasta la habitación de abajo y la tumbó sobre la cama con cuidado mientras su padre salía de la casa a toda pastilla. Grey sonrió sentándose a su lado y le apartó un mechón de cabello del ojo. Gimió girándose y dándole la espalda. Entonces se le ocurrió algo y se levantó a toda prisa para sacar el anillo de compromiso del bolsillo del pantalón. Cogió su mano y se lo puso sonriendo satisfecho. —Menuda sorpresa te llevarás mañana, pero no me

dejas otra opción. Así ahorraremos tiempo. —Ella cerró el puño cogiendo su mano y sonrió abrazando su brazo y pegándose al pecho. Grey hizo una mueca y suspiró tumbándose a su lado pegándose a su espalda. —Si es lo que quieres... —Aspiró su aroma. —Dios, nena... Lo que te he echado de menos. Ni te lo imaginas.

Jeanine abrió los ojos mirando la ventana y volvió a cerrarlos disfrutando de su contacto antes de quedarse dormida de nuevo. Se había despertado cuando la sacó de la camioneta y medio dormida escuchó lo que decían, pero se había espabilado del todo cuando le había puesto el anillo en el dedo. Sonrió en sueños. Le había hablado como si la quisiera. Puede que estuviera arrepentido de verdad.

Se despertó sobresaltada pensando que había sido un sueño, pero cuando levantó la mano con el anillo de compromiso más bonito que había visto jamás casi se echa a gritar de la impresión.

—Era de mi madre.

Se volvió para ver a Grey tumbado aun a su lado y susurró —¿Qué es esto?

—¿No te acuerdas? —Se sentó en la cama y le dijo con descaro —

Ayer me dijiste que sí.

¡Sería mentiroso! Grey le apartó la melena de la cara. —¿No te acuerdas?

—No.

—Pues ahora no te puedes echar atrás. Una promesa es una promesa.

¡Menuda cara tenía! Se miraron a los ojos. —¿De verdad te he dicho que me casaría contigo?

—¿Te duele la cabeza?

—¿Estaba borracha?

—¡Eso da igual!

—¡Claro que no da igual!

—A mí no me pareció que estuvieras borracha.

—No me acuerdo de eso.

—¿Y qué es lo último que recuerdas? —preguntó desconfiado casi haciéndola reír.

—Te recuerdo a ti comiendo como un cerdo.

—¿Y?

—Y vomitarte en los zapatos.

—¿Y después nada?

—No. ¿Por qué?

Él sonrió encantado de la vida. —Fue después.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo exactamente?

—Cuando veníamos a casa.

—A casa.

—Sí. Y estabas encantada.

—¿De veras? —preguntó aparentando sorpresa.

—Oh, sí. Eras muy feliz.

—Sería el alcohol.

—No. ¿Ahora me das un beso de buenos días?

—¿Qué haces aquí? —preguntó aparentando que no lo había escuchado.

—Dormir hasta que te has despertado. ¿Seguro que no te duele la cabeza?

—Ya ha amanecido.

—Ya...

—Te vas a las cuatro y media.

—Me he tomado el día libre.

—¿Y los caballos no te echarán de menos?

—¿Es una indirecta?

Se arrastró fuera de la cama y chilló de la impresión al ver un cachorro ante la puerta de la habitación. Corrió hacia él arrodillándose en el suelo y lo cogió achuchándolo.

—Nunca pensé que tendría envidia de un perro —dijo él desde la cama.

—Es una monada. ¿Es para mí?

Él la miró con desconfianza. —¿Por qué piensas que es para ti? —Se sonrojó ligeramente sentándose de golpe. —Estabas despierta, ¿verdad?

—Eres un trolero. ¡Me pusiste el anillo en la cama a traición!

—¡Pues ahora se queda ahí!

—Eso ya lo veremos. —Miró el cachorro y le besó en la cabecita. — Eres precioso. El perro más bonito del mundo.

—¿Entonces sí o no?

—¿Sí o no qué?

—¿Te vas a casar conmigo?

—Puede... igual en seis meses, si te portas bien...

—¿Seis meses? ¡Nena, no voy a estar seis meses así! —Se señaló la entrepierna y Jeanine jadeó ofendida antes de incorporarse. —¡No, ahora no

te hagas la tonta, que bien que te arrimabas toda la noche! ¡Menuda tortura!

Se puso como un tomate. —¡No me arrimaba! —Si querer volvió a mirar su entrepierna. —¿Me arrimaba? Tendría frío.

—¿En verano? ¿En Texas?

—¡No estaba consciente!

—Para lo que no te interesa no estás consciente —murmuró levantándose.

—¿Qué has dicho?

—¡No voy a esperar seis meses! —le gritó a la cara.

El perrito le ladró y Jeanine sonrió radiante. —¿Has visto? Ya me protege.

Grey gruñó cogiéndola de la cintura y sentándola en la cama. Se acuclilló ante ella y le quitó el perrito de la mano poniéndoselo a su lado. Le cogió las manos para captar su atención. —Nena... ¿Recuerdas cuando te dije que te deseaba más que nada?

A Jeanine se le cortó el aliento mirando sus ojos. —Sí.

—Te juro que no mentía. No puedo esperar dos meses. Ni uno y mucho menos seis, así que busca una solución.

—Es que casarnos ahora, es muy precipitado después de tu comportamiento.

—Dijiste que no hablarías de eso.

—¡Es que no conozco otra cosa! ¡A la primera que me descuido, me pones el anillo a traición! ¿Y mi pedida?

—Vale... —Se puso de pie pasándose la mano por el cabello. — Contigo lo hago todo mal, pero ya verás cómo dentro de un año te sorprendes. Yo no soy así.

—Conmigo sí.

—¡Pues dejaré de ser así! —gritó haciendo que cruzara los brazos—. Seré el mejor marido de Dobbs Hill.

—¡Me estás pidiendo que dé un paso de fe y no te lo has ganado!

—¡Si me quisieras, lo darías!

Era cierto, si le quisiera, lo daría. Cuando le había dicho que la deseaba, ella ya sabía que le amaba. Perdió el corazón en ese momento, pero ahora... Ese corazón apenas se estaba reparando.

Él apretó las mandíbulas. —Entiendo. —Se volvió dándole la espalda y se sintió culpable. Se giró de golpe y gritó —¡Pues vas a quererme! ¡Así que vete haciéndote a la idea! ¡Ayer te dije que no me rendiría y no lo voy a hacer! —Se acercó cogiéndola por los brazos para levantarla y la besó apasionadamente antes de apartarse de golpe dejándola medio atontada. — ¿Qué? ¿Tienes algo que decir?

—No.

Grey sonrió. —Bien. Iré a por tus cosas a casa de Matilda.

—¿Qué?

—Te vienes a vivir aquí. Si tengo que demostrarte que soy un buen marido, debes estar aquí. ¿No crees?

—Eres muy listo —dijo con rencor.

—Gracias. —La besó en los labios de nuevo más suavemente y al acariciar su labio inferior ella suspiró sin poder evitar acercarse a él. Grey gruñó cogiéndola por la cintura y pegándola a su cuerpo antes de devorarla. Mientras su lengua la volvía loca, sus manos llegaron a sus glúteos acariciándolos con pasión. Sentir su miembro contra su vientre la mareó y se agarró a sus hombros antes de abrazar su cuello. Su tacto, su olor... todo en él la volvía loca de deseo y sin darse cuenta movió la cadera contra su sexo haciéndole gemir. Grey apartó la boca respirando agitadamente. —Jeanine, si quieres llegar virgen a la noche de bodas, no hagas eso...

—¿El qué? —Besó su labio inferior acariciándolo con la lengua.

—Aprendes rápido —dijo con voz ronca amasándole el trasero, provocando que Jeanine cerrara los ojos por el placer que la recorrió.

—¿En esta casa no se desayuna? Niña, tengo hambre. Sé que ya no trabajas aquí, pero no dejarás que me muera de hambre ¿verdad?

La voz de su tío la sobresaltó y se sonrojó con fuerza haciendo reír a Grey, que se apartó besando sus labios rápidamente. —¿A que ahora lo de la boda en una semana no te parece tan mal?

—Muy gracioso. —Le dio una palmada en el trasero. —Dios mío, ¿qué hora es? ¡Voy a llegar tarde al trabajo! —Cogió sus zapatos y le miró impotente. —¿Me llevas?

—Nena, quedan dos horas para que entres a trabajar.

Suspiró de alivio. —Ah, entonces sí que hago el desayuno. —Tiró los zapatos de nuevo sobre la cama y cogió a su cachorro. —¿Y a ti cómo te llamo? —preguntó acariciándolo mientras caminaba hacia la cocina.

—¿Es macho?

Levantó el cachorro y sonrió. —Todo un machote, ¿eh?

—Pues Niebla, como el de Heidi.

Se volvió cuando entró en la cocina y le miró con desconfianza. —¿Me estás llamando inocente? —Él levantó ambas cejas. —¡Soy de Nueva York! ¡Soy mil veces más espabilada que tú! ¡Y se llamará Brutus!

—Niña, no le pega. —Su tío la miró divertido desde la mesa. —¿Le has visto la cara?

Gimió porque tenía razón. —Tendré que mirar nombres en Internet. Ahora no me decido.

—¿Vas a tener este problema con los niños? —Grey fue hasta la cafetera y se sirvió un café.

—¿Qué niños?

—Los nuestros.

—¿Se te ha ido la cabeza? ¡Si ni siquiera me decido a casarme contigo!

—Pues bien que llevas el anillo en el dedo.

—¿Quieres que me lo quite?

—Ni se te ocurriría —respondió advirtiéndole con la mirada.

—¡Pues no me fastidies!

Su tío se echó a reír. —Como me alegro de que estés en casa, niña. ¿Ahora me haces unos huevos? Estoy hambriento.

Gimió dejando el cachorro en el suelo. —Yo no podría desayunar. Tengo el estómago algo revuelto. —Al mirar a su alrededor gimió. —¡No habéis limpiado nada!

—Estaba un poco ocupado persiguiendo a mi mujer por medio pueblo.

—Todavía no soy tu mujer.

—¿Has oído, papá? Vamos avanzando.

—Eso ya lo veo, hijo —dijo satisfecho—. Ya lo veo.

Capítulo 10

Sorprendentemente el desayuno fue muy bien. Le entró el apetito y devoró su desayuno charlando relajadamente con ellos. Estaba tomando café cuando miró a Grey por encima de la taza y supo que esa era la vida que quería. Su supuesto prometido que estaba a punto de meterse el tenedor en la boca se detuvo en seco.

—¿Así que vendrán a comprarte esos potros? —preguntó George distraído. Al ver que se miraban a los ojos carraspeó—. Bueno, hora de irse.

Se levantó rápidamente y salió de la cocina sin que se dieran cuenta. Grey dejó el tenedor sobre el plato y se levantó rodeando la mesa cogiendo su taza de café para dejarla sobre la mesa. Arrodilló una pierna en el suelo y los ojos de Jeanine se llenaron de lágrimas.

—Jeanine Patterson, sé que no te he demostrado lo que me importas, pero si me das una oportunidad te prometo que nunca te arrepentirás. Esta es

la vida que te ofrezco y puedes estar segura de que siempre estaré ahí para ti. Pase lo que pase. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Cásate conmigo, nena. Lo deseo más que nada. —Se acercó y le dio un suave beso en los labios.

—Sí.

Grey la abrazó por la cintura levantándola de golpe haciéndola reír y se miraron a los ojos. —¿Nos vamos a casar? —susurró emocionada.

—Sí, cielo. Y llevarás el vestido blanco más bonito que haya visto Dobbs Hill.

—Eso me da igual. Solo quiero que seamos felices.

Él sonrió. —Lo sé. Y lo seremos. Ya verás.

Abrazó su cuello con fuerza. —No me hubiera imaginado nada así —susurró en su oído.

—Te aseguro que cuando te vi por primera vez tampoco me imaginaba esto.

Ella se echó a reír. —Ya me di cuenta.

Greyson gruñó besándola en el cuello. —¿Lo celebramos en la ducha?

—Ja, ja. Por cierto, tienes que llevarme a casa de Matilda.

Suspiró alejándose. —Vete a por los zapatos.

Se agachó para coger al perrito. —¡Nos vamos a casar!

—Ah, ¿que también me caso con él?

—Claro.

Grey sonrió viéndola ir hacia la habitación hablándole al cachorro. Cuando regresó con los zapatos, sonrió pensando que era la mujer más maravillosa que conocería jamás y se sintió muy afortunado de que le hubiera perdonado. Ahora era cosa suya demostrarle que no se había equivocado.

—Y el niño cogió a la niña de los pelos y la tiró al suelo. ¡Cuando se lo dijimos a la madre, nos echó la culpa a nosotras! —dijo indignada haciendo reír a George y a Grey. En ese momento sonó el teléfono y dejó la harina que estaba amasando para ir hacia el teléfono. —Tendrá cara la tía. Ahora resulta que nosotras tenemos que enseñarle buenos modales a su hijo. —Descolgó el teléfono. —Rancho Patterson.

—¿Está Greyson Patterson? —preguntó la voz de un hombre.

—¿De parte de quién?

—Soy un pariente suyo. ¿Es el ama de llaves? —Un escalofrío le recorrió la espalda. —Sí.

—Soy Jack Patterson. Necesito hablar con mi sobrino.

Miró a Grey de reajo que estaba hablando con George. Tapó el auricular y forzando una sonrisa miró a sus chicos. —Es Matilda para la última prueba del traje de novia.

—Nena, pero si os acabáis de ver en la Iglesia...

—Ya, ya. —Se alejó todo lo posible entrando en el hall y perdió la sonrisa. —Aléjate del Rancho. Como aparezcas por aquí, te aseguro que lo vas a pagar. ¿Me has entendido Jack? —Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —¡Vejo que ya sabes quién soy, así que también sabrás que si tengo que repetir lo de hace trece años, no dudaré en hacerlo, hijo de puta! Vuelve a acercarte a mí y te rajo esa barriga que tienes de arriba abajo.

—Estoy seguro de que ellos no saben lo que ocurrió hace trece años —dijo su padre con ironía.

—¿En serio quieres decírselo para que te peguen un tiro en cuanto se lo cuenten, cabrón de mierda? —susurró apretando el teléfono con fuerza.

—Vejo que ya has salido. ¿Cómo es la vida en la cárcel? Me enteré de que a punto estuviste de volver. ¿Qué ocurrió con el ricachón? ¿No te gustaba lo suficiente?

—¿Nena?

—Sí, Matilda. Mañana me paso por ahí después del trabajo.

—Quiero diez mil. Búscate la vida si quieres que te deje en paz. ¿O

quieres que todos en el pueblo se enteren de que eres una asesina ex convicta?

Colgó el teléfono y pálida forzó una sonrisa. Grey entrecerró los ojos. —¿Jean? ¿Qué ocurre?

—Nada. Debo tener el azúcar algo bajo. Voy a tomarme una buena taza de té.

—Es que trabajas mucho con la guardería y la casa —dijo George preocupado—. Y encima los preparativos de la boda. Llevas dos meses sin parar.

—Ya hemos hablado de esto. Seguiré trabajando en la guardería. — Grey chasqueó la lengua como si no estuviera de acuerdo. —No me mires así. Ya lo habíamos decidido.

—Lo decidiste tú.

—Pues sí. Ya lo había decidido. —Molesta cogió la tetera y se volvió para abrir el grifo del agua.

Grey entrecerró los ojos. —Papá, ¿no querías ver ese programa en la tele?

—Mejor me voy a cambiar unas herraduras.

Su prometido se levantó y se acercó a ella para acariciarle la nuca. — Nena, ¿qué ocurre? ¿Estás estresada?

—No. ¿Por qué piensas eso?

—No lo sé. Me ha dado la sensación de que esa llamada te ha alterado. ¿Estás saturada con lo de la boda? Solo queda una semana.

Se mordió el labio inferior cerrando el grifo y dejó la jarra sobre la encimera antes de volverse abrazándole por la cintura con fuerza. —Sabes que eres lo más importante de mi vida, ¿verdad?

Él acarició su espalda. —Claro que sí, cielo.

—Nunca haría nada que te hiciera daño.

—Eh, eh. —La apartó por los hombros. —¿Qué te ocurre?

—No sé. —Se emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Debe ser la boda.

—¿No te irás a echar atrás ahora?

—No, claro que no.

Grey sonrió. —Yo tampoco dejaría que nada te hiciera daño. —La besó lentamente en los labios y gimió contra ellos. —Estoy deseando que llegue la semana que viene.

Ella se echó a reír porque estaba deseando estar con él en todos los sentidos. —¿Nos irá bien?

—Joder, hasta me pongo nervioso solo de pensarlo.

Jeanine se echó a reír, aunque su risa no llegaba a sus ojos, pero lo disimuló abrazándole con fuerza. —Hagámoslo —susurró sabiendo lo que tenía que hacer.

La apartó para mirarle a la cara, sonriéndole de esa manera que la volvía loca. Sintió que su corazón se retorció sabiendo que no tenían futuro juntos y que todo aquello era un sueño que había tenido desde niña y que jamás llegaría a cumplirse. Le miró a los ojos y susurró —Te amo tanto... Solo quedan unos días y tu padre tardará en volver. Hazme el amor.

Los ojos verdes de Grey brillaron —Pero era tu ilusión. Vestida de blanco.

—Habré hecho el amor con mi marido. —Acarició su mejilla. — Porque serás mi marido hasta el día de mi muerte. Serás el primero y el único, mi vida. Hazme el amor. Necesito sentirte. —Le besó apasionadamente y Grey perdió el control. Casi grita triunfante cuando correspondió su beso. Si no podía tener nada de él, al menos tendría esos dos meses que habían pasado juntos y que habían sido los más maravillosos de su vida. Los atesoraría para siempre.

Grey la cogió en brazos y la llevó hasta su habitación sin dejar de besarla. Medio mareada de placer ni se dio cuenta de que la tumbaba en la cama. Apartó sus labios y susurró mirando sus ojos —Nena, ¿estás segura? Puedo esperar.

—Pero yo no. —Cogiéndolo por el cuello atrapó sus labios y él gimió en su boca antes de coger el bajo de su camiseta y tirar hacia arriba impaciente. Separaron sus labios y cuando Jeanine se quitó la camiseta chilló de placer al sentir sus labios sobre sus pechos. Estaba ansioso. No era tierno ni delicado y ella sintió que su vientre ardía de necesidad. Cuando él tiró de sus pantalones hacia abajo, levantó las caderas para ayudarle. Desnuda ante él, Grey se incorporó para observarla con la respiración alterada. Llevó las manos a su espalda y se quitó la camiseta a toda prisa.

—Joder, eres tan hermosa que pareces irreal.

—Soy real y estoy aquí. —Alargó las manos demostrando todo lo que le necesitaba. —Ven conmigo.

Grey se quitó los pantalones y ella sonrojándose dejó que cogiera su mano poniéndosela bajo su ombligo. Él cerró los ojos como si su contacto fuera lo mejor del mundo y sintiéndose maravillosamente acarició su vientre hacia arriba antes de bajar lentamente la mano y tocar su sexo erecto. Grey gruñó abriendo los ojos y la miró de tal manera que se sintió amada por encima de todo. Antes de darse cuenta la había cogido por las axilas y la había levantado pegándola a su cuerpo. La besó profundamente acariciando sus muslos para que rodeara sus caderas. Abrazando su cuello, se dejó guiar y gritó en su boca cuando Grey acarició su sexo con su miembro. Ella temblando apartó su boca para mirar sus ojos y respirando agitadamente

sintió como entraba en ella lentamente. Se le entrecortó la respiración y se aferró a su cuello. —Te quiero.

Con un fuerte golpe de cadera la llenó por completo y ella gritó arqueando su cuello hacia atrás.

—Dios... eres maravillosa —susurró contra su cuello sujetándola por los glúteos para que no se moviera—. ¿Te duele?

Jeanine abrió los ojos y una lágrima corrió por su mejilla. —Te siento.

Él se movió lentamente y abrió los ojos alucinada por las sensaciones que él le provocaba. Sintió como su vientre se tensaba intentando retenerle, pero cuando entró en su ser de nuevo, fue como si algo tirara de ella. La necesidad aumentó a medida que Grey se movía con más contundencia y desesperada llegó a un punto en el que pensó que no conseguiría liberarse. Gritó contra su hombro antes de que la tumbara sobre la cama y entrara en ella con fuerza una y otra vez de manera salvaje. El hilo que tiraba de ella se rompió y todo su ser estalló en mil pedazos estremeciéndola con fuerza entre sus brazos. Sin poder evitarlo, las lágrimas corrieron por sus mejillas porque sabía que no volvería a sentir esa sensación nunca más.

—Eh... —Grey le acarició la mejilla. —Nena, ¿te he hecho daño?

Sonrió abriendo los ojos y le miró demostrando todo lo que le quería.

—Ha sido maravilloso.

Grey levantó una ceja. —¿De verdad?

Se echó a reír golpeándole el hombro. —Serás tonto.

La besó suavemente en el cuello subiendo hasta el lóbulo de su oreja.

—Preciosa, eres la mujer de mi vida y esto solo es el principio.

Le abrazó mirando el techo y cuando él se apartó forzó una sonrisa disimulando. Él frunció el ceño. —¿Te arrepientes?

—¡No! No me arrepiento de nada. De verdad. Ha sido perfecto. —
Acarició su mejilla. —Lo recordaré siempre.

—La segunda vez será mejor —dijo malicioso.

Ella se echó a reír de verdad por primera vez desde que había recibido esa llamada. —Tienes que irte.

—Puedo quedarme un poco más. —Remolón le dio un beso en los labios entrando en su boca como si la deseara más que a nada. En ese momento sonó el teléfono y el suspiró mirándola a los ojos. —Mierda. Si antes lo digo...

—Serán los que vienen a comprar los potros.

Vio como él se levantaba y sin pudor salía de la habitación como Dios le trajo al mundo. Mientras el cogía el teléfono se vistió ignorando la mancha de sangre en las sábanas. Cuando él volvió la miró con sorpresa. —¿No

quieres dormir una siesta?

—Tienes que irte —dijo divertida.

—Pero hoy te has levantado muy temprano y tiene razón mi padre, trabajas mucho.

—Tengo muchas cosas que hacer antes de la boda. —Se acercó al tocador mirándose el cabello y él se colocó tras ella.

—¿Seguro que todo está bien?

—Sí, claro. Es que me estoy poniendo algo nerviosa con lo de la boda, pero todo va muy bien. Esto pasará con la ceremonia, ya verás.

Él asintió cogiendo su ropa y al ver la mancha de sangre hizo una mueca antes de sonreír e hinchar el pecho orgulloso como si fuera el mejor regalo del mundo. Avergonzada agachó la mirada cogiendo el cepillo y se lo pasó por la melena una y otra vez. Cuando la abrazó por la cintura pegándola a él le escuchó susurrar —Puede que sea arcaico, pero me ha encantado ser el primero.

—Y el único.

—Y el único, preciosa. —La volvió mirándola posesivo. —Hasta que la muerte nos separe.

La besó suavemente y ella se abrazó a su cuello para besarle profundamente. Su último beso. Él se apartó y la besó en la nariz. —Será

mejor que me vaya o... Te veo esta noche, preciosa. No trabajes mucho. Los domingos son para descansar.

Se alejó de ella saliendo de la habitación y Jeanine sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, porque sabía que ese era el último instante de su vida en el que le vería.

Sin moverse escuchó como su caballo rodeaba la casa minutos después y sin ser capaz de moverse escuchó su sonido alejándose de la casa. Al girarse vio sobre la mesilla de noche la foto de su madre que había enviado la hermana Teresa y la cogió. Acarició su cabello rubio y mirando sus ojos castaños susurró —Sentiste esto, ¿verdad? Ese maldito nos jodió la vida, pero no voy a dejar que lo haga con Grey o con George. Antes le mato.

A toda prisa fue hasta el armario y metió cuatro cosas en la mochila. No podía llevarse mucho equipaje, así que tendría que dejar casi todo allí. Lo más importante eran las fotos de su madre y fue lo primero que guardó porque sabía que Grey las destrozaría cuando se enterara de lo que había hecho. Reprimiendo las lágrimas se quitó el anillo y lo dejó sobre el tocador antes de salir de la habitación. Corrió hasta el despacho y abrió el armario de caoba sacando los libros que cubrían la caja de galletas que George guardaba allí. Gimió al ver que en su interior había mucho dinero en efectivo, pero si quería que su plan funcionara debía cogerlo todo. Dejó la puerta abierta, metiendo el dinero en un sobre que había sobre la mesa y fue hasta la entrada

cogiendo las llaves de la camioneta del llavero que había colgado en la pared. Miró a su alrededor y volvió al salón para coger una foto de encima de la chimenea. Su perro estaba sentado ante la puerta como si supiera que se iba y ella gimió de pena.

—Sheldon, no te puedo llevar conmigo.

Su perro ladró y ella no se lo pensó más porque odiaba desprenderse de todo. Cogió al cachorro y corrió hasta la camioneta. Tiró la mochila en el asiento del copiloto cerrando la puerta y colocó a Sheldon a su lado. Respiró hondo con las manos en el volante antes de meter la llave en el contacto. —Vamos allá.

Grey entró en casa y sonrió al oír murmullos en la cocina. —Ya estoy en casa, nena.

—Ya está aquí —dijo su padre.

Entró en la cocina y sonrió a Matilda, que pálida estaba sentada a la mesa. —Vaya, tenemos visita.

—Hijo...

Frunció el ceño al ver que la cocina tenía el mismo aspecto que cuando se había ido horas antes. La masa que Jeanine estaba trabajando

seguía sobre la encimera y su padre no tenía precisamente buena cara. Se tensó con fuerza. —¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está Jeanine?

—Se ha ido, hijo. Se ha llevado la camioneta y nos ha robado los veinticinco mil que teníamos para imprevistos.

Grey rió sin ganas. —No hagas bromas, papá. No tiene gracia.

—No es broma.

George estaba pálido y se sentó al lado de Matilda que tenía un aspecto parecido.

—Vine a traerle los zapatos de la boda para asegurarnos de que era el número correcto y no estaba en casa. Llamé a George al móvil al encontrarme la casa abierta y...

—¡Eso no puede ser!

Fue hasta su habitación y palideció al ver el anillo sobre la cómoda. Cuando registró la habitación vio lo que faltaba y corrió atravesando la cocina para ir hacia el despacho. Matilda se sobresaltó al escucharle gritar antes de destrozar algo. George se levantó y se acercó al despacho al escuchar otro golpe que destrozó un mueble.

Matilda se echó a llorar al escuchar cómo le gritaba intentando calmarlo. Minutos después vio como George intentando darle ánimos apretaba el hombro de su hijo que entraba en ese momento en la cocina.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Matilda angustiada—. La boda.

—¡Me importa una mierda la boda! —gritó Grey muy nervioso pasándose la mano por su cabello negro.

—Hijo, tenemos que suspenderla y denunciarla al sheriff.

—¿Denunciarla? —chilló Matilda levantándose—. ¡Tiene que haber una explicación! Seguro que...

—¡Nos ha robado, Matilda!

—¡Es de la familia! ¿Cómo vais a denunciarla? Seguro que ha necesitado el dinero o...

Grey se volvió fulminándola con la mirada. —¿Qué has dicho?

—¡Ha tenido que pasar algo para que se comporte así! ¡La conocéis!

George entrecerró los ojos. —Sí... —Miró a su hijo.

Grey volvió a la habitación y cogió el anillo regresando a la cocina. Se lo puso a Matilda delante. —¿Cuánto crees que vale?

—¿Qué?

—Tú sabes de joyas. ¿Cuánto crees que vale el anillo de compromiso?

—No sé. Es una pieza muy antigua. —Lo cogió de entre sus manos.

—Y el diamante es de dos quilates y medio por lo menos. No sé. ¿Cien mil?

Grey miró a su padre. —Si quería robarnos, ¿por qué no se llevó el anillo?

—Además no se ha llevado mi reloj de oro, ni los gemelos... No se ha llevado nada más. Lo he comprobado. Ni la plata. Sólo se llevó el dinero.

Su hijo se pasó una mano por la nuca. —Estaba muy rara cuando me fui. —Entrecerró los ojos. —Aquí pasa algo.

Matilda apretó los labios. —Llamar a la hermana Teresa. Seguro que ella sabe dónde está.

—No tengo su teléfono.

—¿La factura del teléfono! ¿Recuerdas que la llamó aquel día? ¿El día de la factura del hospital?

—¿Fue al día siguiente de llegar!

Su padre fue hasta el despacho con los demás detrás, pero se detuvo en seco ante la puerta del salón. —Papá, date prisa. ¿Dónde metiste la factura?

—Espera... —Entró en el salón mirando a su alrededor antes de que su mirada cayera sobre la chimenea. Se acercó lentamente y señaló el hueco.

—Falta una foto. —Grey apretó los puños—¿Date prisa, papá!

—¿Quería llevarse un recuerdo? —Matilda se echó a llorar. —Pobre niña. ¿Dónde estará?

—Eso es lo que voy a averiguar.

Cuando su padre encontró la factura Grey no tardó nada en encontrar el número que no era del estado. Marcó el número impaciente y esperó. —No contestan... —Volvió a marcar muy nervioso y al segundo tono descolgaron. —Sí...

—¿Diga? Esto está cerrado por obras.

Grey juró por lo bajo. —Necesito hablar con la hermana Teresa. ¿Cómo puedo encontrarla? Es muy urgente.

—Ni idea, amigo. Yo soy un obrero. Esto está vacío. Pero tengo entendido que las monjas iban a ir a otro convento de la diócesis. Algo de Sagrario... era algo así.

—¿Está seguro de que era un convento?

—Claro que sí, amigo. No se podían quedar aquí mientras arreglan el reformatorio y las habitaciones de las monjas.

Grey levantó la vista hacia su padre. —¿Reformatorio?

Matilda jadeó tapándose la boca. —Sí, esto es un reformatorio y varias monjas colaboran en él para la reinserción de los chavales. ¿No llamaba aquí?

—Sí, sí. —Se pasó la mano por el cabello. —Así que ha dicho algo de Sagrario.

—Sí, en Brooklyn. Lo siento, pero no recuerdo más.

—Gracias. No sabe cómo se lo agradezco. —Colgó el teléfono y pálido susurró —No trabajaba en un colegio. Es un reformatorio.

—Dios mío. ¿Qué infancia tuvo esa muchacha?

La mano de Grey tembló cuando la pasó por la boca. —Las han trasladado a otro convento. Jeanine me lo dijo. La invitó a la boda, pero no podía venir.

—Ahí lo tienes. Si todo fuera mentira también hubiera mentido en eso —dijo su padre aliviado.

—Papá, llama al sheriff y di que su camioneta ha desaparecido mientras busco en internet...

En ese momento escucharon un sonido en la puerta principal y Matilda entrecerró los ojos. —Parece que están arañando algo.

—¡Sheldon! —George salió del despacho y corrió hacia la puerta principal. Al otro lado estaba el cachorro de Jeanine con su pelito blanco manchado de sangre y corrió hasta Grey, que palideció en el acto mientras Matilda caía redonda al suelo del hall.

—Voy a llamar al sheriff —dijo George aterrorizado.

—¡No puede estar lejos si Sheldon ha llegado hasta aquí! —Grey salió corriendo y se subió a la camioneta a toda prisa maldiciendo no haber

revisado la camioneta de Jeanine. Recorrió la carretera hasta el pueblo dos veces ida y vuelta, pero nada. No había ni rastro. Incluso dio varias vueltas por el pueblo y le preguntó a la doctora si la había visto. Media hora después media población estaba buscándola. Regresó al rancho y tres coches del sheriff estaban allí. Entró en la casa a toda prisa y preguntó —¿Está aquí?

—No, hijo. No ha regresado.

—¡Joder! ¿Qué hacéis que no la estáis buscando? ¡Está herida!

El sheriff Neumann apretó los labios y se metió el block en el bolsillo acercándose a él. Tenía su edad y había estado en los marines. No dudaba de él, pero en ese momento solo quería encontrar a Jeanine. —Grey...

—Mierda Mark, sal a buscar a mi novia...

—Tranquilízate. Tengo dos patrullas por la zona, pero nos ha llegado un aviso y quiero que te prepares.

—¿Prepararme para qué?

Mark miró de reojo a su padre. —Cuando el sheriff Taylor se jubiló, me dejó sobre la mesa el expediente de Jack Patterson por si alguna vez se pasaba por aquí.

—¡Joder! Estás perdiendo el tiempo y Jeanine está por ahí... —Su cerebro procesó lo que le acababa de decir y se tensó con fuerza. —¿Qué me estás diciendo?

—Llegó hace una hora al pueblo. Uno de mis chicos se lo ha llevado a la comisaría en cuanto le he dicho que le detuviera. Estaba en el motel duchándose. —Apretó los labios. —Jack tiene antecedentes violentos y es el principal sospechoso de la desaparición de su hija, Grey.

Dio un paso hacia él. —¿Me estás diciendo que Jack le ha hecho algo a Jeanine?

—Es lo más lógico, hijo. ¿Sino por qué iba a hacer eso la niña? ¡Intentaba huir de él!

Grey salió de la casa antes de que nadie pudiera impedirlo y Mark corrió tras él gritando a sus hombres. —¡Subir al coche! ¡Encontrarla! —Vio la ranchera de Grey salir del rancho a toda velocidad. —Mierda.

Capítulo 12

Jeanine gimió sintiendo que todo le daba vueltas y se llevó una mano a la frente tocando algo pringoso y medio reseco sobre ella. Abrió los ojos para ver la luna a través de la ventanilla. —¿Grey? —Asustada intentó sentarse clavándose varios cristales en las palmas de la mano. Entonces recordó lo que había ocurrido y miró a su alrededor de nuevo. —¿Sheldon? —Se echó a llorar. —¿Sheldon?

¡Era una estúpida! Reprimiendo las lágrimas intentó levantarse y gritó cuando sintió un tirón en el costado. Al llevar su mano temblorosa allí, se tocó, asustándose aún más al darse cuenta de que tenía una herida en el costado. Intentó mirarse, pero la luz de la luna solo le dejaba ver una mancha negra en su camiseta. Tenía que salir de allí. Apenas estaba a un kilómetro del rancho y seguro que el sheriff estaba buscándola por robo. Solo pensar en volver a prisión y se le pusieron los pelos de punta. Con fuerzas renovadas se

puso de pie y sacó la cabeza por la ventanilla del conductor. ¡La culpa era de Grey que no había revisado los puñeteros frenos! Al pensar en Grey se echó a llorar de nuevo, pero consiguió salir de la camioneta. Al salir se dio cuenta de que la camioneta estaba de costado y mareada cayó al suelo al desequilibrarse. Gimió girándose sobre la hierba tocándose el costado. Cerró los ojos tomando aire y se puso boca abajo para ponerse de rodillas. Dios, así no podría llegar muy lejos. Si pudiera llegar a casa de Matilda... No, Matilda llamaría a Grey. El Padre Morris. Sí, él la ayudaría. Se arrodilló como pudo y agarrándose a los bajos de la camioneta se puso en pie. Respiró hondo y miró la cuneta por la que había caído. Estaba rodeada de árboles y era lógico que no hubieran visto la camioneta desde allí. Un golpe de suerte, porque de otra manera ahora estaría en chirona.

Subió lentamente por la pendiente y se le dobló una pierna cuando llegó arriba. Podía llegar al pueblo. No estaba lejos, pero en su estado y con la pinta que llevaba, seguramente no llegaría sin que nadie la viera. Miró a ambos lados de la carretera y al fondo vio a dos coches saliendo de la desviación del rancho. Se agachó viendo pasar la ranchera de su tío George y el coche clásico de Matilda tras él. Entrecerró los ojos y miró hacia el cielo. ¿Qué hora sería? Le parecía raro que a esa hora Matilda estuviera con su tío. ¿Y a dónde iba George? Tenía que haber descubierto el robo hacía horas. Igual iba a la oficina del sheriff por algo de la denuncia. Se enderezó y

empezó a caminar hacia el pueblo olvidándose la mochila en la camioneta. Cuando lo recordó siseó volviéndose.

—Mierda. No la puedo dejar ahí, porque cuando encuentren la camioneta, la recogerán. Jeanine, eres idiota. Se supone que les has robado. —Se giró para regresar sin ver un coche que venía desde el pueblo. Confusa no recordó exactamente donde había tenido el accidente y estaba buscando los árboles exactos cuando vio que una luz la rodeaba. Miró al frente sobresaltándose con su sombra y se giró de golpe, mareándose y cayendo de rodillas.

Alguien corrió hasta ella y se agachó a su lado. —¿Jeanine?

Al levantar la vista solo vio la silueta de un hombre. Él se incorporó a toda prisa y corrió hacia el coche. ¡Mierda y todo por no poder controlar la camioneta! Intentó levantarse mientras escuchaba al hombre hablar por radio. Mareada se dio cuenta de que estaba al lado de la cuneta y cuando vio que él se giraba hablando por radio, Jeanine se tiró dejándose rodar por la pendiente. Gimió al golpearse con una enorme piedra que la detuvo. Arrastrándose escuchó como el hombre la llamaba a gritos y rodeó la piedra escondiéndose detrás justo cuando una luz iluminó la zona. Empezó a temblar de miedo y se tapó la boca cuando gimió sin darse cuenta. Escuchó al hombre cómo la llamaba gritando mientras recorría la carretera. Ella siguió con la mirada la luz que se alejaba a su izquierda. —¡No tienes que preocuparte! ¡Le hemos

detenido!

Frunció el ceño. ¿A quién habían detenido? ¿Habían acusado a otro de su robo? Se mordió el labio inferior preocupada. —Ese cabrón pasará muchos años en la cárcel. No volverá a tocarte.

Jeanine se pasó la mano por la frente. ¿De quién hablaba?

—¡Dime algo! Grey está muy preocupado.

Reprimió un sollozo que pugnó por salir de su garganta.

—¡Joder!

Vio como la luz desaparecía seguramente al otro lado de la carretera. Ese era su momento y agachada corrió hasta unos árboles tocándose el costado. Respirando agitadamente se apoyó en un árbol y se miró la mano. La tenía húmeda. Estaba sangrando y bastante. Al moverse había vuelto a sangrar. Necesitaba cubrir esa herida. Sintiéndose acorralada, porque no podría ir al pueblo, solo tenía una oportunidad. Volver al rancho y robar otro vehículo después de curarse y cambiarse de ropa. George no estaba en casa y dudaba que Grey estuviera allí. Él no era de quedarse esperando. Estaría buscándola como un loco para vengarse de ella. Se le erizó la piel solo de pensar en su reacción si la encontrara, pero no tenía otra salida. O volvía al rancho o se entregaba. Y no pensaba entregarse.

Caminó encontrando la camioneta y le costó muchísimo volver a

entrar en el vehículo para sacar la mochila, pero le costó aún más cruzar la carretera porque llegaron un montón de coches y gente salió llamándola a gritos a ambos lados de la vía. Tuvo que alejarse lo suficiente para cruzar intentando ignorar una de aquellas voces lejanas que sabía que era de Grey.

Cuando al fin llegó a la casa, se sorprendió porque empezaba a amanecer. Entró por la cocina y escuchó atentamente, pero no se oía nada. No podía encender la luz por si llegaba alguien y fue hasta el baño de la planta baja. Como no tenía ventana al exterior encendió la luz y al verse el costado gimió al encontrarse toda su camiseta llena de sangre en el lado izquierdo. Se la quitó con cuidado intentando no forzar la herida tirándola sobre el lavabo y casi se desmaya al ver el tajo que tenía. Necesitaba puntos. Cerró los ojos apoyándose en el lavabo y al mirarse en el espejo gimió porque tenía un golpe en el borde del cabello que afortunadamente había dejado de sangrar. Tenía que cerrar la herida del costado y nerviosa miró la puerta. El costurero estaba en un armario de la cocina. Lo había dejado allí después de coserle un botón a la camisa de George. Al recordar a su tío se echó a llorar. Salió del baño aliviada porque todavía no habían llegado. Sabía que no tenía mucho tiempo. En cuanto amaneciera, uno de los dos iría para encargarse del trabajo en el rancho y sería George seguramente, porque Grey no se daría por vencido.

Abrió el armario sin hacer ruido y cogió el costurero volviendo al

baño lo más rápidamente que pudo. Abrió el costurero cogiendo el primer hilo que encontró. Con el hilo y la aguja preparado, se agachó para coger el botiquín que tenían allí. Sacó el alcohol y se miró al espejo. —Esto va a doler un montón, Jeanine. —Sin pensar más en ello, abrió el bote y se sentó en el inodoro. Echó una buena cantidad y gritó sin poder evitarlo por el dolor que la recorrió. Sentía que la quemaba y se dobló sobre sí misma lloriqueando. Cuando el dolor empezó a remitir, se incorporó y temblando cogió la aguja. Su vista empezó a nublarse y parpadeó con la aguja sobre la herida. Tomó aire cerrando los ojos. —No te desmayes.

La puerta se abrió lentamente sobresaltándola y cuando vio a Sheldon ante ella, se echó a llorar del alivio porque estaba bien. Se miró la herida de nuevo y pinchó la aguja. Solo fue capaz de darse tres puntos, pero al menos estaba mejor que antes. Agotada tuvo que descansar y cerró los ojos.

Sheldon ladró sobresaltándola y Jeanine se puso alerta. Solo ladraba cuando Grey llegaba a casa. Se levantó y apoyándose en la pared, apagó la luz del baño cerrando la puerta. Sheldon protestó quedándose fuera y se mordió el labio inferior esperando que no la delatara, pero entonces escuchó —¡Papá, comprueba que no esté en casa! ¡Yo voy al garaje!

A toda prisa encendió la luz y recogió todo lo que había usado metiéndolo bajo el lavabo junto con la camiseta antes de pasar la toalla limpiando por encima la sangre. Se escondió tras la puerta y apagó la luz.

Escuchó los pasos acercándose. —Sheldon, ¿qué haces ahí? —Abrió la puerta encendiendo la luz y Jeanine sin mover un solo músculo vio por la rendija de la puerta que su tío tenía el perro en brazos. Apenas echó un vistazo antes de irse cerrando la puerta. Apoyó la cabeza en la pared con los ojos cerrados sintiendo que su corazón iba a mil por hora.

—¡Grey! —Escuchó en el exterior. —¡Vuelvo a la carretera! ¿Grey?

Sin perder el tiempo ella salió del baño y corrió hacia su habitación deteniéndose en seco al ver a Grey al lado del armario de la cocina tocando la sangre que había en el pomo de la puerta. Se agachó tras la isla de la cocina.

—¿Jeanine? —preguntó suavemente—. Nena, ¿estás aquí? —Dio un paso hacia la habitación y ella miró hacia arriba intentando saber si la veía. —¡Papá, ha estado aquí! —gritó hacia la ventana.

Escuchó los pasos de George corriendo sobre el suelo de madera. —
¿Cómo que ha estado aquí?

—Hay sangre ahí.

Greyson debió mostrárselo porque George contestó —Está herida. Lo dijo el ayudante del sheriff. —La voz angustiada de su tío la hizo emocionarse.

—Tú busca en el piso de arriba.

—Ha debido de irse.

—Los coches están en su sitio —dijo Grey fríamente—. Está en la casa. La sangre está fresca.

Jeanine miró asustada hacia arriba y escuchó los pasitos de Sheldon sobre el suelo acercándose.

—¡Nena, me estás cabreando! —gritó Grey sobresaltándola—. ¡Sal de una puta vez!

Caminó hacia la puerta del desván y empezó a bajar los escalones. Jeanine corrió hacia su habitación y abrió el armario cogiendo la primera camiseta que encontró. Se la estaba poniendo cuando escuchó un crujido en la madera y asustada miró sobre su hombro para ver a Grey en la puerta fuera de sí. La miró de arriba abajo y apretó los puños con fuerza. —¿Qué estás haciendo, nena? ¿Huir de la escena del crimen? —Dio un paso amenazante entrando en la habitación y ella chilló antes de correr hacia la ventana. Grey la cogió por la pierna evitando que saliera y tiró de ella con fuerza metiéndola en la habitación de nuevo, haciendo que cayera de rodillas. —Así que queríais robarnos, ¿eh? ¡Para darle el dinero a ese cabrón de mierda! Zorra mentirosa. ¡No has dicho una verdad desde que llegaste!

De rodillas se echó a llorar sin poder evitarlo y él se agachó a su lado. —¿Sabes? He tenido una conversación muy interesante con tu padre, cielo. Y es interesante todo lo que nos ha contado... ¿Sabías que está en el pueblo? Claro que lo sabías. ¿Por eso querías que te hiciera el amor? Para que me

confiara, ¿verdad? Es una pena que hubieras tenido un accidente con la camioneta. Suerte la mía que no le revisé los frenos. —Rió por lo bajo. — ¿Dónde está la pasta? En la camioneta no está.

George llegó corriendo y ella levantó la vista viendo lo pálido que estaba. —Dios mío, ¿qué estás haciendo?

—¡Enterarme de la verdad! —Cogió a Jeanine por el cabello levantando su cara y ella se echó a llorar. —Así que ex convicta y asesina nada menos. Te cargaste a dos y el sheriff lo ha confirmado.

—¡Era una niña, Grey! ¡No sabes lo que ocurrió! ¡No te creas nada de lo que te ha dicho Jack! ¡Le conozco lo suficiente para saber que siempre miente!

Grey sonrió a Jeanine y tiró de ella para que enderezara la espalda. — En eso no ha mentado, ¿verdad? —Con el corazón roto ella le miró a los ojos. —¿Verdad? —le gritó a la cara.

—No.

—¿Te criaste en un reformatorio?

—Sí.

—Por eso no se pusieron en contacto con nosotros, ¿verdad? ¡Sobre todo, porque tu madre seguía viva! —dijo con rabia. Angustiada asintió—. ¿Cuándo murió tu madre?

—Hace cuatro años.

—Y cuando saliste, las monjas te acogieron —dijo George por ella.

—Sí.

—¡Entonces ocurrió lo del ricachón y tu cara salió en toda la prensa! Jack me ha enseñado un recorte orgulloso. ¡Casi le matas! ¡Por supuesto, no te darían trabajo en ningún sitio y te pusiste en contacto con tu padre que te dijo que vinieras aquí! —Grey estaba fuera de sí y la soltó como si le diera asco. Jeanine se alejó encogiéndose bajo la ventana y George se tapó la boca al ver que le tenía miedo a Grey. Su hijo palideció.

George dio un paso hacia ella. —Niña, no pasa nada. Danos el dinero para que se dé cuenta que no se lo has dado a Jack y... —Entonces vio la sangre en el costado sobre la camiseta blanca. —¡Grey, está herida!

Grey la cogió por la muñeca y ella gritó resistiéndose cuando la levantó. Al ver la sangre, intentó levantarle la camiseta, pero ella lo impidió.

—¡Sujétala, Grey!

Su tío le levantó la camiseta dejándolos de piedra. —Dios mío. —Levantó la vista hacia su hijo. —Tenemos que llevarla al hospital.

—¡No! —gritó ella fuera de sí—. No voy a volver. ¡No voy a volver a ese infierno! —Se resistió entre sus brazos, pero ya no tenía fuerzas y llorando se dejó caer. —No voy a volver.

—Mi niña. —George se agachó a su lado abrazándola mientras Grey la miraba habiendo perdido todo el color de la cara. —¡Grey llama a una ambulancia!

—Voy a llamar al sheriff.

—¡No! —gritó Jeanine desgarrada antes de desmayarse entre los brazos de su tío.

Alguien le acariciaba la mano y abrió los ojos medio adormilada. Al ver a la hermana Teresa ante ella sonrió. —¿Es hora de levantarse?

—No. —Sonrió emocionada y le dio un beso en la frente antes de alejarse lo suficiente para ver sus preciosos ojos azules. —¿Cómo te encuentras?

Confusa frunció el ceño y algo tiró de su frente. Llevó una mano hacia allí para ver que tenía unas vías en la muñeca. —¿Qué?

—Estás en el hospital de Greenwood.

Entonces lo recordó todo y cerró los ojos viendo la mirada de odio de Grey diciéndole que era una zorra mentirosa. Una lágrima corrió por su sien, pero no podía decir que no se lo había buscado.

—Eh... No llores. Todo está bien. Estoy aquí y no dejaré que nada te

haga daño.

—Lo siento.

—Te conozco mejor que nadie y sé que si te llevaste ese dinero fue por una buena razón. No van a presentar cargos y no te va a pasar nada. Ahora cuéntamelo todo.

Sonrió con tristeza. —Nunca debería haber venido.

—No lo creo. He conocido a tu tío y es un hombre maravilloso.

—Sí que lo es.

—Y te quiere mucho.

Apretó los labios mirando el techo. —¿Has visto a Grey?

—Él me dijo que viniera. Que me necesitabas más que a nadie. Me pagó el billete de avión y me fue a buscar al aeropuerto.

La miró sorprendida y la monja sonrió. —Ahora cuéntame por qué has robado ese dinero. ¿No te he dicho que no se roba?

Rió sin poder evitarlo. —Ya verás la penitencia del padre Morris.

—Veinte tartas por lo menos.

—Para todo el pueblo. —Perdió la sonrisa mirando al vacío. —Era tan feliz.

La monja se emocionó. —Lo sé, mi vida.

—Pero él llamó a casa y supe que venían problemas. Me amenazó con contar mi historia si no le daba diez mil dólares y sabía que Grey no me perdonaría haberle mentado. —La miró con los ojos cuajados en lágrimas. — ¿Cómo iba a decirle que me crie en un reformatorio? Jack se lo contaría a todo el pueblo y nadie me miraría bien.

—Así que robaste el dinero.

—Para que cuando Jack llegara al pueblo, le echaran a patadas porque creerían que estaba compinchado conmigo. Así no podría hacerles daño contando sus mentiras. Sólo quería... —Cerró los ojos. —No me imaginaba que ya estaba en el pueblo... Qué estúpida. Una ex convicta que cree que puede llevar una vida normal y mantener a salvo un pasado así.

—Nunca has hecho nada malo. Contigo se cometió la mayor injusticia que haya habido nunca y no tienes que avergonzarte de nada.

—Me odian. Lo vi en sus ojos.

—Nadie que te conozca puede odiarte, cielo.

Se abrió la puerta y una mujer de pelo castaño cortado por la barbilla y con bata blanca entró en la habitación. —Oh, no. Deberías estar dormida. ¿Qué haces despierta y dando la lengua?

La monja se echó a reír. —Mi niña siempre ha dormido poco.

—¿Incluso sedada? —Se acercó a la cama dejando la tablilla a su lado

y sonrió. —Soy la doctora Tatum. Y soy la que he arreglado ese zurcido que te has hecho en el costado.

—¿No estaba bien?

—La verdad es que una no deja de llevarse sorpresas con los pacientes —dijo divertida—. Estaba bastante bien, si te hubieras hecho diez puntos más. Llegaste al hospital en estado de shock. ¿Lo recuerdas? Gritabas que no querías volver y temblabas incontrolablemente. Habías perdido mucha sangre y te hicimos una transfusión. Es increíble que estuvieras consciente. —Negó con la cabeza sin poder acordarse de eso. —Bueno, mañana te daré el alta. Aparte de la brecha de la frente que no he tenido ni que coser, y la del costado, las pruebas están bien. Seguirás con el antibiótico que te recetaré diez días y te harás las curas diariamente. La de la frente no me preocupa, pero al parecer la herida del costado estuvo abierta mucho tiempo. Espero algo de infección, pero los antibióticos lo controlarán.

—¿Tendré que quedarme en Dobbs Hills?

La doctora frunció el ceño. —Sí, señorita. ¿Qué tenías pensado? ¿Otra excursión?

La madre Teresa reprimió la risa.

—Quería volver a Nueva York y...

Se abrió la puerta y George entró con Matilda cargados de globos,

flores e incluso un gran oso de peluche. —¡Estás despierta!

—Les dejaré solos. No la atosiguen. Necesita descansar.

Avergonzada miró a la hermana Teresa, que le hizo un gesto sin darle importancia. George se acercó por el otro lado, dejando una caja de bombones sobre la mesilla y mirándola ansioso preguntó —¿Cómo estás, mi niña? ¿Te encuentras bien?

—Tío, yo...

—Eh... —Miró preocupado a la hermana Teresa. —Está bien, ¿verdad?

—Le dan el alta mañana.

La cara de alivio de su tío la hizo llorar. —No debes preocuparte por nada. Lo arreglaremos.

—Lo sabe todo el pueblo, ¿verdad?

—No debes preocuparte por eso —dijo Matilda—. Lo que te ocurrió en el pasado, no va a alterar la opinión que ya tienen formada de ti.

Apretó las sábanas entre sus dedos porque sabía que solo le mentían para que se encontrara mejor.

—Niña, yo te admiro mucho más después de saber lo que ocurrió esa noche. Te lo aseguro.

Miró de reojo a su tío. —Grey me odia. Os he defraudado.

—En este momento el que no soporta ni mirarse es él —respondió reprimiendo las lágrimas—. Siente que te ha fallado.

Se quedaron en silencio mirándose a los ojos y Matilda le dijo a la hermana Teresa —¿Quiere ir a tomar un café? Le vendrá bien.

—Lo estoy deseando. —Se acercó a ella y la besó en la frente. — Abre tu corazón, cielo. Volveré enseguida.

Cuando salieron su tío suspiró llamando su atención. —Cuéntame, niña. Sé la versión de la policía, la de Jack y la de la hermana Teresa, pero quiero saber la tuya que es la única que me importa.

Una lágrima corrió por su mejilla. —¿De verdad, tío?

—La única que me importa.

Jeanine tragó saliva emocionada y susurró —Era lunes por la noche y mamá estaba conmigo en casa porque era el único día en que no trabajaba. — Sonrió con tristeza. —Siempre pedíamos pizza para cenar. Con pepperoni.

—Mi favorita.

—Llamaron a la puerta y corrí a abrir pensando que era el repartidor con la cena. Mamá se estaba riendo de algo que salía en la tele. No lo recuerdo. Entonces tres hombres entraron en la casa antes de que pudiera avisar a mamá. —Se quedó en silencio unos segundos. —Mamá me dijo a gritos que fuera a su habitación, que era la que tenía la escalera de incendios,

y lo hice porque esos hombres me dieron miedo. Sabía que mamá quería que me fuera del apartamento, pero abrí el cajón de su mesilla y saqué el revolver. Escuché que mamá gritaba que no tenía dinero y que ya no era la mujer de Jack. Que le buscaran a él en lugar de jodernos la vida.

—Os acosaban por sus deudas.

—No era la primera vez que se pasaba alguien por casa, diciendo que mamá tenía que pagar las deudas de Jack. Una vez le rompieron un brazo y tuvimos que pagar. Salí al pasillo con el arma en la mano y al ver que uno de los hombres cogía a mi madre por la pechera del pijama y le pegaba un puñetazo, tirándola contra la ventana y rompiendo el cristal... Creí que la habían matado. Estaba inconsciente y solo vi la sangre que le salía por la boca. Grité llamándola y uno de los hombres ordenó que me cogieran. Que así Jack pagaría. Uno de ellos vino hacia mí. Levanté el arma y disparé. Disparé una y otra vez —susurró sin aliento sin darse cuenta de que lloraba—. Ni sabía lo que estaba haciendo.

—Uno escapó.

—Con un tiro en el brazo. Declaró contra mí, diciendo que había matado fríamente a sus amigos sin razón aparente. Que ellos solo querían hablar con mi madre de Jack y que cuando empezó el tiroteo, mi madre se había tirado contra la ventana en su huida. También declaró el repartidor de pizza, que llegó a tiempo de ver los cuerpos en el suelo mientras yo seguía

apretando el gatillo una y otra vez sin detenerme, aunque ya no había balas.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Qué niña haría algo así...?

Le miró a los ojos. —Eso dijo mi abogado, pero mi caso había salido en la prensa y uno de los muertos era policía. Además, Jack declaró en mi contra.

—¿Qué?

—Fue la única vez que le vi. Dijo que era una niña rebelde, que siempre había dado problemas. Mi madre me dijo que seguramente Jack estaba amenazado y era demasiado cobarde para decir la verdad. Declararon mis profesoras, pero dio igual porque dijeron que era tímida y retraída, lo que le dio la razón a los psicólogos de que era imprevisible. Estaba tan asustada, que no fui capaz de abrir la boca durante las entrevistas con ellos.

—Entiendo.

—Me pusieron de ejemplo de lo peligroso que es tener armas al alcance de los niños y me impusieron solo diez años de cárcel. —Sonrió con tristeza. —Diez años de los que cumplí ocho en el correccional. Cuando me dieron la condicional, empecé a trabajar con las monjas ayudándolas en lo que podía. No conocía otra vida. Limpiaba, cocinaba... —Se encogió de hombros.

—¿Cómo era tu vida en el correccional?

Levantó una ceja. —Imagínatelo. Con doce años rodeada de delincuentes, traficantes...

—Un infierno.

—Me refugié en la Iglesia, de la que ellas se mantenían alejadas y trabajé en la biblioteca. Iba a las clases y mantenía la boca cerrada sobre lo que veía. Ellas me veían como una privilegiada y de vez en cuando se metían conmigo.

—Pero tú te callabas.

—Si decía algo sería peor, así que mientras fui pequeña... Pero aprendí a cuidarme sola.

—Estoy seguro. ¿Tu madre...?

—Me dieron la condicional a tiempo de asistir a su funeral.

—Lo siento mucho.

—El Padre Morris me ha dicho que en la vida a veces se pasan por estas cosas y que demostramos cómo somos al salir de ellas. Podía haberme convertido en otra delincuente y salir de allí peor de lo que entré, pero no fue así. —Le miró a los ojos. —Ahora lo dudo. Tenía que haber dicho que Jack había llamado amenazando con mi historia y pidiendo dinero, pero...

—Tendrías que contarle todo.

Se echó a llorar. —Lo siento. Grey me odiaría y os avergonzaría, así

que os robé.

—Preferías que te odiara solamente. Shusss... Ni se te ocurra disculparte, ¿me oyes? No has hecho nada malo. —Acarició su mejilla. — Deberíamos avergonzarnos nosotros por dudar de ti, niña. Deberías estar furiosa por lo que Grey te dijo ayer. No deberías llorar porque solo querías protegernos y protegerte.

—Os hice daño.

—Me avergüenzo de que no tuvieras la suficiente confianza en nosotros para contarnos lo que estaba ocurriendo, pero es lógico después de todo lo que desconfiamos nosotros de ti. No nos lo habíamos ganado y seguimos sin hacerlo, ¿verdad? Por eso te doy las gracias al contarme lo que te ocurrió esa noche que arruinó tu vida.

Se le cortó el aliento. —Tío, ¿qué dices?

Se echó a reír. —Aunque seguramente me lo has contado porque ya lo sabía, ¿verdad? —Jeanine se sonrojó haciéndole reír de nuevo. Pero su tío perdió la sonrisa poco a poco mirándola con tristeza. —Sé exactamente cómo se siente mi hijo, aunque seguro que él lo está pasando mil veces peor que yo.

—No te entiendo.

—Te ha fallado otra vez. Durante unas horas dejó que Jack sembrara la duda de nuevo y...

Jeanine desvió la mirada. —Fue culpa mía. Todo ha sido culpa mía.

—No, niña. De esto no has tenido la culpa. Hiciste lo que considerabas mejor por amor. Porque estás locamente enamorada de Grey y sé que solo querías protegernos de Jack y de las murmuraciones. —Jeanine se mordió el labio inferior con fuerza. —Por eso te fuiste. No soportabas que la gente supiera tu historia por nosotros. No por ti, que has vivido con ella toda la vida. Así que buscaste otro motivo para que Grey te odiara y nos robaste. Confirmaste las sospechas que se temió en cuanto te conoció. Para que cuando llegara Jack a contarnos tu verdadera historia, él ya te odiara tanto que todo le diera igual. Sería muy distinto si Grey se enteraba de lo que había ocurrido sin que te odiara, ¿verdad? Podía querer buscarte y no podías consentirlo porque al llegar aquí todo el mundo murmuraría el resto de vuestra vida. Tenía que odiarte de verdad para que cuando salieran a la luz tus antecedentes, no se sintiera culpable.

—Estás equivocado.

Su tío hizo una mueca al ver que no le miraba avergonzada. —Grey suspendió la boda hace una hora. —Intentó retener el nudo que se le formó en la garganta. —Creo que deberíais hablar.

—Ha hecho bien. No esperaba otra cosa.

—Ya sé que era lo que esperabas, porque por eso robaste el dinero.

Le miró sorprendida. —¿Lo dices como si no quisiera casarme con él!

—Está claro que no confías en él. Puede que le ames más que a nada, pero no confías en Grey y está más que claro que él no se ha ganado tu confianza con su comportamiento. Siempre dudando de ti desde que llegaste. No es una buena base para un matrimonio y él lo sabe. Como sabe que te ha vuelto a fallar y no lo soporta, porque prometió que te protegería siempre.

Los ojos de Jeanine se llenaron de lágrimas. —No ha sido culpa suya.

—Sí que lo ha sido, no le excuses. Si hubiera sido tierno desde el principio, si no te hubiera gritado esas crueldades en el pasado, tú se lo hubieras contado en cuanto llamó Jack. Pero no lo hiciste porque sabías que él pensaría que le habías mentido desde el principio y si no era así, tendría que soportar las murmuraciones sobre su esposa ex convicta toda la vida. — Una lágrima cayó por su mejilla y su tío se la limpió con ternura. —Pero ya hablaremos de eso cuando descanses. Ahora tienes que reponerte.

—Me iré en cuanto salga de aquí.

Su tío acarició su cabello. —¿No merece ni siquiera una oportunidad?

Se le cortó el aliento. —Claro que se la merece.

—¿Entonces por qué vas a huir ahora? Te aseguro que la gente no te juzga. Puede que murmuren, pero son humanos. Te conocen y saben que no eres mala persona. Has tenido mala suerte, eso es todo.

—Pero... —Angustiada le miró. —Grey está enfadado conmigo.

George apretó los labios. —No, niña. Te aseguro que en este momento no está enfadado contigo en absoluto

Pues para no estar enfadado, bien que no había ido a verla al hospital ni a casa de Matilda. Llevaba una semana prácticamente encerrada en casa porque no se atrevía a salir. Varias personas habían ido a verla para darle ánimos, entre ellas el sheriff que le había dicho que se habían presentado cargos contra su padre por extorsión. El muy cerdo había huido antes de que fueran a detenerle de nuevo. Al menos estaba segura de que no pasaría por Dobbs Hills de nuevo y eso era un alivio. Pero la única visita que esperaba no se había producido. La hermana Teresa se acercó a ella y la tocó en el hombro cuando miraba por la ventana ensimismada en sus pensamientos. — ¿Por qué no vas a verle tú?

—No me atrevo. No sé cómo va a reaccionar.

—No eres cobarde y me da la sensación de que él no se acercará a ti para no hacerte más daño.

Se apretó las manos. —¿Eso crees?

—La hermana Clara te estaría gritando que movieras el culo antes de

que ese chico se fustigue más aún. Sabes que tiene un corazón muy tierno y que odia ver cómo la gente se tortura a lo bobo. —Suspiró apretándole el hombro. —Está muy arrepentido. Lo vi en sus ojos cuando me recogió en el aeropuerto. Parecía un hombre torturado, pero ese sufrimiento solo puedes aliviarlo tú, cielo. Tienes que ser tú quien le perdone.

—No tengo nada que perdonarle. Le conozco muy bien y sabía que reaccionaría así.

—Entonces la sorpresa se la ha llevado él y no lo digiere. ¿Aunque no tengas nada más con ese muchacho, vas a dejar que alguien al que quieres sufra? Tú no eres así. —La vio alejarse. —Voy a hacer el equipaje. Es hora de que vuelva a casa antes de que me expulsen del convento —dijo maliciosa.

—Podrías vivir aquí.

Le guiñó un ojo. —Mi misión está en otro sitio ahora que sé que estás bien. Y estaré ahí siempre, lo sabes, ¿verdad?

Jeanine se acercó y la abrazó con fuerza. —Gracias por ser una madre para mí.

—Eso es lo más maravilloso que he escuchado nunca. Te quiero, cielo. —La besó en la mejilla y la apartó. —Me siento muy orgullosa de ti.

—Te quiero.

La hermana asintió sonriendo y se alejó por el pasillo. Jeanine se limpió las lágrimas y fue hasta la cocina. Matilda estaba sacando unas galletas del horno y sin mirarla dijo —Tienes las llaves del coche en mi bolso.

Sonrió cruzándose de brazos. —¿Estás segura de que me dejas a tu pequeño?

Matilda sonrió quitándose los guantes de flores. —Sé que lo cuidarás. No te esperaré para la cena.

Levantó una ceja irónica yendo hacia el bolso de su amiga. —Volveré para la cena.

—Lo dudo —susurró su amiga.

—¿Qué?

—Dile a George que quiero que venga mañana a tomar el té. Vamos a hablar de las reformas que quiere hacer el Ayuntamiento en el parque. Y tiene que apoyarme.

—Esos no saben con quién se meten. Mira que intentar quitar las rosas del parque —dijo divertida.

—Ja, ja. ¡No seas descarada, niña!

Riendo salió de la casa y al ver el Cadillac sonrió emocionada. Esperaba que tuviera los frenos a punto. Se puso algo nerviosa al salir a la

carretera, pero al ver al sheriff que la saludó llevándose una mano al sombrero, sonrió encantada antes de salir del pueblo.

Cuando se puso realmente nerviosa fue al llegar al rancho. Las camionetas estaban ante el edificio y ya eran las seis. Se suponía que estarían en casa. Aparcó suavemente tras la camioneta de Grey y se mordió el labio inferior abriendo la puerta. George salió al porche bebiendo una cerveza, pero ella ni siquiera le miró porque vio el rostro de Grey a través de la ventana de la cocina. Su tío pasó a su lado y la besó en la sien antes de alejarse, pero Jeanine no fue capaz de despegar la vista de los ojos de Grey, que estaba realmente tenso. De repente desapareció de su vista y ella se metió las llaves de Matilda en el bolsillo trasero del vaquero dándose valor. Caminó hasta la puerta, pero Grey apareció en el porche deteniéndola ante las escaleras.

—Jeanine, ¿qué haces aquí?

Ella forzó una sonrisa metiendo las manos en los bolsillos. —Venía a verte. —Parecía cansado y estaba algo pálido. Además, estaba muy tenso, lo que no facilitaba nada hablar con él. —¿Estás bien?

—No tenías que haber venido.

Dolida desvió la mirada. —Entiendo que no quieras verme...

—¡Joder, Jean! ¡No entiendes nada!

Sorprendida le vio entrar en la casa y ella gritó —¡Tu padre cree que

te sientes culpable por creer a Jack! ¡No tienes que sentirte culpable! ¡Sabía que reaccionarías así cuando te enteraras de que había robado el dinero!

Él salió furioso. —Lo sabías, ¿eh? ¡Pues entonces también sabías que no te quería! —Jeanine palideció. —¡Porque si te hubiera querido, no te hubiera dicho todas aquellas cosas! ¡Dudé de ti! ¿No te demuestra eso que no te quiero?

Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Sí que me quieres. Por eso te dolió creer que te había traicionado.

—¡No! ¡Y tú tampoco me quieres porque no confiaste en mí! —Bajó los escalones furioso. —¡Seguramente fue el deseo que sentía por ti lo que me nubló el juicio!

—No digas eso.

—¡Es la verdad! ¿No venías a que te lo dijera a la cara?

—¡Sí que me quieres! ¡Y confío en ti, sino no estaría aquí! —le gritó frustrada después de todo lo que había ocurrido.

—¡No te quiero! ¡Y tú a mí tampoco!

—Vuelve a decir eso y...

Grey levantó ambas cejas. —¿Y qué?

Jeanine apretó los puños frustrada. —¡Así que no me quieres! ¡Pues te recuerdo que hay muchos solteros en Dobbs Hills y ya tengo traje de novia!

Él entrecerró los ojos. —¿Y?

—¡Acabo de decidir que voy a dejar de apellidarme Patterson! —Fue hasta el Cadillac y se subió al coche de Matilda rabiosa. Llevó la mano al contacto y se dio cuenta de que tenía las llaves en el pantalón. Sujetándose en el volante se incorporó para sacarse las llaves del bolsillo trasero cuando se abrió la puerta y una mano la cogió por el brazo tirando de ella. Chilló temiendo caer al suelo, pero Grey la cogió de la cintura sacándola del coche a rastras. —¡Suéltame!

—Así que vas a dejar de llamarte Patterson, ¿eh? ¡Está claro que no puedo fiarme de ti!

—¿Pero me quieres? Es lo único que me importa.

Grey la abrazó a él con fuerza y ella no protestó cuando le hizo daño en la herida. —Más que a nada, nena. Te quiero más que a nada.

Jeanine abrazó su cuello pegándose a él. —Sé que lo sientes y yo siento haberte hecho daño.

—No, cielo. No sabes cuánto lo siento.

Ella se apartó de él sonriendo queriendo dejar eso atrás. Se sentía tan feliz al estar entre sus brazos. —Así que me quieres, ¿eh?

Grey sonrió. —Tendrás que cargar conmigo.

—No hay nada que desee más.

Él la besó suavemente en los labios. —Tengo una suerte enorme, ¿sabes?

—¿No me digas? ¿Por casarte con una ex convicta? —preguntó intentando hacerse la graciosa.

Grey la miró como si fuera la persona más especial del mundo para él. —Porque me quieres a pesar de todo y porque tengo la mujer más valiente y generosa del mundo.

Los ojos de Jeanine se llenaron de lágrimas. —¿De verdad piensas eso?

—Cielo, estoy muy orgulloso de estar a tu lado. No lo dudes jamás. Si no quería verte, era porque nunca debí dejar que Jack sembrara dudas sobre lo que sentías por mí y...

—Shusss. —Le tapó la boca y la apartó para besar sus labios. —Lo dejaremos atrás. Por favor. No quiero recordar el pasado.

—Solo el futuro.

—Nuestro futuro.

—Te amo, cielo.

—Demuéstrame cuánto.

Epílogo

Jeanine suspiró mirando al techo y miró a Grey que dormía a pierna suelta a su lado. Entrecerró los ojos dándole un codazo antes de cerrar los párpados a toda prisa. Grey se despertó sobresaltado. —¿Qué? ¿Ya es la hora?

Ella se dio la vuelta sacando el trasero para pegarlo a su cadera y Grey la miró confundido antes de suspirar y dejarse caer de nuevo sobre el colchón. Ella abrió un ojo. Imposible. ¡No podía dormirse de nuevo! Una caricia en su trasero desnudo la hizo sonreír. Nunca fallaba. Su marido se pegó a su espalda subiéndole la camisola y acarició su cintura hasta llegar a su pecho amasándose con suavidad. Ella gimió volviéndose y Grey susurró —Nena, vas a dejarme lleno de cardenales.

—Es que no me haces caso... —Abrazó su cuello antes de besarle. Se besaron apasionadamente y Grey apartó las sábanas para tirar de su camisola

hacia arriba.

Apartó la boca impaciente. —¿Por qué te pones estas cosas?

Jeanine soltó una risita. —No voy a ir desnuda por la casa. ¿Qué diría tu padre?

—Que tengo un gusto estupendo. —Le sacó la camisola por la cabeza y se la quedó mirando. La luz de la luna iluminaba su perfil mostrando su enorme vientre. —Porque estás más hermosa que nunca.

Ella acarició su barriga y cogió su mano para ponerla encima. Grey sonrió acariciándola y susurró —¿Los niños se portan bien?

—Están muy tranquilos. —Gimió cuando su mano bajó entre sus piernas y la acarició con delicadeza. —La inquieta soy yo.

—Ya me he dado cuenta, nena —dijo con voz ronca acariciándola hasta dejarla al borde del orgasmo. Jeanine protestó porque se alejó y cuando la sujetó por el interior de sus rodillas levantándole las piernas, suspiró de anhelo al sentir como acariciaba su sexo humedecido con el suyo—. ¿Te gusta?

—¡Dios! —Desesperada agarró la almohada entre sus dedos con fuerza cuando entró en ella lentamente.

—Sí que te gusta.

—¡Grey! —Se movió tan suavemente que la exasperó y furiosa le

miró con rabia. —¿Quieres moverte de una vez?

Él reprimió la risa. —Nena, ¿no quieres que dure? —Entró en ella de repente haciéndola gritar de placer. —¿Así mejor, preciosa?

—Por favor —dijo retorciéndose de placer.

—¿Quieres correrte? —Grey entró en ella de nuevo antes de acariciarle el clítoris con el pulgar volviéndola loca. Él inflamado por su deseo perdió el control y la embistió una y otra vez hasta que con una última estocada se estremecieron de placer.

Grey tumbado a su lado intentando recuperar la respiración, volvió la cabeza para mirarla. —Te estás volviendo muy exigente, señora Patterson.

Sonrió maliciosa poniéndose de costado y acariciándole el pecho posesiva. —Es culpa tuya. Me vuelves loca. —Escucharon el llanto de un bebé y susurró —Es Kate.

—Espera, que voy yo. Sigue durmiendo.

En ese momento su otro hijo de tres años también se echó a llorar y Greg puso los ojos en blanco. —Georgie se ha sobresaltado, se dormirá enseguida. —Se puso la camisola a toda prisa.

—Cielo, yo me encargo.

Ella le vio ponerse los vaqueros y susurró —¿Estás seguro de esto?

La miró sorprendido. —Claro, puedo solo. —Le guiñó un ojo antes de

ponerse una bota.

—No. Me refiero a los niños. A tener más niños.

—De momento solo tenemos cuatro o los tendremos.

—Sí, pero hablo del futuro.

Él suspiró y escucharon que la niña se calmaba. Ya ha ido mi padre.

—No le dejamos ni dormir. —Se mordió el labio inferior preocupada.

—Y está encantado. —Se acercó a ella y se sentó a su lado en la cama. —Nena, hemos hablado de esto. Todo está bien. Tendremos los que tú quieras y si son tan preciosos como tú, tendría mil. —Le acarició el cuello con ternura. —No debes preocuparte por eso.

—No te arrepientes de esa decisión, ¿verdad?

—¿A qué vienen estás dudas ahora?

—No sé.

—¿Acaso no eres feliz?

—Claro que sí. Nunca lo he sido más. —Le miró a los ojos. —Me haces feliz cada minuto del día y los niños también.

—¿Crees que será demasiado para mí? Te quiero, nena. Y la vida a tu lado es sorprendente a cada minuto. Te amo más que a nada y los niños me hacen muy feliz.

Ella sonrió. —Te recordaré esas palabras dentro de diez años con el número doce o trece.

Grey se echó a reír antes de besarla y cuando se apartó la miró a los ojos. —Estaré deseando oírlos seguramente. Te amo, señora Patterson.

Jeanine acarició su nuca mirándole totalmente enamorada. —Y yo a ti. ¿Confías un poquito más en mí?

—¿Y tú confías en mí?

—Si no me fiara de ti, no me hubiera casado contigo —dijo indignada.

—Lo mismo digo, mi amor.

—Has tardado cuatro años en decirme que confías en mí.

Él se preocupó al ver las dudas en sus preciosos ojos verdes. —Claro que confío en ti, mi vida. Creía que lo sabías. No esperaba que dudara en eso.

—Soy tan feliz que a veces siento miedo.

—Eso también me pasa a mí. —Besó suavemente sus labios. — Después me das esos codazos y se me pasa.

—Ja, ja. Ven aquí Patterson y dame un beso para celebrar que me lo has dicho.

Él acarició sus labios sensualmente y susurró —Te amo, nena. En eso

sí que puedes confiar.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Te odiaré toda la vida” o “Esa no soy yo”. Próximamente publicará “Por orgullo” y “Vilox III”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.

